

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

VII. DE BAZTAN A TUDELA



Prólogo de Xavier Rubert de Ventós

POR NAVARRA

Algunos de estos artículos fueron publicados en DIARIO DE NAVARRA.

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA

DE BAZTAN A TUDELA

VII

Prólogo
Xabier Rubert de Ventós

PROLOGO

El mejor tributo que puede rendirse a un texto no es comentarlo ni aun ensalzarlo. El mejor tributo consiste sencilla y llanamente en usarlo, en dejarse impregnar por él y en continuar la obra añadiéndole las variaciones o reflexiones personales que en uno mismo ha provocado su lectura. Es lo que intento aquí a partir de la obra de Víctor Manuel Arbeloa.

Las Ideologías todo lo explicaban desde arriba pero estallaban en pompas de jabón al tocar el suelo. Su contenido, al derramarse, todo lo infectaba con nombres pomposos: el paisaje se hacía «Naturalcza», el país se transformaba en «Estado», el cambio se hacía «Dialéctico». Y así. Hoy felizmente el vaho ha escampado. Y a la Ideología sustituye una vez más la Topología: una descripción que no define a las cosas o a las personas de antemano, sino que sabe dejarles contar su historia. Por debajo de un mundo homogeneizado y pasteurizado por la Razón ilustrada, vuelven a emerger, pululantes, los demiurgos paganos, los duendecillos animistas del *genius loci* que animan las cosas. Son las ninfas del río y el valle, los duendes del bosque o la fuente, que quieren dejarse oír una vez más.

Pero faltaba aún que alguien los escuchara y les diera la palabra. Alguien que los hubiera visitado largo tiempo y que, atento y respetuoso, se hubiera dedicado a traducirnos sus mensajes múltiples, a veces inconexos, pero que tienen la rara unidad de una sinfonía. Este libro, la obra de Arbeloa, es uno de esos raros y

preciosos viáticos; algo así como el San Cristóbal que las cosas del país necesitaban para saltar del río del olvido y acercárcenos.

Hay que ser bastante profundo —decía d'Ors— para poder llegar a ser superficial; bastante creativo para poder ser objetivo; bastante enamorado de las cosas para quererlas tal como son y no tal como deberían ser. En este libro se juntan los tres ingredientes para darnos una auténtica aproximación al país y al paisaje, a la gente y a su comportamiento. No es, sin embargo, una aproximación meramente folklórica o naturalista. Víctor Manuel Arbeloa sabe bien que la *práxis* de nuestros antepasados ha precipitado en pueblos y cultivos, en usos e instituciones que operan ahora como *éxis* de nuestra acción y percepción. Y es en esta tradición de Herder, de Montaigne o de Ganivet, que su libro encuentra aquel punto dulce donde natura y cultura, orografía y hábitat, clima y carácter se confunden hasta constituir una realidad que amalgama historia y geografía. No una cultura o historia *événementselles*, claro está, sino la de *longue durée*, donde los acontecimientos han ido decantándose y constituyendo la sintaxis misma de la realidad.

Un libro, al cabo, que trata de «salvar las palabras», el léxico, los gestos y acentos de un país. Que alcanza a plasmar casi pictóricamente atmósferas, diálogos y situaciones tan fugaces como sintomáticas. Que consigue en fin capturar el genio de Navarra para transmitirlo a estas páginas precisas y esplendorosas.

¿Cuál es el secreto de esta libre y amplia mirada de Víctor Manuel Arbeloa, capaz de acogerlo y respetarlo todo? Yo me atrevería a sugerir que se trata de esa peculiar liberalidad que hallamos en algunos de los grandes escritores cristianos. La fe en algo transcendente les permite un lúcido trato con el mundo que para ellos es sólo el *coté aventure* de una realidad más amplia. Un trato lúcido y libre que yo he podido apreciar cuando Víctor Manuel no pasca ya por Almándoiz o Errazu, sino cuando se enfrenta a los más difíciles escollos del Parlamento Europeo para defender —en su país o en cualquier parte del mundo— el respeto a los Derechos Humanos.

Xavier Rubert de Ventós
Estrasburgo-Barcelona, febrero 1992

DE BAZTAN A TUDELA

DE ALMANDOZ A ERRAZU

Cae en picado el sol de junio y lo recoge pasivo todo el Valle del Baztán.

El frontón de Almándoiz, por muy «Ederrena», que se llame, y el bloque de casas que le está adjunto no son la mejor entrada para quien se acerca al Valle.

Las cosas eran muy distintas cuando Félix Urabayen escribía: «*Almándoiz se humaniza dejando rasgar su rugosa piel por la carretera que baja a Mugaire*». Ahora el pueblo ha preferido rehumanizarse dejándola discretamente a un lado. Una fuente y muchas rosas colaboran en la tarea.

La casona de Jaureguia —viejo palacio, y hoy vivienda, posada, escuela y sitio de *batzarre*— abre una curva descendente de hermosas casas baztanesas del XVIII, como el Palacio o casa de Azcárate.

Este palacio, bien restaurado por sus actuales dueños, luce, como el anterior, balcón corrido, aleros volados y linternas, elementos característicos de la zona.

Restaurante y bar, sirve a estas horas los típicos *bustis* o *Baztan-sopas*, mientras en algunas mesas grupos de hombres juegan al mus. Hasta la reciente compra-restauración se conservaba aún el baúl donde, a fines del siglo XVIII, vino el dinero de América para construir la casona.



El cementerio del pueblo se recoge en la haldada del Parramendi. La ermita-borda de Santa Bárbara se aparece entre verdes hayas rumorosas protegida por un risco.

La iglesia de San Pedro, hecha con la piedra blanco-rosada del Valle, no tiene más de treinta años. Detrás yacen las ruinas de la anterior, que ha ido deteriorándose poco a poco. Por dentro, se reviste de mármol blanquinegro y las pilas aguabenditeras están talladas en blanquirosado, típico de las canteras locales. Todo el mundo me dice aquí que en el metro de Moscú hay toneladas de este mármol.

Vamos hacia las canteras de Acha, en el Arrizuri, y nos desviamos por un carretil para ver mejor el paisaje.

La iglesia galleante de Berroeta defiende el pueblo de los picotazos del cierzo regañón. «Aniz, diminuto y arisco —lo dijo ya Urabayen— se oculta por completo entre la recia cabellera de los robles». Está subido, blanco y rojo, en un altozano todo verde, en la falda de un montecillo, y tiene una casa casi tan grande como la torre de la iglesia. Un poco más allá, la iglesia de Ciga y, más lejos, el caserío miniado de Lecároz. El Gorrainendi hace de telón de fondo.

Abajo, Almádoz, con sus doscientos y pico habitantes, premio nacional de turismo 1967, está redondo y feliz, blanco de cal y colorado de tejas y flores. Doce de sus caseríos se escalonan al otro lado de Santa Bárbara, en el barrio de Mendiola, de cara al Garmendi y sobre la regata Zeberia. El Abartán, pelado de hayas en sus últimas ascensiones, es el último estribo, con espigones, del macizo de Velate, que se empotra frente al Valle del Baztán, flanqueado por los dos barrancos, que se descabezan desde el Gatzaga y el Okorro. De uno de sus cerrejones baja el tuberío de la central eléctrica de Puente-Marín, propiedad de Papelera Española.

Estamos entre fresnos, majuelos, zarzales, y *kukuso belarra* o hierba contra las pulgas, que hace años se metía debajo de todas las camas.

Berroeta, como todos los pueblos ganaderos navarros, huele en primer lugar a mierda de vaca, olor ecológico y reconfortante cuando se sabe oler bien. La gente anda cortando la hierba y llevándola a casa. Dos fuentes, muy restauradas, nos saludan al entrar. En la calle Nueva -*Karrika berria*- un cerdo duerme tranquilo en su *txola* al aire libre. Todas las casas tienen el escudo baztanés labrado en piedra rosada y en formas diferentes. Geranios y petunias cuelgan de los primeros pisos. Todas las casas son hermosas y fuertes, especialmente la de Echeverría, del año 1786, con dos pisos y desván. Un arroyejo atraviesa el pueblo y va a dar en el río del Valle.

Desde aquí vemos bien el cordal de Iraperri que descende desde Velate y, tras sostener el caserío de Almándoz, llega hasta las puertas de Mugaire.

Dos hombres maduros hablan en vascuence a la puerta de una casa. Me dicen que aquí sólo hay cuatro caseríos.

Bueno, con gente, sólo dos, tercia una señora desde una ventana próxima.

La plaza de Berroeta *Plaza nagusia* es una preciosidad. Las casas están restauradísimas, tal vez demasiado. Hay, aunque parezca mentira, palmeras, cipreses, tejos, rosales y cedros.

Por un pasillo de tres grandes casas sin flores y con amplios aleros, se llega a la iglesia, poderosa, un tanto ajada, con color a tiempo con mucha lluvia. Un jardincillo que hace de pórtico está tupido de plantas y flores pero harto descuidado.

El viajero pasa por sitios queridos por donde tantas veces pasó y se llega a ver a unos amigos que están visitando Arizkun, pueblo en fiestas.

La plaza está llena de vasitos de papel y de otros restos de noche de verbena. Los chavales se amontonan en torno a los carricoches de las chucherías.

La plaza hace de remanso entre las casas que vienen por la carretera y la calle mayor que es, en verdad, la calle pueblo. Todas las casas participan en un permanente concurso de belleza y de buen gusto, del que hablan todos los libros.

Entre arcos y castaños de Indias está el convento barroco de las clarisas. Fue fundado en 1737 y terminado de levantar en 1782, en el solar del antiguo palacio de los fundadores, los marqueses de Murillo, don Juan Bautista de Iturralde (1674-1744) y doña Manuela Munárriz, para monjas franciscanas recoletas, dotándolo con 50.000 reales anuales. Las primeras en ocuparlo fueron algunas de sus parientes más cercanas. Fue este Iturralde, natural de Arizkun, un gran comerciante afincado en Madrid, gran ilustrado y poco afortunado secretario de Hacienda del rey Felipe V. El templo, crema y blanco, fresco y sombrío, huele a cera.

Dos monjas, una sentada en el suelo, oran ante el Santísimo Sacramento permanentemente expuesto. Flores de azahar por los altares.

Otra monja, andariega, que va y viene por la iglesia y cuchichea con una devota, se nos acerca sigilosamente

-¿Tienen una cámara de fotos?

-Aquí no, lástima.

-Ah, porque me gustaría que sacasen una foto a la iglesia, con lo bonita que está...

-Es verdad, oiga.

-Bueno, qué se le va a hacer, otra vez será.

-Eso, eso.

La monja nos dice luego que son 34 religiosas; de Arizkun, de Olite, de Sangüesa..., de fuera de Navarra también.

Junto al convento está la casa «Iturralde», cuyo escudo hemos visto una y otra vez en el convento. Tiene la casa flores variadas en la primera mitad, mientras la segunda está vacía y destartada. Parece que la ha comprado un señor de Bilbao y quiere reconstruirla. El triple cuerpo del alero y sus tallas sobre los balcones volados le dan un aire majestuoso; es tal vez el mejor de la zona.

Un canario canta en la casa, blanca y verde, de enfrente y se me antoja una dolora dolorida por tanto esplendor pasado.

Volviendo sobre nuestros pasos, pasamos junto a las inscripciones del atrio-cementerio de la iglesia parroquial de San Juan Bautista: «Del palacio de Ursúa», «Mariberzenea», «Yreberría»... A la puerta de la iglesia, en una hoja de una revista eclesiástica ultra, clavada en el tablón de anuncios, el obispo de Sigüenza-Guadalajara se despacha a gusto «ante las elecciones generales del 22 de junio». Que Dios le tenga su irritada mano.

Dos árabes, tal vez baratijeros, se lavan y refrescan en la fuente.

Dando un rodco a la iglesia, nos asomamos a un paisaje idílico. No falta nada: una huerta bien surtida, el río y su fronda, colinas con vacas y ovejas, praderías, los barrios de Azpilcueta, y allí lejos, bajo el Gorramedi y el Otsondo, el monolito a los defensores de la independencia de Navarra, donde un día estuvo el castillo de Maya. Huele a flor de saúco.

Camino de Errazu, en el barrio de Larriamita, nos detenemos reverentes ante la casa «Echeverría», construida por «Don Juan de Goyeneche, tesorero de la Reina. Año 1713». Fue este Juan Tomás de Goyeneche, caballero de Santiago, del Consejo de su Majestad y sobrino de aquel gran don Juan, el mejor de su apellido. Tiene la casa siete arcos, siete balcones, siete ventanas, tres linternas y dos blasones en su fachada, sombreada por las ramas de los plátanos.

Subimos de un tirón hasta el barrio de Gorostopolo, donde se juega, por lo que leo en el programa de las fiestas, un partido de pelota el día 28. En este barrio, tan aislado y tan bonito, el suelo está empedrado y a las mujeres les cuesta más andar. A la entrada, nos acoge la ermita de Nuestra Señora de la Soledad —buena patrona para un barrio así— y un letrero en euskara nos recuerda que aquí se reza una Salve (*Emen Salve bat erretzatzen da*).

Al barrio principal de Errazu le cruza el río Baztán, adolescente todavía. Debajo del puente hay una pequeña presa que llevaba el

agua a un molino harinero, que ya no muele. El 2 de junio de 1913 cayó agua a Dios dar, el río enloqueció y se llevó al mar cosechas, tierras, piedras, ganados, mobiliarios, comestibles, bosques enteros... Fue la desolación.

Cerca del río está la iglesia de San Pedro, de mediados del siglo XVIII. La tromba de agua de 1913 la partió en dos mitades. En las tres crujías del claustro pisamos ilustres apellidos baztaneses enterrados aquí. Un magnolio, entre rosales, preside el jardín interior. En junio, lo prefiero al ciprés: es mucho más simbólico. En la puerta del templo, «La Baztanesa» anuncia un viaje a Lourdes, igual que en Almandoz.

La espaciosa plaza —«o más bien prado», como escribió Madoz— está agradecida de árboles y flores.

La casa donde nació don Juan Lorenzo de Irigoyen, prior de Velate y obispo de Pamplona, aparece despintada y descuidada.

La calle más bonita, una de las más bonitas del Valle, junto con la de Arizkun que acabamos de ver, es la de *Iturri Zaharra*, con muchos escudos y con balcones y ventanas pintados de rojo, verde y marrón. Geranios y petunias arriba, rosas y hortensias abajo.

El palacio de Errazu, mansión de Don Gastón de Iriarte (1677-1761), que hasta hace poco fue edificio de la Aduana, como recuerda un pálido letrero sobre la puerta, está triste y desolado, los ventanales abiertos y los cristales rotos. En el alero defecan las palomas y la hierba crece en todas las rendijas, que son muchas. Aduana de la muerte, comprada ahora para un posible hotel-restaurante.

Por la calle mayor avanza parsimonioso un rebaño de vacas en fila india, procesionales. La gente espera a que pasen, como en la India.

En el cruce de carreteras juegan tres niños y tres niñas con una pelota de goma

—*Monsieur, pour la France, s'il vous plaît?*

—*Vous passez par Izpeguy, Monsieur?*

—*Oh, no, no, pas du tout. Nous allons vers Ainhua.*

—*Alors, Monsieur, vous allez par ici, à gauche, vous prenez la grande route et suivez vers le nord.*

—*Oh, merci, merci, Monsieur, merci. A voir.*

—Se equivocan todos, salta uno de los niños que han recogido la pelota mientras hablábamos.

—¿Por qué?

—Porque el letrero está mal puesto.

Bebemos agua de la fuente y seguimos hacia Azpilcueta.

POR EL VALLE DE ELORZ.

Visito con unos amigos la casa del Ayuntamiento, que ha crecido y se ha tecnificado desde que la visité la última vez.

Subimos luego al barrio de San Miguel. Hoy marzo marca: a ratos nos da una mano el sol, a ratos un manotazo la lluvia.

El viejo caserío, del que tenemos noticia a finales del siglo XI, se extiende holgadamente en torno a la iglesia románico-gótica, montada sobre una loma y dedicada con toda lógica al arcángel más popular. La veo cada semana cuando vuelvo en el avión y la visión se hace invocación segundos antes del aterrizaje.

-Claro, es que yo soy también un poco del Valle de Elorz.

-¿Cómo pues?

-Pues porque me paso muchas horas en el dichoso aeropuerto de Noain.

La verdad es que no quedan trazas de la quema del pueblo por los franceses en 1812. En todo caso, las paredes de la iglesia resistieron bien. Cerrada al culto en 1983, por haberse quedado vieja, pequeña y lejana, desde hace dos años un grupo muy activo

de jóvenes y de mayores del pueblo la han dejado limpia y esplendorosa como una patena. En el sotocoro, entre los rostros paternales de Adán y Eva, brilla otra vez con fuerza renacentista toda la creación.

Están ahora dándole los últimos toques y preparando una próxima exposición de escultura religiosa de todo el Valle.

En el jardín del atrio lucen allielies de varios colores, rosas varias y acacias jóvenes, mientras sonríe de clorofila un nogal añoso, testigo de muchas fiestas y soledades, de muchos entusiasmos y abandonos. Un joven artista de San Martín de Unx ha querido representar con dos arcos de hierro oxidado —gótico y románico—, adornados de símbolos medievales, el milenario del Valle de Elorz. Por la cuádruple rasgura del arco gótico miramos la Sierra de Alaiz y la Higa de Monreal, tallas geológicas que definen y simbolizan a los más que milenarios habitantes de la zona.

La antigua escuela, piedra desnuda, es ahora casa de cultura. La vieja casa parroquial se ha convertido en guardería populosa, donde hablan en castellano, italiano e inglés unas hermanas blancas de Santa María de Leuca. Pocas casas quedan de aquellas 11 que el siglo pasado formaban la calle de San Miguel. En una de las que quedan del siglo XVIII, (casa Poli), ahora en plena restauración, se guardan interinamente algunas tallas de la iglesia, entre ellas un esbelto San Miguel alanceador, que se salvó del altar barroco y que espera volver pronto a su lugar de origen. Guardan a su vez la casa un cerezo y un endrino.

Noain es hoy una conurbanización confusa y desordenada, de 3000 habitantes, venidos de Navarra y de fuera de ella, resultado de la expansión industrial y demográfica de los penúltimos años.

Más que la capital, nueva, del Valle de Elorz, parece un barrio informal y extraurbano de Pamplona. Su próxima conversión en municipio propio puede darle, con cierto esfuerzo, la identidad y el lugar en la geografía foral, que ahora, según muchos, no tiene.

Noain es un centro industrial y de servicios muy importante, dada su situación estratégica de paso, entrada y salida. Basta ver la guía telefónica, sobre todo las páginas amarillas. El nuevo polígono

de Talluntxe —nombre de un barranco—, todavía sin terminar, es, según mis acompañantes, un modelo de urbanización industrial.

La calle Real, que ha heredado el calificativo del antiguo camino, es la calle por excelencia del pueblo. A sus dos lados se han ido expandiendo, ahora con más orden y concierto, las nuevas edificaciones. En ella están asimismo el Concejo, el Ayuntamiento, y la nueva iglesia parroquial, de ladrillo rojo, con vidrieras abstractas y la Virgen romanista traída de su antiguo altar.

El viajero ha pasado miles de veces por Noain: a pie, en coche, en tren y en avión. Sólo le falta pasar a nado o en barca por el río Elorz. Este pueblo ya no es el que era («Este no es mi Juan, que me lo han cambiado»). Es el único en Navarra que tiene las tres vías de comunicación. No le queda sino hacer su río navegable. No faltará en los próximos años, entre las muchas candidaturas que suele haber en el lugar, quien proponga esa novedad, por lo menos desde el engarce del Besaires, cuyo trazado sigue obedientemente el tren, hasta la desembocadura en el río Arga.

Por si fuera poco, hace sólo unas semanas se abrió la variante, que fue durante años un grito de guerra civil y municipal, y ahora es, demasiado tarde acaso, necesidad satisfecha y largo desecho cumplido.

Al otro lado de la carretera y sobre otra loma, que hace juego con la de San Miguel, está el poco conocido barrio de San Juan, donde estuvo una ermita del mismo nombre. Parece que sobre su cima dominó un palacio cabo de armería. En la calle de San Juan hay una fila de casas de buena y noble piedra, una con escudo en la clave del portalón y otra que es hoy peluquería de señoras.

Nadie se acuerda ya de que en 1521 y cerca de aquí fue batido el ejército de don Enrique de Labrit, rey de Navarra, al mando del general Asparrós, en su última tentativa de recuperar el reino robado por los castellanos. Ni tampoco de aquella famosa «acción» de Noain, un día de mayo de 1835, cuando cuatro compañías de tiradores de Isabel II resistieron el acoso de la caballería y de la infantería carlista, con graves bajas en ambos lados.

En Noain, marzo de 1834, quería el general Quesada, comandante en jefe de las fuerzas de la reina, avistarse con el caudillo carlista Tomás de Zumalacárregui, para que éste entregara las armas y se pusiera fin a la guerra. «No es en Noain, como pretende el sanguinario Quesada —contestaba Zumalacárregui en su 'proclama a los navarros'—, donde ha de avistarse con los jefes del ejército de Navarra, sino en el campo de batallas».

Entre trigales y alcacrces, amapolas descaradas, y colzales que han perdido ya la color alimonada, pasamos la venta, el Besaires, la vía del tren y la autopista, y recalamos por fin en el señorío, coto redondo, cortijo, o como quiera llamársele, de Oriz.

Están tan abundosos y opulentos, tan rozagantes los herbales, que alguien de la comitiva recuerda «la tierra de promisión»; el monte Nebo sería en este caso la Higa de Moureal. Son tierras de mucho lomo. Quinientos kilos de cebada y cuatrocientos cincuenta de trigo, como poco, por robada no dejan hablar de exageración. Fuera cosa de aplicar a los labriegos de por aquí aquel desusado refrán castellano de que les «retoza el alcacer».

Muchos navarros conocen sólo Oriz por el letrado que leen desde la autopista. Para otros pocos es sólo un nombre histórico resonante.

Aun sin saber nada de su pasado, fácil sería adivinar, viendo esta manzana compacta de casas, hechas de un golpe, que se trata de un pueblo de colonos. Todos estos lugares de señorío son o han sido de similar catadura: Cortes, Cadreita, Sartaguda, Zoliva, etc.

Cuatro hombres fornidos, uno con la gorra puesta, platican sosegadamente en torno a unas enormes y formidables máquinas agrícolas.

—¿Qué? ¿Se terminó la partida?

En cuanto saludan al alcalde del Valle, al que no conocían, la conversación se dispara sobre el abandono en que, según ellos, les tiene el Ayuntamiento desde siempre. Los siete vecinos del señorío

—nueve el siglo pasado— han pagado de su peculio la traída de aguas, el tendido eléctrico y otras modernidades de las que estaban alejados. Una y otra vez, los cuatro simpáticos rurícolas de Oriz se muestran rítonos y ternes.

—Bucno, ¿y aquí sólo se habla, no se bebe?

Vamos por fin al bar, centro, sociedad o como se llame, que no tiene nombre, y allí nos invitan a pacharán y a baileys, nada menos.

—Hoy no tenemos otra cosa.

—Ya está bien, ya, rediela.

Así no nos pondremos canecos. En las paredes, unos calendarios exhiben mujeres, no medievales por cierto, de generosas carnes sonrosadas. Una baldoseta con un refrán: «*Si a los 30 no te has casado/ ni a los cuarenta eres rico/ arre, barrico*». Y una tira de papel: «*Usted, de qué se queja? Impuestos, servicios públicos, sabañones... (...) Pero, vamos, hágame el favor, sonría, es su única esperanza*». No son malos consejos dados por/para los «solitarios» de Oriz.

Andan ahora estos bucnos hombres calculando los kilos que les costaría comprar al dueño lejano del señorío las ubérrimas tierras de las que ahora son arrendatarios.

Separado de la colonia, se yergue el grueso cuerpo renacentista del palacio de Oriz, mitad de piedra mitad de ladrillo, ya sin los cuatro garitones laterales que le blindaban. La Orden de San Juan de Jerusalén, propietaria de Oriz desde 1290, vendió el palacio medieval y todos sus bienes a Juan Miguel de Reta; más tarde pasó al linaje de los Cruzat. En los últimos tiempos estuvo en manos del marqués de Góngora hasta que pasó a su actual propietario.

Desde comienzos del siglo XV fue «parada frecuente de los reyes de Navarra». En este mismo palacio pasó dos noches el rey Felipe II, en noviembre de 1592.

La «dueña» de la casa que nos acoge y atiende con mucha benevolencia, se acuerda bien de las pinturas hechas al temple sobre las paredes de la casa, que en buena hora fueron llevadas al museo de Navarra, y de cuya colocación actual un compañero de comitiva hace una cruda crítica.

Estamos ahora en el salón destinado a bailes, fiestas y banquetes, llamado de las batallas, porque en sus muros se representaban varios pasajes de la guerra de Sajonia, culminada en la célebre batalla de Müllberg, ganada por el emperador Carlos a los literanos el 24 de abril de 1547. De los cinco hijos de don Juan Cruzat con María de Jasso y Javier (hermana del santo navarro), el menor, Diego, fue capitán de los ejércitos españoles. Las paredes del salón, ahora desnudas, se adornan con dos cuadros devocionales del Sagrado Corazón y de la Virgen. En una sala inmediata, quizá antigua capilla, hay todavía trozos de pintura en una especie de retablitto. Fisgoneamos por otras estancias, con el visto bueno de la «dueña», a la búsqueda de no sé qué recuerdos históricos. Unas manzanas extendidas, cubiertas con papeles, dan un olor real a lo irreal.

—Si sería yo dueño de esta casa, ahora mismo la cambiaba por un chalet —acampaña el hijo de la «dueña».

—Ya te lo creo, ya.

La verdad es que sólo para limpiar, tiene que ser esta casa un quebradero de cabeza.

A los pies del cascrón, unas parras de rosas continúan la tradición de la gloria.

A un tiro largo de piedra, hacia el Sur, vamos por un camino de olmos muertos hacia la iglesia de San Adrián, con su cementerio adjunto, ya cerrado, donde aún permanecen tres lápidas en pie. Como todas las del Valle, es de origen y planta medieval, recrecida y reformada varios siglos más tarde. Sillar y ladrillo.

Sobre el abandono del interior se amontonan deyecciones de palomas que entran y salen por los huecos de medio punto del templo. El altar barroco tiene en sus columnas casi tantas uvas como aún quedan en las viñas del término. No faltan en el ático las armas de los Cruzat: tres bandas de oro bordeadas de gules, acostadas de armiños, y bordura de azul con tres crucetas de Jerusalén potenziadas de oro. Un Crucificado, de tamaño natural, de mediados del XVI, de sarmentosa musculatura, procede de la antigua ermita de Santa Cruz.

Oriz es un buen mirador sobre la Cuenca surcña. Las últimas tormentas han tirado al suelo muchas cebadas, lo que hace difícil, si la cosa no se remedia, y hasta peligrosa la recolección con la

coschadora. Abajo, algunos huertecillos con árboles y el glauco mar de cereal, partido por las líneas de comunicación y los poblados. Mucha balluca en los bordes del camino.

—Están empezando a tostarse los cebadales.

—Sí, están rompiendo el color.

Me quedo con esta bonita frase que oigo aquí: rompiendo el color. Las espigas de la cebada «barbarosa», que es por aquí mayoritaria, no se doran, se acreman, se curten al sol y toman un color de crema tostada; digamos, mejor, de cebada que comienza a madurar.

De frente, da la vista con el Pico de Oriz, poblado de pinos y con unos rasguños de margas abarrancadas. En su cima estuvo la ermita de Santa Cruz o Santo Cristo.

De Oriz subimos a Guereudiáin, el pueblo más elevado del Valle, en las mismas rodillas de la Sierra de Alaiz. Caen unas gotas sueltas y un circillo racheado remueve las muchas ramas de los muchos árboles que embellecen el caserío y sus alrededores: chopos, fresnos, sauces, abetos. Pasan dos nubarrones hoscos, minaces. Señorío del barón de Beorlegui hasta tiempos recientes, la media docena de vecinos se liberaron hace unos pocos años de tan secular servidumbre y han construido, reconstruido o enlucido sus viviendas, que forman un corro variopinto en torno a la iglesia medieval, muy modernizada en el siglo XVI. De las columnas salomónicas del barroco altar mayor cuelgan, como en Oriz, uvas y pámpanos. En el ático dos escudos nobiliarios llevan la cruz de Santiago, cuatro aves, las cadenas de Navarra y flores de lis, arma esta última del palacio de Beorlegui en la tierra de Cisa.

Descuellan, anejos a la iglesia, en la parte norte, los restos de piedra de la casa vicarial levantada en el XVIII, lo que le valió al cura de entonces, según nos cuenta José Mari, una regañina sonora del obispo, reacio a pagar los despillarros del clérigo. Por cierto, los clérigos de estos pueblos de la Cuenca, muchos de ellos de presenta-

ción laical, mantenían con celo sus prerrogativas y su cerrada solidaridad de clan.

Por aquí seguía hasta Tiebas el Camino de Santiago, que venía de Monreal, cuyo barrio franco tuvo tanta influencia en la zona, y pasaba por términos de Yárnoz, Otano y Ezperun.

Nos resbalan de cerca los escarpes de la Sierra de Alaiz, con el verde fresco de los quejigos.

Por estas boscosidades manduvo Javier Mina y su guerrilla tras el encontronazo con los franceses en los Altos de Subiza, en marzo de 1810. De aquí pasó a Labiano, al otro lado de la Sierra de Tajonar, donde cayó en las zarpas de los gabachos.

En un altillo, sobre nuestras cabezas, debió de estar el palacio incendiado por los franceses. No queda ni rastro.

Si tuviéramos más tiempo, iríamos con gusto a visitar la próxima cueva del «Diablo-zulo», donde se han encontrado, en desordenada investigación, restos del paleolítico superior y de otras culturas más recientes. Ahí vivieron tal vez los primeros pobladores del Valle.

Ahora que el sol vuelve otra vez por sus fueros, nos quedamos contemplando el sotomonte verde gris-blanco que llega hasta Pamplona: campos de cereal, vías de comunicación y viviendas apresuradas, por donde un día deambularon, con sus estacas, hachas o arcos de flechas en mano, entre osos, lobos, lagunas y quejigales, los homínidos-hombres de «Diablo-zulo».

Como un recuerdo de otros tiempos, queda sobre la ladera vecina un raro ejemplar de castaño silvestre, especie que los romanos importaron de Oriente, poderoso navío de frondoso ramaje, tal vez único en Alaiz.

Entre Guerendiáin y Ezperun ya en el glacis, se alza el cerrillo llamado «El Puno»; la mitad, propiedad del primero (campo de cereal), y la otra mitad, del segundo (pradera).

Pasamos por Ezperun, que no hace mucho visitó el viajero camino del hayedo de Alaiz. Señorío también antiguo, que perteneció durante cientos de años a los Donamaría-Cruzat; es hoy una

explotación ganadera que ha convertido el pueblo en almacenes y aperos. Por si acaso, acaban de poner a la entrada del pueblo este letrero-aviso: «Finca particular. Prohibido el paso». Y otro: «Coto privado de caza».

Al pasar bajo la pendiente del altillo sobre el que se asienta el poblado, vemos los muros descoloridos de lo que fue palacio y el bulto, aún erguido, de la iglesia románica, rehogada de yedras, matorrales, plantas y árboles compasivos. Sus dos campanas repican hoy en la parroquia de Nuestra Señora de Ermitagaña, de Pamplona. Dicen los que las oyen cada domingo que se cansan pronto, acostumbradas como estaban al silencio que se desprendía desde los Altos de la Cruz.

Unos amigos míos, que bajaban una mañana solcada de invierno desde la Sierra, vieron salir de entre los viejos murales dos lobos de plata, con diez aspas de oro sobre los lomos. Ellos creen que eran los lobos del escudo del palacio, que salen, cuando hace buen tiempo, a tomar el sol.

Las gigantescas máquinas de «Padcnasa» dejan junto a la carretera las pirámides de arena que salen de sus triperías transformadoras.

Antes de subir a Otano, nos acercamos al puente medieval sobre el río Elorz, con cuatro ojos irregulares, de épocas distintas. Hace poco hubo que fortalecer los tajamares a la llegada de la corriente, para que la obra, ya decrepita, no se viniese abajo.

Miramos el monumento desde un sotillo de chopos, no lejos de una pequeña fresneda. La hierba está alta, hay muchas margaritas y ranúnculos, y limacos por el ribazo. El río viene terroso, entre juncuales y zarzales. José Mari, que ha estado aquí muchas veces con chicos y jóvenes, dice que este es el sitio más romántico del Valle. No falta ni una fuente cercana de piedra y agua fría ni, al otro lado del río, el lienzo de un «molino farincero», con un fresno impávido en medio de las ruinas. Una familia, propietaria de un caserón inhabitado en el pueblo, es la dueña del puente y del molino.

-No le arricndo la ganancia.

Otano parece querer decir argomal. Sea lo que fuere, el caserío se alinea a lo largo de una sola calle que termina a los pies escalonados del atrio-cementerio de la iglesia. Manolo recuerda una jota, que debe de cantarse por ahí:

*Zahalegui está en un alto,
Yorres en medio del Valle,
y en este jodido pueblo
no existe más que una calle.*

O algo así. Una calle, fuera de la cual hay tres casonas de buena planta, dos de ellas vacías, que tal vez responden a las tres casas clásicas que aparecen en los documentos.

Perteneció el pueblo durante años a la Encomienda sanjuanista de Leache. El año 1566 nuestra señora la reina doña Leonor dio las pechas del lugarón al canciller de Navarra don Juan de Egurbi-de. Todavía no hace más de un siglo tenía 75 habitantes. Poco a poco ha ido despoblándose, y hoy es un Concejo tutelado, donde sólo hay una casa habitada de continuo por un hombre imaginativo y audaz, que ha comenzado por arreglar y hermoscar su vivienda.

Unas ventanitas conopiales en unos edificios abandonados son como los ojos vivaces aún en una desgastada hermosura.

Del palacio cabo de armería del siglo XVI quedan las paredes maestras y el herboso patio interior.

En una de las casas vecinas a la iglesia vive una comunidad terapéutica de jóvenes. Dos chicas adolescentes se sientan junto a la puerta cerrada de la iglesia y su perro nos aúlla repetido pero inconsistente. Frontera a la casa está el corral, donde balan dulcemente las ovejas.

Toda la calle parece una prolongación del aprisco.

Un mal día el cura responsable del templo de Otano abrió sus puertas al pastor para que amontonase allí la paja y pudiera

recoger el hatajo. Antes se habían repartido por museos e iglesias de Navarra los retablos romanistas, la talla gótica de la Virgen, el sagrario gótico de piedra, el aguamanil, el aguabenditera...

Entraron las bestias frontinas en la iglesia medieval, antigua parroquia de la Asunción, y ocuparon la nave de tres tramos, mientras la paja cubría el sotocoro, bajo el arco escarzano de embocadura, con casetones en la rosca y bóveda rebajada y reticulada.

Levantaban las ovejas el testuz y veían allá en lo alto, en la clave de las bóvedas sexapartitas, unas cabezas de serafines, extraña visión para unas reses. Por las mañanas las despertaba de su letargo borreguil la luz que amanecía por los cuatro óculos abiertos en el crucero y en la cabecera de la nave. Algunas tenían la suerte de arrascarse, al entrar o salir, en el fuste cilíndrico de la pétrea pila bautismal, del siglo XII. La torre de fuste prismática, con sus dos pesadas campanas, era un enorme mastín avizor e imperturbable.

Un día, en fin, salieron las ovejas y sacaron el pajar.

—Qué, ¿os gusta ser vecinas del rebaño?

—Hombre, es bucólico ¿no? vivir junto a las ovejas y todo eso!

—Lo peor son las pulgas.

—¿En verano?

—En verano y en invierno.

—Bueno, las pulgas y las moscas.

Sale un mozanco de la casa-corral con una oveja y la echa a empujones hacia el monte, tirándole piedras.

En vez de seguir hasta Yárnoz, volvemos a Torres de Elorz, donde nos esperan.

Pueblo llano como la palma de la mano, desahogado y limpio, en el centro geográfico del Valle, perteneció durante años a la Encomienda de Leache.

Por algo se llama Torres. Un poco distante del centro del pueblo, que tiene el nombre postal de Diseminado, visitamos, junto con sus dueños, el llamado «palacio»; parece, más bien, una casa

solariega, de origen hidalgo con torre bien visible y dependencias en torno a un patio interior con pozo de agua; todo él circundado de árboles y huertos. En el lado que da a la calle se abre, fantástica, una ventana geminada con sendos cuadrilóbulos góticos.

Desde aquí se ven las torres del «gotro»-palacio bien documentado, de origen gótico, ampliado en el siglo XVI, que perteneció en ese tiempo a los Torres y después a los Olo. Debió de ser alguna de ellas rama secundaria del palacio de Garinoain, y en 1740 fue declarado por el Consejo Real cabo de armería. Por una puerta de medio punto entramos en un lindo patio interior, muy transformado. Está lleno de alhelios, rosas, sándalos. Es ahora la vivienda de la familia Echarte-Aguinaga.

En el zaguán cuelga toda una típica panoplia de casa fuerte de labranza: hoces, manijas, llar, atizador, trébede, zondoko, golde, estribos, yugo y melenas, collarón y guardapolvos, horcas, vigos, lámpara de tartana... La palaciana se alegra de que nos guste tanto la casa, pero subraya que conservarla bien cada día cuesta más trabajo.

-Ya va una siendo mayor y no está para muchos lujos.

-Ahí está el toque, señora.

Frontera al palacio está casa Roncal, bella estampa de casa del XVIII. Bella es igualmente la casa parroquial, a cuatro aguas y exenta, ennoblecida por la hiedra seca. No podemos ver, porque está cerrada, el único horno de pan que se conserva en todo el Valle. Me dicen que junto a él tiene instalada el párroco una discreta bodega.

Afortunadamente, son otros tiempos. El 13 de junio de 1811, día del Corpus, el párroco de Torres de Elorz, don Manuel de Aramendía, fue fusilado por los franceses en la Ciudadela de Pamplona.

La bien restaurada y cuidada iglesia románico-renacentista de San Pedro huele a flor de azahar, y a gladiolos, rosas y claveles blancos.

-Hubo ayer una boda.

Aunque los retablos romanistas desaparecieron, probablemente a manos de anticuarios catalanes, a finales del siglo pasado, nos dejaron para nuestra contemplación la estatua renacentista del patrono, cuatro capiteles con motivos de estilo románico rural y una pila de taza semiesférica gallonada. Todo ello pesado de llevar.

El nuevo frontón, semicerrado, se levanta discretamente a un lado. Más cerca, una casa noble alberga el consultorio médico y una larga sala de usos múltiples para el futuro. Sobra algún almacén mal puesto.

Torres ha tenido la suerte de emplazar su flamante polígono industrial lejos de sus caserías, al borde de la carretera de Sangüesa y de las Ventas: carpintería metálica, excavadoras, calderería, plásticos, mamparas, talleres mecánicos, empalmadoras de papel, transportes, gráficas...

—Si Torres sería un ayuntamiento separáu —me dice uno de los vecinos— viviríamos como nos daba la gana. Pero siendo Concejo, sabe usted, no recibimos más que el 10 por ciento de lo que damos.

—Hombre, luego, cuando se separe Noain, os tocará algo más.

—Está por ver.

Antaño cuando el Valle de Elorz era gobernado por un diputado elegido anualmente por los regidores de los pueblos, las juntas generales se celebraban en el atrio de la iglesia de Torres. También en este pueblo se creó la primera y única Caja Rural del Valle. Hoy el polígono industrial acoge la cooperativa cerealista «Alaiz», que sirve a toda la zona.

Cuando al día siguiente llegamos a Yárnoz, con una tarde más segura y sin paraguas, encontramos, nada más entrar, al bueno de Ambrosio, ex alcalde del Valle, que sale con su mujer del corral con las manos llenas.

Con él damos una vuelta —una subida— por este pueblo que sube, que sube y baja y no para de bajar y subir.

Yárnoz es el último pueblo faldero de Alaiz, defensivo y resguardado a la sombra picuda de la pirámide de la Higa.

A mano derecha de su reducido caserío brilla al sol una verdiclara mancha de robles, que son propiedad particular. A la izquierda cubre los faldeos de la sierra un encinar en flor y con los rosijos renovados

*Oh, tú, robusta y severa,
eterna encina rural
de las negras encinares
de la raya aragonesa
y las crestas militares
de la tierra pamplonesa ...*

La verdad es que me he distraído un poco. Hay por el pueblo unos sauces jóvenes y se mantienen bien dos olmos maduros.

De las cuatro familias que componen el Concejo, tres están emparentadas por línea directa. La primera casa, ya deshabitada, debió de ser una vivienda hidalga, que eso parecen decir la pequeña torre en un extremo y una buena sarta de dovelas, luego alzadas sobre la puerta.

El palacio, que traía las armas —lobos y aspas— del de Ezperun, apenas es hoy visible, por lo transformado, y debió de estar anejo a la torre, también del siglo XIV, que es lo único que queda.

De este lugar fue el bienhadado Fortún Sanz de Yárnoz, casado con la infanta Ermesinda Garcés, hija del rey García Sánchez III, el de Nájera, y hermana de Sancho Garcés IV, el de Peñalén; fue liberado de los moros gracias al dinero entregado por el abad de Leyre para su rescate. Fortún fue agradecido y generoso para con el monasterio durante su vida y después de su muerte. Otro personaje, López de Yárnoz, fue escudero del rey navarro Carlos III y murió a su servicio en Sicilia. El apellido Yárnoz ha dado hombres ilustres a la sociedad navarra. Pero, a pesar de todos ellos, el pueblo pagó pechas durante muchos años al prior del Hospital de San Juan de Jerusalén en Cizur Menor.

Los muros de la airosa torre cuadrada, construida en dos tiempos, se abren en estrechas aspilleras agrupadas en altura de dos en dos. La remata una hilera de matacanes de piedra, sobre los que crían las palomas. Ambrosio conoció todavía el rafe de roble, del que pendían unas anillas.

—Hacían la guardia con las manos cogidas de las anillas.

—Qué miedo.

—Ahora las piedras se van cayendo poco a poco.

—Y ¿por qué no lo reconstruyen de una vez?

—Ya parece que van a hacer algo.

—Algo habrá que hacer.

La bajera nueva, pegada a la torre, es uno de esos disparates tal vez inevitables.

—Les ponían muchas pegas, pero al final se hizo.

—Eso suele pasar.

En la erilla donde estamos mirando hay muchas malvas, amargones, trébol salvaje de flores amarillas, grama común, y muchas colas de zorras.

—Esta sí que era una buena era pa trillar!

—Con este aire no sería difícil la avienta!

Desde el viejo cementerio, atrio yerboso ahora de la iglesia, gozamos la plenitud de la tarde de mayo. El cementerio nuevo, antes compartido con Otano, lo hicieron hace unos años en una ladería cercana, en el límite exacto entre los campos de cereal y la pradera, donde ahora pasta un rebaño.

Ondean las cebadas barbarosas que los aguaceros no han logrado postrar. Más tiesos están los trigales, menos altos. Ambrosio, con esa prodigiosa vista campesina, distingue, en la blanda planicie que tenemos delante, los diferentes tonos de los trigos «marius» —mayoritario este año—, «recital», «r-b», o el novísimo «adalic», y no digamos el color, con la flor ya casi apagada, de los campos de colza y de las pocas cuadrículas de veza, guisantes y cebada cervecera. Me habla de otras clases de cebada que han probado este año.

Tras dos años de sembrar trigo, los agricultores del Valle de Elorz suelen sembrar cebada, y viceversa, terciando a veces con algún menuzal; la cosa es «cambiar de raíz». Una versión, mitigada como se ve, del clásico «año y veza». No es una zona de añojales.

La cosecha se prevé espléndida, pero aún falta mucho tiempo para cosechar.

Tras la concentración parcelaria en 1971-72, que se extendió a 1.600 hectáreas, la superficie cultivada del Valle ocupa alrededor de 3.240, dedicadas en su mayoría al cereal -trigo y cebada- y, en mucho menor medida, a cultivos forrajeros, como veza, a las leguminosas o a las patatas, pero crece la extensión de los cultivos industriales como colza y girasol. En la docena de hectáreas de regadío se cuidan algunas hortalizas. Prados y praderas ocupan casi 900 hectáreas y el terreno forestal unas 700. Los comunales pasan de las 1000. De la ganadería, sólo el sector ovino cuenta algo.

A pesar de estos números, la agricultura ocupa sólo el tiempo del 4 por ciento de la población mientras la industria se lleva el 55, y los servicios llegan ya al 41 por ciento.

Una serrería industrial trabaja junto a la carretera, que es el río de asfalto del Valle. Cerca del molino viejo, bien erguido entre árboles hermosos, unas barbacoas y bodegas en una especie de chalé sin terminar.

Sobre la serrezuela de Arbiáin, término de Monreal, reinan los robles, y en la parte meridional crece la pradera. Más allá del cerro llamado «el Castillo», vigila el monte Cemboráin con sus pinos oscuros, que se reparten por las alturas de la sierra de Tajonar. En las lejuras, encima de los montes que guardan Pamplona, una leve calma miopiza la tarde. A nuestros pies, como quien dice, el río Elorz, que viene de Loiti, se abre paso fácil en un suelo de margas, entre una romería irregular de chopos, fresnos, alisos y sauces.

-Tenéis que plantar muchos más árboles junto al río -le digo a nuestro guía y maestro.

-Algunos ya se han puesto.

Cuando la concentración, desaparecieron lindes, ribazos, empuendas, matorrales, arbustos, árboles, y los animales que habitaban en ellos. El Valle de Elorz, que es un horizontal tablero verde, necesita también piezas verticales para que sea posible el juego de ajedrez natural y cotidiano.

-¿Qué hacéis que no tiráis ese armatoste?

Las «Canteras de Yárnóz» dieron pingües beneficios al pueblo durante dieciocho años, pero no pudieron resistir la competencia

con las nuevas «Canteras de Alaiz». Como suele ocurrir, el armatoste, un día necesario, queda donde estaba y afea el pueblo de Yárnoz y el paisaje de la sierra.

Llegamos por fin a la iglesia, medieval como todas y enferma de humedades, donde los amigos de lo ajeno pusieron sus aviesas manos y se llevaron unas tablas pintadas. No se llevaron la geométrica Virgen románica, que está en una casa a buen recaudo, ni el Crucifijo barroco, con los pies y piernas agrietados y rotos por las inclemencias de los tiempos.

En las huertas comienzan a ponerse rosillas las cerezas. Los estorninos, de picos fuertes y de ojos largos, no paran de acorrerlas. Por el cielo alto se disparan unos avejacos.

De repente vemos allí arriba un gran cernícalo, quieto, alerta. Qué cernícalo! Es un ala-delta, que ha volado sin duda de la base de la Higa. Suerte!

Por un puente de hierro pasamos el río que lleva el recuerdo del Valle en su frágil memoria de agua. Nos sobrevuelan dos milanos, directos como la misma carretera. Aterrizamos en Elorz, capital onomástica del territorio.

Entramos por la calle Lindatxikia - calle pequeña, como en Pamplona - y dejamos el auto bajo unos soberbios aliantos, en un anchurón natural.

Elorz es, de todo el Valle, el conjunto urbano más clásico, más monumental: calles coordinadas, casa nobles de piedra sillar, grandes dovelas en los portales, claves y dinteles fechados y decorados, ventanas geminadas o molduradas, escudos barrocos, áticos rematados por recios aleros de madera... Los libros hablan de las casas Charlesena y Angelena -todas las casas han conservado su nombre vasco - y hacen bien, pero todas merecen un rato de admiración.

Como, mientras vamos viéndolas, no se ve un alma, nos imaginamos sin dificultad que estamos por un momento en pleno siglo XVIII.

-No estarían tan cuidadas como ahora.

—Puede que no.

En una de ellas, portada de pavo real de piedra, visito a mi amigo Casiano, alcalde del pueblo un día que lo visité con él, y que ahora lucha serenamente con la enfermedad. Da su casa, por la parte meridional, a unas villas nuevas, cortejadas de árboles y plantas, sobre las que revolotea, otra vez, un milano.

En todo el Valle tuvo la Iglesia numerosas posesiones hasta la desamortización del siglo pasado. Conocidas son las de los monasterios de Leyre, Irache y Roncesvalles. Sabemos, por ejemplo, que en 1141 una tal doña Urraca Ortiz donó a la catedral de Pamplona la villa de Elorz, como quien dona unos pendientes, amén de otras heredades como el monasterio de San Sebastián, que acabó en cementerio a mediados del siglo XIX.

He escrito alguna vez que catedral se puede llamar el iglesión de este pueblo, dedicado a la Asunción de Nuestra Señora, estupenda talla central, alborotada de ángeles que la coronan. La nave de la fábrica fue recrecida en el XVII hasta la misma altura de la torre medieval: tal vez para encajar el monumental retablo romanista, con incrustaciones clasicistas y herrerianas, del ensamblador Juan de la Hera y del escultor Gaspar Romano, maestros del taller de Lumbier, a los que debemos algunos buenos retablos en Navarra.

La solícita señora que nos abre la puerta y nos enseña el templo duda entre San Esteban y San Lorenzo a la hora de identificar la talla central del segundo cuerpo del retablo principal. Los demás santos se los sabe de carretilla. Esta inmensa iglesia rural necesita un buen retoque, querido Carlos.

—Ya tiene usted razón, ya.

En el atrio, dividido por dos altos setos, huelen a miel fina las flores de las acacias.

Cuatro mozos hablan y beben en el Centro, bien acomodado en la antigua escuela; le han añadido un asador, adjunto pero separado, para los días de meriendas y cenas, que son muchos.

Elorz y Zulueta se afirman prudentemente en el sotomonte de la sierra de Tajonar, cresta que buza hacia el Nordeste, mientras Zabalegui, Torres e Imárcoain ocupan el centro. Cada pueblo se repartió bien, como algunas aves, el terreno del que iba a vivir.

Los cereales suben hasta la mitad de la sierra, dejando a las praderas los lomos venteados, debajo de la franja horizontal de pinos. Hace tres semanas patécé las sendas cimeras, en una mañana radiante, entre asfodelos, lirios morados, anémonas, adonis verna-les y las primeras madresevas.

A Zulucta se entra, pasada la Venta, por un camino entre chopos, que parece llevarnos al jardín de una casa señorial.

Se nos va cerrando la tarde. Si a esta antigua escuelita le dieran una mano de renovación y de belleza, la plazuela quedaría hecha un primor, a pesar de las dos casas vacías.

La iglesia está abierta, cosa rara y más a estas horas. Podemos regustar así el elegante retablo romanista del villavés Pedro de Iroz, con sus rostros de santos barbados y esas cabelleras leonadas, removidas por no sé qué viento, que baja sin duda de la sierra de Tajonar. En esta iglesia se encuentra un sepulcro singular, con escudo en la clave de la capilla, que perteneció sin duda al palacio local.

Ay del palacio. Sus ruinas y los lienzos aún en pie se disimulan entre nogales, hiedras, saúcos y cardedales floridos.

Con dos buenos hombres, que encontramos a la puerta de una casa hidalga del XVIII, recorremos los dos círculos que forman la única y culbreante calle de San Esteban, santo patrón del lugar.

Restos de casas góticas, casas de buena planta. Más allá de los dos círculos están las nuevas villas o casas de recreo de gentes que han venido de fuera y no suelen estar muy integradas en la población. Muchos árboles, plantas y flores, que es maravilla.

Es el concubio de los pájaros; ruiseñores van de fronda en fronda, repitiendo sus potentes estrofas con la que despiden el día. Corre el agua por el aska y por el lavadero esmeradamente conservado bajo un techo de madera; hoy es una curiosidad y un aderezo urbanístico. Al final de la nueva urbanización, una pequeña pero activa industria.

—Con un poco de gusto y unos dineros os quedaría el pueblo de cinc.

—No estamos gente.

—¿Y no os pueden ayudar algo los nuevos?

Antes de que la noche nos saltee en este casi despoblado, apuramos los agradecimientos y las despedidas.

Las sierras de Tajonar y de Alaiz tienen ya ese color de velo azul tenue que les deja la luz de la tarde cuando se va.

El tiempo es muy distinto del de ayer, cuando subimos a Zabalegui. Lo dice la jota que he transcrito antes, pero el llano es un llano alto, es decir, una mesetilla, hecha de margas y areniscas, desde la que contemplamos a placer lo que ayer y anteaer recorrimos. Desde aquí vemos por fin el caserío de Andricáin, poblado medieval, resguardado tras el cerro de su nombre bajo el monte Cemboráin, que fue durante muchos años casa de labranza y ahora es corral de un celoso ganadero de Zubucta.

Tomamos café y más cosas en casa de Javier. Saludamos a la abuela, mujer delicada, que merecería uno de aquellos inimitables retratos de Rembrandt.

La casa, nueva, está rodeada de un primoroso jardín con todas las delicias de mayo: aún no se han abierto los malvaviscos, y hay rosas rosas tan bellas, que me vienen aquellos versos latinos del fino poeta inglés Gerard Mainley Hopkins:

*¿Quo rubeant dulcesse rosae vel pomifera aestas?
Est rubor in teneris virginis ille genis.*

*(Por qué enseñan las rosas y el frutal verano su color rubicundo?
Es el mismo rubor que aparece
en las tiernas mejillas de una doncella)*

A la derecha, sobre el borde de la meseta, hay un fresno, a la sombra del cual solían reunirse en tiempos los ancianos del pueblo y desde allí seguían las labores de los más jóvenes.

—Buen observatorio, sí señor.

Por algo llaman a Zabalegui «el balconcico del Valle».

Zabalegui, *sitio ancho* en vascuence, es fácil y lindo de ver. A pesar del mamotreto del viejo depósito de aguas, que todos tienen por feo y sobrero.

—Pues algo habrá que hacer.

No lejos de él acaban de levantar dos casas gemelas.

—Este pueblo será pronto pan apetecido.

—Ya veremos.

Aquí y allí, casas con título nobiliario. Ya en 1524 el barón de Ezpeleta perdió sus bienes que aquí tenía por haber combatido en el bando agramontés, fiel a los reyes de Navarra, contra el bando castellano. Mejor le fue, al parecer, a don Francisco Juániz de Echalar, señor del lugarco, que adquirió por real gracia del rey de las Españas don Carlos II —tras hacerle la gracia de darle unos buenos doblones— la jurisdicción civil y criminal sobre el pueblo y, un año más tarde, en 1691, el título de marqués de Zabalegui. Javier, que lleva sus tierras, acaba de comprar su palacio, casón del siglo XVI, con portalón de medio punto y escudo en la clave: en su campo, árbol arrancado y jabalí.

Le pregunto a Ujué, una de las herederas que nos acompaña, si le ha echado ya el ojo para el día de mañana, y tercia la madre, entre halagada y discreta

—Uf, todavía falta mucho.

No queda ahí la cosa. Porque este hombre, que es presidente del Concejo y empedernido jugador de mus, ha comprado una casa de la duquesa de Granada con sus tierras. Sólo le queda ya hacerse con la del conde de Aybar —de cuya hacienda es asimismo arrendatario—, casa donde él nació, morada de un hidalgo del siglo XVI, con torre, dependencias y patio; buen objetivo, pues, para una buena restauración.

—A este paso, vas a poder reivindicar un título.

Las caserías están separadas y hay cómodo espacio para huertas, eras y jardines.

La casa vicarial es ahora la sede, renovada, del Concejo. Todo el pueblo acometió al mismo tiempo —sin pedir un duro, como me recalcan los acompañantes— la renovación de la iglesia románica-renacentista, donde luce un toscamente bello retablo romanista, amenazado severamente por las termitas. La Virgen del Rosario, imagen manierista del XVII, con un niño desnudo y un mapamundi, es la patrona de la parroquia. En otros tiempos, el segundo día de Pentecostés, todas las parroquias del Valle peregrinaban a Zabalegui. La romería terminaba con una procesión de todas las cruces parroquiales y de la cofradía del pueblo.

Tras un cebadal majestuoso del marqués, se recoge el cementerio en un altillo. Desde esta parte meridional del balcón zabaleguiño paseamos la vista por los cuatro pueblos serranos del Sur, que son Guerediáin, Ezperun, Otano y Yárnoz. Todavía son, en parte, ganaderos. Lo fueron mucho más antes de la desamortización, cuando los vecinos de los cuatro lugares tenían el derecho al aprovechamiento de los pastos en las 711 hectáreas del Alaiz, monte del patrimonio real.

De los cuatro, Yárnoz, Ezperun y Guerediáin aparecen a la boca de los grandes huecos de las canteras, que desde aquí semejan cuevas prehistóricas en donde pudiera refugiarse la población en caso de grandes inclemencias climáticas.

Terminamos el recorrido en Imarcoain, pueblo derramado por una colina —otra vez el enigmático sufijo *ain*—, cabe el barranco Arcotxain, que vierte sus pocas aguas en el río Elorz.

Asentamiento prehistórico y protohistórico importante, tiene hoy el pueblo tres barrios: bajo o nuevo (casas del Soto), medio (junto a la iglesia) y alto (sobre la cima de la colina), pero aquí también hay una única calle, la de San Martín. Entre el barrio bajo y el medio van a construirse dos docenas de casas unifamiliares. A ver cómo sale.

Así que llegamos, nos dirigimos en primer lugar al barrio alto por un pasillo de acacias, plátanos y álamos. Se conservan unas pocas casas antiguas —inmensa casa Roncal— y se han añadido muchas casas nuevas, todavía no bien ensambladas. Entre las antiguas, queda una especie de casa-fortaleza, de muros grises y

esposos rellenos de bastín —tierra y paja—, que pudo ser una torre defensiva rural.

Buen sitio este también para contemplar la parte sur del Valle. Una tupida arboleda asombra el curso del río entre Torres e Imarcoain y el último tramo de la regata Isaiar (*Ibaitar?*) que nace en Andricáin. Huele tentadoramente a flor de acacia.

Desde la terraza de su casa nueva nos hace ver Jesús las dos únicas viñas que quedan en el pueblo y en todo el Valle, si exceptuamos otras pocas en Oriz. Dos viñas, con las cierzas ya visibles, y un pequeño garbanzal en el carasol del montecillo de Santo Domingo, donde antañazo hubo una ermita dedicada al santo.

La filoxera de finales de siglo desanimó a los pocos viticultores que aún había en el Valle. Y poco a poco el viñedo se ha reducido a esta mínima extensión.

—Sácales luego de nuestro chacolí.

—No, a uno de Mañeru no me atrevo.

Imarcoain tuvo, cómo no, su palacio: pueblos pobres y cercanos a Pamplona, en manos de unos y otros, como animales domésticos! A comienzos del siglo XVI era palaciano don Jimeno de Yáñez, cuyas armas eran las mismas que las de Javier, traídas del palacio de Otazu.

Cerca de él está casa «Buruzuri»: tres pisos enlucidos, con puertas, ventanas y esquinas de piedra; todo centrado en la belleza del escudo sobre la clave de la portada.

De la iglesia románica lo mejor es el retablo miguclangelesco, obra bien conocida y apreciada del ensamblador Juan de Gazteluzar, discípulo de Anchieta. Aquí la casa parroquial es sede, bulliciosa a estas horas, de la sociedad recreativa «Urdiña».

Imarcoain es hoy un pueblo que crece. En su «polígono industrial», separado por dos carreteras y una vía del ferrocarril, están la Aduana de mercancías, la estación fitosanitaria y los servicios de la Autopista.

Como final de excursión, que dura ya tres tardes, sobrepasamos los tres obstáculos susodichos y bajamos a la «hoyada de

Noain», como la llaman los papeles, para acercarnos al Acueducto, que celebra ahora sus 200 años.

La historia es hartó sabida. El Ayuntamiento de Pamplona se había puesto en contacto en 1699 con el ministro navarro don Juan Goyeneche explicándole el deterioro higiénico que sufría la ciudad a causa de la sequía y la falta de agua corriente. A mediados del XVIII el virrey de Navarra, conde Riela, potenció la modernización de los servicios públicos. Tras varios años de debates, el consistorio pamplonés encargó al ingeniero hidráulico francés, François Gency, un proyecto de traída de aguas a la capital. El proyecto, basado en un sistema de tuberías inclinadas, fue modificado por la Real Academia de San Fernando, que sustituyó las tuberías por acueductos sobre arcos, según el sistema de los vasos comunicantes.

Tras no pocas vicisitudes, se hizo cargo de la obra en 1780 el famoso arquitecto Ventura Rodríguez (1717-1785), maestro en clasicismo herreriano, quien no pudo ver acabada su obra. La llevó a buen término su discípulo, el durangués don Angel Santos Ochandátegui (1749-1802), director de Caminos de Navarra, autor de muchas obras en nuestra tierra, entre ellas la iglesia de mi pueblo. Las aguas del nacedero de Subiza llegaron por vez primera a los 24 caños del depósito de Pamplona el día de San Pedro de 1790.

Los libros hablan de 97 arcos. El tren se llevó en 1858 uno de ellos, como si fuera la pata de un animal; la Autopista se llevó otra, es decir otro arco, en 1974. A uno le extraña cómo, con ese criterio, no se han llevado piedras sillares, ladrillos y mampostería para construir cosas más eficaces e inmediatas: bancos, discotecas, almacenes, fábricas, piscinas, mercados y así. Pero, en fin, aún quedan muchos arcos en pie, aunque mal conservados, con la cornisa en parte destruida, oscurecidas las bovedillas por la humedad o por el fuego que encendieron a su abrigo, durante años, andarríos y duermepuentes. Me dicen que el Gobierno de Navarra piensa poner sus manos reconstructoras en estas piedras resistentes, como lo hubo de hacer, en 1911, su predecesora la Diputación Foral, tras hacer recibido la obra del Ayuntamiento de Pamplona, salvándolas del más que previsible derrumbe.

La caseta que recogía las aguas, al comienzo de la galería, conserva aún sus buenas piedras, excepto las planchas del tejado, que fueron arrancadas hace años. Por dentro está sucia y detesta-

ble. Las cañerías de metal, descubiertas y rotas en un breve tramo, entran en el puente del Acueducto y se pierden bajo las piedras. La canaleta sigue luego su camino recto, llevando a su izquierda un holgado pasillo bajo.

Hacemos un recorrido simbólico pero físico por el Acueducto, sobre las cebadas y las amapolas, que parecen más bonitas desde arriba, hasta donde el sentido de conservación nos lo aconseja.

De todos modos, bien está celebrar el centenario de esta obra, tal útil en su día, hoy preclaro monumento, y exaltar la memoria de aquellos hombres ilustres e ilustrados como Goyeneche, Ricla, Ventura Rodríguez, Ochandátegui; de aquellos Ayuntamientos de Pamplona, y de nuestro ilustradísimo señor el rey don Carlos III, a quien Dios tenga en su gloria.

Digamos, en fin, al Acueducto de Noain —siempre con mayúscula—, que es para todos los navarros nuestro patriótico Acueducto de Segovia, unas advocaciones, entre líricas e ingenieriles, en honor de su resistencia y para contento de todos:

Tren setecientosco de piedra
Arpa horizontal de agua y piedra
Filarmonica del aire y de la piedra
Jaula de viento y de piedra
Río ondulante de piedra
Peine de las mananas de piedra
Monstruo de cien ojos de piedra
Cienpiés lentísimo de piedra
Atlante cansado de piedra
Caballo a galope de piedra
Arca de los arcos de piedra

Va cerrándose el crepúsculo sobre el Valle de Elorz, y por entre las rejas generosas del Acueducto pasa un vientecillo pelado anunciando una fresca noche de mayo.

DE AGUIÑA A DOMICO, UNA TARDE DE JUNIO

«Laminaciones de Lesaca», la empresa más grande de Navarra, que un día visitó de espacio el viajero, estuvo una vez cerca de la villa; ahora está la villa cerca de Laminaciones.

Hace más de un año que queríamos subir al Aguiña. Llegamos una mañanica de otoño hasta Lesaca y acertó aquel día ser por casualidad la fiesta del *Nafarroan oinez*. No hubo manera de romper por ninguna parte el cerco festivo montado. Uno de los responsables del orden nos dijo con su mejor sonrisa:

—Quédense a pasar el día, que lo pasarán muy bien.

Nos quedamos y, salvando algunos zafios abusos de propaganda política, lo pasamos muy bien. La organización fue excelente, hubo mucho personal, muchas diversiones y un peregrinar sin fin alrededor del pueblo por los caminos marcados, bajo el circo de montes, uno de los más bellos de Navarra.

Esta mañana de junio, de sol directo y de calura, atravesamos la vieja villa, pasamos entre muchas casas nuevas con muchos geranios en ventanas y balcones que nos ocultan las naves de la empresa, y por la vieja carretera de Oyarzun salimos hacia Aguiña.

Plátanos y fresnos primero; robles, pinos y hayas después, sobre un suelo húmedo levantado de helechos, brezos y tojos, entre los que campanillean purpúreamente las dedaleras.

Por una equivocada indicación de la *Guía* que llevamos, perdemos una buena media hora adentrándonos por una pista que no nos lleva a ninguna parte. Un hombre mayor, con el torso desnudo, anda limpiando una plantación de pinos sobre una pendiente.

—¿Son suyos?

—Claro.

—¿Para vender?

—Claro.

—¿Sabe usted dónde está el monumento al P. Donostia?

—Más arriba, en aquel alto, desde aquí lo estoy viendo.

—Gracias. Nosotros no vemos nada.

Volvemos al coche y partimos hacia arriba. En el alto de Aguiña hay varios coches de Navarra y de Guipúzcoa. Estamos frente al macizo granítico de las Peñas de Aya, que desde Francia tiene forma de muela.

—Desde aquí se ven sólo los picos segundo y tercero —nos dice un caballero alto, de blanco cabello y finas maneras, que lleva por delante un *Stauzer* corrotón.

El dolmen de Aguiña, ahogado de tojos, tiene la losa de cubierta en el suelo.

A los dos lados del camino que recorre el collado de Iraun se solazan y se solean grupos de gentes, mientras juegan los chicos y los perros. A nuestra derecha, un bosquecillo de alerces japoneses, de copas cónicas y ramas clariverdes, donde se distinguen los manguitos nuevos de este año.

Estamos un poco cansados de las andaduras no deportivas de la semana y está la tarde tan complaciente y entregada, que vamos a gozarla al montecillo de Ikatzazulo, dejando para otro día el recorrido hasta la cumbre del Birango, para bajar luego hasta el embalse de Domico.

Desde este pequeño raso cónico deshojamos la rosa de todos los vientos, de todos los espacios, de todos los colores juveniles. Relucen alrededor tréboles, ranúnculos, margaritas..., junto a un

árbol espiño de tronco añoso y maltratado. Un mínimo triángulo del embalse que alcanzamos a ver se pierde como un pequeño azogue en la barahunda de verdes de los alerces, robles, cipreses de Lawson, pinos y hayas que se reparten el circo que domina el Biándiz. El *Gorasmiguelko erreka* alimenta la balsa, desde donde parte el riachuelo Endara —que da nombre al reducido barrio lesacarra a los pies de Aguiña— hasta perderse en el fronterizo Bidasoa.

Una alondra se dispara jubilosa hacia el cielo y baja luego como un paracaidista veloz pero cauto hacia la vallonada.

La tarde de este primer verano es como un primer amor, misteriosa, tierna e impulsiva.

A la izquierda de la cercana cumbre del Birango corre una oleada inmóvil de cimas medias: el Malkorra, el Pagolleta, el Unanua, el Cerrado..., que nos ocultan los pueblos vecinos de Aranaz y Yanci, sobre los que resiste todos los vientos e intemperies la yunta gigantesca del Ekaitza-Mendaur, con sus tres cumbres y sus dos collados, su ermita —un puntito blanco desde aquí— y el imaginado hueco de su embalse.

El sol vibrante de junio nos deleita gota a gota, como un bebedizo. Todos los sentidos se enajenan blandamente y cierran sus ojos lánguidos hasta adormecerse.

Los vencejos pirovanean allí arriba y se oyen de vez en cuando sus agudos chillidos exultantes.

Dos mozancos, vestidos de deportistas semimilitarizados, que van haciendo *motocross* —cruzados de la moto—, rompen el arcádico ritmo vespertino y nuestra reposada contemplación. Es como si nos hubieran asaltado.

Mallur-keta, Aizkolegui, Azkua, Meaka, Gorramendi, Itxusi, Otsondo... saltan en la fiesta de la tarde sin querer soltarse las manos hermanadas hace siglos.

Por el Norte, la cresta habitada del Larrún, a donde un día subió gozoso el viajero, o lo subieron, hegemoniza el horizonte; a sus pies, algunas casas del barrio veratarra de Caulé y las que bordean la carretera que por Lizuniaga llega hasta Sara, bien visible desde aquí.

Una mariposa –marrón, naranja, blanco y negro– se posa levemente sobre un helecho.

A la izquierda del Larrín, se suceden tres pequeños montes, el Zigorriaga, el Mondela, y el Lartzin, tras el que se esconde el collado comercial de Ibardin.

Debajo de nosotros se abre el vallejo de Zala, otro barrio minúsculo de Lesaca, con algunos caseríos vivos bien encalados y comunicados entre sí y con la villa madre. Unos gallos kikirikean desde allí repetidamente. Pequeñas lomas y cabezos, entre los que serpean los largos pies del Onin, ondulan hasta la barranca, donde vemos la torre de la iglesia parroquial y algunas casas nuevas, así como algunas del barrio de Fraín. Algunos calveros. Muchas pistas abiertas por todas partes. Un rodal de castaños florecidos alegra un poco el verdegal oscuro circundante. Los robles tozos tienen un color cenizoso, como si estuvieran enfermos. Al otro lado del valle que abre el Bidasoa calvea un gran triángulo terroso en Matxainetxea tras el aleroso incendio del último otoño.

Sigue el repiqueteo de las esquilas, graves y leves, de las ovejas, invisibles entre los bosques. Es la hora del Angelus, no menos romántico que el de Millet.

La radio da a estas horas no el Angelus sino los resultados de las primeras estimaciones de las elecciones autonómicas andaluzas.

En Mairubaratza –huerta del moro, si no me equivoco–, avisados por el hito guía de la Sociedad Gorosti, vemos el cromlech Aguiña IV, 800:300 antes de Cristo, formado por 14 piedras en círculo. La palabra bretona significa justamente eso: círculo de piedras sagradas. Buen lugar este también para enterrar agricultores y ganaderos, héroes anónimos de la revolución neolítica, con la corona inmarcesible del sol y de los vientos, próximos a Dios y tras haber guardado fielmente los rebaños, la familia y el lugar. Un poco más adelante vemos el túmulo, con las piedras metidas en tierra y un círculo más amplio.

Antes de llegar al puerto, en un altillo –562 metros–, donde crecen unas hayas jóvenes y lustrosas, está el monumento al célebre capuchino vasco, Padre José Antonio de San Sebastián, familiar-

mente llamado P. Donosti. Lo conmemora una estela de cemento en forma de concha levantada, con ara en el interior, óculo al fondo y cruz exterior. Pocos metros al Oeste, sobre una peana de mármol negro y basa de mármol blanco, se alza un paralelepípedo de mármol negro también, en el que se diseña un cilindro. Dicen las inscripciones: «Recuerdo al P. Donosti, músico vasco (1988). Y, al otro lado: «*Txori Kantatzale ederra non ole aiz kantatzen?*» (pájaro cantor, ¿dónde estarás cantando?)

A los dos lados de la estela y frente a ella podemos ver tres pequeños cromlechs, con las piedras hundidas en el suelo, a veces poco visibles. ¿Ha querido alguien celebrar o encantar esta estación megalítica con la magia musical del vecino compositor?

Bajamos por la carretera, pasando por un appestoso basurero en llamas, hasta Burriana, por donde se pasea bullicioso el Onin. Echamos un trago en un bar vecino, entre fotografías aéreas del pueblo y terrestres de cazadores locales. Cuatro hombres hablan en vascuence.

Recordamos el último Olentzero y sentimos no poder venir, tampoco este año, a las fiestas de San Fermín, tan castizas. Un saludo a San Salvatore, que sigue sin la campanica en la espadaña, y, tras la puente, nos metemos en el seguro río de la carretera que nos desembocará en Pamplona.

En Oyeregui vemos la primera hoguera de San Juan, alta y brava, y en Burlada la última, zarzal enfurecido por el fuego. Pero la fiesta de las hogueras de San Juan tal vez sólo pueden celebrarse en el campo, donde se quician y se desquician los solsticios.

Una hoguera en Ikatzazulo a estas horas hubiera sido perfecta.

EL VINO COMO EL AMOR

*«Tu hermosura es como mi amor»
(Hafiz)*

Como el amor. Lentamente
el vino se va filtrando,
dulcemente enamorando
el corazón y la mente.
Como el vino. Locamente
nos viene el amor hirviendo
o suavemente sirviendo
un vino tan serio y fiel,
que por beber más de él
con él nos vamos muriendo.

AQUI CAYO HERIDO IGNACIO DE LOYOLA

Vengo de recorrer Azpeitia y Azcoitia y de sumirme en la contemplación de los lugares ignacianos de Loyola, la casa-torre, el caserío Egnibar, la ermita de Nuestra Señora de Olaz, la de Santa María de Elosiaga... Traigo en la fresca memoria una línea ondulada de verde oscuro de ríos y montes, de pinos, hayas, castaños, fresnos y caminos que varias veces cruzó en su vida el andariego y peregrino Iñigo de Loyola.

Me detengo ante la nueva iglesia de San Ignacio, que dejó fuera en 1927, por razones urbanísticas, el lugar conmemorativo que un día albergó la basílica inaugurada en 1694; a ella contribuyó, entre otros muchos, el jesuita vianés Francisco Alesón con los 30.300 reales de vellón de su sueldo oficial de historiador de Navarra. Y miro luego, en el cercano jardincillo, el monumento levantado el 8 de octubre de 1950. Es una reproducción en cemento del original en bronce, del escultor catalán Flotats, que acabo de ver a la puerta de la casa-torre de Loyola.

* * *

El conflicto de Navarra estaba muy lejos de cerrarse. El rey Enrique, nacido en Sangüesa, abrigaba en su destierro de Pau las mismas pretensiones que su padre Juan, muerto tras el fracaso de la invasión de 1516. Y tras él se alineaba gustoso el rey de Francia Francisco I, que luchó años atrás decididamente contra Fernando

el Católico. El peligro venía otra vez de Francia. Hacia allí se encaraba la nueva fortaleza de Pamplona, a punto de terminar, fortaleza mayor o de Santiago, que contaba con guarnición regular desde 1518 y con depósitos de armas.

Cuando el rey Carlos I embarcó hacia Flandes en La Coruña el 20 de mayo de 1520, Castilla estalló en la revuelta comunera. Nájera se levantó también contra el duque del mismo título, don Antonio Manrique de Lara, entonces virrey de Navarra, a quien servía Iñigo de Loyola, como gentilhombre, desde hacía tres años. Tras la brutal represión, el duque-*virrey* se fue, esta vez con más tacto, a pacificar Guipúzcoa, convertida también en un *avispero*. Era el mejor momento para la nueva invasión de Navarra y para su definitiva reconquista.

* * *

El 12 de mayo se pusieron en movimiento los 12.000 hombres mandados por el conde Andrés de Foix, señor de Asparros. La conquista de San Juan de Pie de Puerto fue un paseo. Miles de navarros montañeses se unían a las tropas. La fortaleza pamplonesa estaba inacabada, la desguarnición era casi total, tras el socorro prestado a Castilla, y los pocos soldados que allí permanecían estaban mal pagados y desmoralizados. Escapó el duque de Nájera... para pedir refuerzos, según dijo; el obispo guipuzcoano, Mercado de Zuazola; y escaparon los señores de Góngora y Guendulain... El día 18 llegó a Pamplona el grueso del ejército del rey Enrique de Albret. Fue saqueada la casa del *virrey*, fueron derribados los escudos de España. El Concejo pidió el mando de la ciudad, queriendo evitar un asedio inútil, lo que hizo retirarse encabritado a Martín de Loyola, hermano de Iñigo, que llegó capitaneando los primeros refuerzos guipuzcoanos. También don Pedro de Beaumont, que mandaba la plaza, aprovechó la ocasión para poner pies en polvorosa.

* * *

Iñigo de Loyola, oñacino, amigo de los beamonteses navarros, fiel a su rey y a su *virrey*, *«avergonzándose de salir porque no pareciese*

huir, no quiso seguirle, antes se entró, delante de los que se iban, en la fortaleza, para defenderla con pocos que en ella estaban». Como a don Quijote, con el que lo comparó Unamuno, los encantadores podrían quitarle la ventura; que «el esfuerzo y el ánimo» fuera imposible.

El Concejo, presidido por Charles de Artieda, antiguo servidor de Fernando el Católico, capituló y proclamó por rey a Enrique de Albret. Andrés de Foix se avino a conferenciar con los defensores. Pero éstos se negaron a capitular. El duelo artillero comenzó el día 19. Tal vez al día siguiente le acertó a Iñigo una bombarda en una pierna, quebrándosela toda, y porque la pelota pasó por entrambas, también la otra fue malherida. *«Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego»*

* * *

Tras un par de semanas de primeras atenciones, encaminaron a Iñigo hasta su casa. Lo recuerda el sencillo monumento del jardincillo.

Aquí cayó Iñigo de Loyola, gentilhombre del virrey de Navarra duque de Nájera. Se entregó a Dios y cambió de Señor para siempre en el reposo de su casa natal. Arrastró tras de sí a cientos de miles, a millones de hombres, entre otros a Francisco de Javier. Y se convirtió, pese a su humilde santidad —que tanto nos recordaba recientemente otro jesuita vasco, Pedro de Arrupe—, en uno de los hombres más influyentes de la historia moderna.

BELABARCE

Hay días en los que no cuesta mucho recordar que el sol es un astro en ignición a quince millones de grados y que por algo los egipcios lo adoraron en forma de halcón.

Y, sin embargo, fiándolo todo al hipotético cierzo de los Pirineos, nos ponemos en camino hacia Isaba con el sol ya lucio.

En Isaba, volcada en estas fechas hacia el turismo y la carretera, siempre hay gente a estas horas que sube y baja, que compra pan, prepara la mochila o va ya de camino hacia el monte.

Seguimos la familiar ruta de Belagua, libre de tráfico por el momento. Nos abren paso sercamente las Ateas.

Curvas y recurvas en la carretera de Belabarce hasta llegar a una fuente, con unas pizcas de agua, junto a la que tomamos una trocha que sube a la izquierda. Sube entre hojerales, algunas hayas y espesos pinares silvestres hegemónicos. Entre brecinas, helechos, cuernecillos, esparcetas montañosas, dedaleras, velosillas, milhojas, consueltas menores. La consuelta menor, con sus espigas de flores violáceas, nos acompañará en todo el camino, sobre todo en los rasos de altura. Tal vez por los taninos que contiene, se llamó «hierba de las heridas», muy buscada para las hemorragias.



Dudamos y volvemos a dudar entre dejarnos llevar por un cómodo y umbrío sendero o cruzar el barranco de Esaura y adentrarnos en el flanco izquierdo.

Todo parece fácil hasta que, en el término de Murúa, salimos a un raso donde un día creció el hayal y hoy no quedan más que tocónes entre los helechales, ganados día a día y metro a metro por los pinos invasores.

Por más que miramos, no encontramos la continuación del camino y seguimos como podemos por algunas sendas, a veces imaginadas, para aparecer, después de un buen rato, en un claro del pinar. Desde aquí contemplamos entre un ventanal de pinos, el Pirineo navarro, desde el Ori, con su cría de Ori-tippia, hasta Lakartxela. En las laderas del Valle de Esaura se ven otros claros, antiguos pastizales que el pino se dispone a conquistar.

Llevados por el instinto del mediodía, embaulamos regodeadamente el rústico condumio y buscamos un poco de certidumbre en medio de tanta confusión.

El silencio es aquí absoluto. No se oye cantar un pájaro. No pasa ningún avión. Es la siesta geológica. Hechos a la medida de momentos como éste parecen aquellos versos de Góngora:

*El día dormido
de cerro en cerro y sombra en sombra yace.*

Alentados tal vez por el repuesto gastronómico, llegamos a pensar que el fin está cercano y enfilamos, con un garbo impropio de la hora, lo que creemos es la recta final.

Ver de buenas a primeras el creciente del Pirineo navarro-aragonés recompensa cualquier fatiga anterior y cualquier heterodoxa manera de ascender. Otra vez, y tan cerca, las afiladas agujas del Anie y de Pene Blanc, el tablado aéreo de la Mesa, las quillas del Petrechema...

Pero salidos de nuestro encantamiento, no acertamos a encontrar salida humana alguna. Presentimos la hondura sin fondo del Valle de Belabarce y tenemos en frente los paredones de Igardakúa

e Iturriburúa así como el hondo barranco de Berructa. Por la otra vertiente, vemos un trozo de la carretera de Belagua.

Si no fuera por nuestro conocimiento general del terreno, los papeles que hoy nos guían no nos servirían de mucho y estaríamos a pique de tener que volver, como lo hicieron hace dos semanas unos amigos, por la dura pendiente, que a trancas y barrancas, y un tanto brumados los cuerpos, acabamos de remontar. Y es que muchos caminos, trochas, sendas y pasos que recorrieron nuestros predecesores y maestros están ya cerrados, borrados, inutilizados o imposibles, a veces simplemente más ocultos, y hay que hacer el camino al andar, que dijo el otro, tarca harto incómoda para aficionados, arremetidos a montañeros.

Arribado que hemos, como Dios nos dio a entender, a la carretera de Belabarce, cerca de una borda con silo, caminamos festivos y jocundos, cerca de pequeños campamentos veraniegos, plantados en la estrecha vega del riachuelo Belabarce, que conserva algunos corros de agua, entre bajos hayedos y altos, majestuosos, pinares.

Es éste un valle silente, hondo, placentero, casi tirolés. ¿Nos los dejarán en paz por mucho tiempo algunos ávidos mercaderes del ladrillo y del hormigón?

Cuando pasamos a la altura de un campamento que lleva el nombre de Tudela, unos amigos nos recogen en su coche, sin que nosotros hayamos hecho signo autostopista alguno, y nos llevan hasta el camping de Zuriza.

La seca de estos meses ha dejado el paraje, ya de por sí crudo e imponente, más arisco y calizamente hostil, bajo un ciclo casi lapislázuli.

*No llueve Dios sobre casa
suya, a lo que colijo.*

Solo un regatillo, que lleva el nombre del lugar, distrae la rigurosa severidad del entorno. Lo malo es que a pocos metros de

las instalaciones, lo ensucian públicamente de aguas negras. Metemos los pies, que otra cosa fuera inimaginable, allí donde las aguas bajan aún limpias y nos refrescamos indirectamente desde el metatarso hasta el cogote. El gaznate lo refrescamos directamente en el bar.

Este es un camping nuevo, con arbolitos todavía débiles y no sombrosos, caluroso y repleto, en el que dos mujeres hacendosas comienzan ya a pelar patatas para la no muy lejana cena.

-¿Dónde estarán los hombrazos?

-Mujer...

En la raya con Aragón sacamos unas fotos del murallón calizo, serroso y amenazante que nos cierra el paso hacia el Pirinco ulterior; los pinares le llegan sólo a los lomos.

Isaba es una fortaleza oscura y empinada, que se sabe, desde hace siglos, capitana a guerra del Valle entre cimas desmesuradas y fronteras ridículas.

Pero hoy no tenemos arrestos para recorrerla y mirarla como se merece, ni para llamar a nuestro amigo Gabriel, que es nuestro guía nato. Los coches están mal aparcados en las callejas y no cae una gota de agua sobre las askas de las fuentes. La gente, a estas horas, sube a la panadería y baja al Centro de Salud.

La complaciente y real ventera que nos atiende en el bar más próximo nos devuelve casi a nuestro habitual estado con unos vasos, repetidos, de gascosa con cerveza, brebaje que ya conocían nuestros pueblos hace muchos años en los días de trilla y siega; otra variante mezclaba gascosa con vino blanco.

Imperturbados e imperturbables ante cualquier evento meteorológico o sociológico, ocho hombrazos reviven emociones variadas en una partida de naipes.

Un sol cayente y locho despliega sobre el pantano de Yesa un bral transparente y arrebolado. Parece un espectáculo extra para turistas.

Desde Liédena una nubecilla confusa y baja vela la redonda redoma solar. Pocos kilómetros después sabemos que sale (fumus ex igne) del monte Ceboráin, donde el fuego da unos lengüetazos frenéticos. El viajero lo recorrió no hace mucho cuando todo era verdor y calma.

Ya he dicho que hay días en que no es difícil recordar que el sol...

LA ASUNCION EN RONCESVALLES

Vengo en avión desde Barcelona. Paso cerca de Monserrat, montaña santa catalana, toda en tensa vigilia asuncionista. ¿Qué otra metáfora, hecha piedra, más oportuna que ésta en el día de la Asunción? Procesión de antorchas matutina, tal vez. O ensayo general de la tierra subida al cielo. O rosal de piedra a los pies de la Asunción.

Toda la cordillera pirenaica, ahora sin una mota de nieve, prolonga la recia metáfora montserratina.

Veo el monte de Yesa recién quemado y cuento los pueblos que quedan hasta Pamplona. Hay agua en la balsa de Badostain.

Unas tercas nubes bajas nos hacen dar una vuelta alrededor de la ciudad: vamos hasta Justapeña para, sobrevolando la Peña de Echauri, aterrizar en Noáin. Recuerdo las nubes del cuadro luminoso de Tiziano, en el coro de Santa María Gloriosa dei Frari, en Venecia.

Hacia diez años que no estaba en Navarra el día de la Asunción. Me pasan por la memoria los lugares en que la celebré y me pongo a escoger los de aquí. Ujué queda en la selección final, pero

me advierten del calor y de la sequía y me quedo por fin con Roncesvalles.

Se ha puesto la tarde diáfana y sedosa. El agua de ayer y la de hoy han suavizado esa cara de cuero que se les pone a estos días agostados y agosteños de este año secarrón.

Así que aprovechamos el buen tempero para visitar antes dos pueblecitos del Valle de Arce que nos tientan hace mucho tiempo. Vamos por Aoiz, que echa la siesta del tercer día de sus fiestas patronales, y por la orilla del dilceto Urrobi, que mete mucho ruido después de una noche de lluviaza.

Junto al puente de la entrada a Urdíroz se bañan alborotadamente los chicos y chicas que acampan estos días en el despoblado, bajo la bendición geológica de la Peña de Aincioa.

A Saragüeta lo vimos, recatado y semioculto, el día en que visitamos Arrieta.

Nada más pasar la Venta que lleva este nombre, entramos en un carretil muy bien hecho y mejor rehecho que, entre robles y prados, nos deja en Saragüeta.

El pueblecito se recorta al pie de Mendiluz. En la plaza hay una fuente de dos caños. A la puerta de dos casas —una de ellas con fecha 1831 y otra de 1833— se sientan unos vecinos. Estampa tradicional de las que ya quedan pocas. En frente hay una casa que llaman «del americano» y también casa Apestegüa.

—Fue casa de curas?

Debió de ser convento o cosa parecida —nos dice la señora dueña de la casa, que vive ya en Burlada pero pasa aquí los veranos. El mainel roto bajo el doble arco capitel, el anagrama de Cristo con letras góticas en la clave, los dibujos en el derrame de una ventana de la casa vecina, que debió de ser parte del todo, nos llevan a un origen para mí desconocido. Por detrás, hay una huerta grande.

A la iglesia se llega por un jardincillo con muchas flores y tres abetos. El templo es de traza medieval, muy reformado posteriormente. Conserva un duro Crucifijo gótico triangularizado y una

linda cruz parroquial neoclásica. La señora que nos abre y enseña el recinto nos dice que en el camino de Landarte hay un cruceiro de piedra, que por falta de tiempo no podemos ver (Leo luego en los libros que es un modelo plateresco, del segundo tercio del siglo XVI).

Comemos las primeras moras del año en los zarzales cercanos a la iglesia.

—¿Cuántas familias viven aquí?

—Tres, y dos que vienen en verano.

Cuando volvemos, nos damos de ojos con la bonita silueta blanca de Arrieta, que visitamos hace poco, y le devolvemos la vista desde aquí.

Salimos a la carretera.

—¿Por dónde entramos para llegar a Lusarreta?

—Suban hasta la cadena y tuerzan luego a la izquierda.

Llegamos a la «cadena», que cerraba antiguamente el paso para el peaje de viandantes y conductores de carruajes, peaje destinado al arreglo de los caminos. Seguimos la trocha que, tras muchas vueltas y revueltas, bajo un sol fulgoroso, entre robles, fresnos, bojés y espinos, nos deja en un remotísimo Lusarreta, frente al monte Lirán.

En este pueblo el pavimento está como estaba antes de inventar el tren. No hay nadie en la plaza, que no existe. Recorremos la única calle y sólo se oye el silencio. Una inmensa casa de tres cuerpos, contraventanas desteñidas de verde, está convertida en vaquería. Las vacas se pascan por lo que fue atrio y zaguán. Alrededor de ella, algunos almacenes y corrales guardados por perros, cada uno en su perrera. Allí abajo se levanta un frontón descolorido, de dos paredes. Dos grandes fresnos se yerguen en medio del pueblo, como diciendo que ellos también están ahí.

Oímos voces. Sube una pareja joven a un coche aparcado junto a la casa grande; les salen a despedir una señora mayor y una guapa moza, que se meten pronto en la casa frontera al famoso hórreo que aparece en los libros. Bien que me gustaría hablar con

estas dos mujeres, únicos seres vivos que encontramos en esta soledad, pero no nos atrevemos a llamarlas.

El hórreo, al parecer del siglo XVI, ampliado más tarde, está construido con sillar y sillarejo en dos cuerpos separados por una cornisa convexa. Una escalera lleva al piso alto, donde se abre una portalada con arco carpanel, decorado en el intradós por bolas; el escudo en la clave lleva una cruz florenzada y estrellas de seis puntas. Hace muchos años que el hórreo cumple bien su papel de pajar y almacén.

La iglesia de San Esteban, al norte del pueblo, está sola y cerrada. Medieval también, con añadidos posteriores, deja ver una aconchada portada del siglo XVI y en la clave el anagrama de Cristo en letras góticas. La otrora enorme casa parroquial está parcialmente derruida, con las zapatas del que fue balcón corrido como estandartes de luto. Unos altos arcos que crecen en las lindes del atrio templan un poco la tristeza del paraje.

Acabo de leer *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares, ese lacérante *requiem* por un pueblo abandonado. Hoy en Lussarreta, si no la lluvia, la luz me resulta también amarilla. Amarillas son las hojas del calendario que caen sobre este pueblo. Y amarillas se ponen de pronto las hojas de los fresnos. Amarillo el hórreo y amarilla la torre de la iglesia. El amarillo del óxido, que todo lo tiñe, desde la memoria hasta las casas y el cielo.

En Lussarreta, que no estaba entonces tan amarillo, durmió la noche del 28 de agosto de 1835 el rey don Carlos María Isidro, huyendo de Rodil, de cuya proximidad le avisaron cuando salía de vísperas en la Colegiata de Roncesvalles.

Al salir nos saluda con su gorrita la torre de la iglesia de Villanueva.

Vamos contando los serbales de pajareros o de cazadores, con que nos topamos en el camino.

Mucha gente junto a la Colegiata. Muchos jóvenes peregrinos, franceses e italianos, van al IV Encuentro de la Juventud en Santiago de Compostela, al que acudirá el Papa. Vienen en autobuses, algunos en bicicleta o a pie.

En la basílica, solemne misa gregoriana, con los canónigos al completo.

Es hoy el aniversario de la batalla de Roncesvalles (778). Tan en serio va la cosa, que uno de los sacerdotes, llegado el momento de los difuntos, va y dice

Por el Conde Roldán y todas las víctimas de la batalla de Roncesvalles.

*(Otro día de mañana
cartas de lejos le traen,
Tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre:
que su Roldán era muerto,
la caza de Roncevalles).*

Tras la misa, don Javier, que es el más internacionalista de los canónigos, lee en español y francés la bendición del peregrino, escrita en el siglo XI.

Y luego el *Beata me dicent* y la *Salve*, con la iglesia oscurecida y la Virgen iluminada.

Talla de tamaño natural, la más cantada y descrita entre las navarras, es hecha de cedro y repujada de plata, traída de Francia a mediados del XIV. Virgen Madre más que Virgen Reina, ligeramente inclinada hacia el Niño, al que mira, con los ojos rasgados de sonrisa, encaramarse sobre su rodilla, jugueteón y decidido:

*Et Jesum benedictum fructum ventris tui
post hoc exilium ostende.*

A la salida, una niebla suave se nos echa suavemente encima.

POR EL VALLE DE IMOITZ

Toda la noche de este primer agosto oímos tronar y estrellarse los chubascos contra los cristales como si fuera diciembre. En ratos oíamos la terrible azotaina del pedrisco. No hemos pegado ojos.

Por la mañana estaban sin hojas los tiestos de los balcones.

Ha bajado la temperatura diez grados.

El Arga viene hoy hinflado, legañoso, temulento. Junto a puente de Santa Engracia vemos pasar troncos de árboles arrancados o rotos esta noche y muchas ramas y hojas arrastradas por el corriente.

Ayer hacía tanta calor que no pasamos del sotillo de Gazólaz rodeado de rastrojos por todas partes. Hoy, con este fresquillo que hace, nos animamos a subir al Valle de Imotz.

Vemos pronto que por aquí no apedreó, porque las dalias, rosas, maravillas, petunias, geranios... en las huertas y en los balcones están como estaban.

Pasamos por el camino que han dejado expedito los desaparecidos raíles del Plazaola. La caseta de la vieja estación está cerrada; pero conserva su antiguo color rojizo.

El Larraun trae alto su mantel, y sus aguas se esparcen entre los chopos, fresnos, sauces y alisos, que hasta ayer tomaban el sol lejos de la madre.

Larasa es una docena de casonas, casi todas del XVIII, con extensas cubiertas a dos aguas, alero amplio, arco de entrada, tres buccos por piso y molduras separándolos entre sí.

El pueblo se alinea a unos cuantos metros sobre el río, en una ladera de un robledal cuyo nombre no saben decirme. Ocupan el centro del caserío el frontón (1955) y una reciente fuente de ladrillo. Las casonas están bien cercadas de huertos, nogales y praderas.

La antigua posada (*astatuzarra*) lleva varios grabados sobre la piedra. Se ha convertido en un bar-asador y comercio de sillas, con galería corrida hacia el río. Frente a ella, la casa *Mandotegia* (los arrieros) tiene tres puertas y el edificio se reparte entre dos familias.

La escuela, donde hubo hasta 18 niñas y niños el siglo pasado, está hoy en ruinas, guardadas por la hiedra.

Al final de la calle nos sorprende una casa cuadrada de piedra sillar; sostiene en la fachada un escudo con dosel y basa: dos atlantas encuadran dos cuarteles con un lobo en cada uno.

—¿Era la casa de alguna familia noble?

—No sé, no soy de aquí —nos responde un buen hombre que anda limpiando los alcedaños de su casa.

Tampoco un pastor, baztanés él y reciente en el pueblo, que viene de llevar a las ovejas, con unos perros que chorrean agua, sabe sacarnos de apuros. El preclaro edificio es ahora almacén de la casona vecina, con una galería alta, que da también al río.

La iglesia de este antiguo lugar de señorío realengo, como casi todos los pueblos del Valle, está más alta que el caserío, como si lo guardase y vigilase. Está guardada, a su vez, por un perro atado con una cadena a la barandilla de la escalera que sube desde la cercana casa parroquial. La puerta del templo está abierta y hay luz encendida dentro.

—Señora, señora...

Nada. Podríamos dar un rodco y saltar una verja de hierro pero no es cosa de aparecer como saltadores-salteadores. Así que nos quedamos sin ver el bello retablo que don Tomás Biarrun atribuye al entallador Juan de Beructe, vecino del pueblo de su

nombre y autor asimismo del retablo de Echalecu, que vivió en la primera parte del siglo XVII. El sagrario renacentista de Morionnes, lugar que visité hace poco, se encuentra también aquí.

Del puente por el que pasaba el Plazaola sólo quedan tres pilastras redondas. El tren se paró para siempre pero el río sigue vivo y vivaz.

Es buena hora para ascender a Goldáraz, el pueblo más alto del Valle.

Es un ascenso placentero entre robles, avellanos y fresuos.

Lo primero que queremos a la llegada es ponernos a mirar desde la altura: es como querer saborear la pequeña conquista. La casa que veíamos desde Latasa cierra, con su jardín, un espacio natural que debiera ser de todos. Tenemos que ir hasta cerca de un gallinero que tiene adosado un corral con pavos reales. Primero vemos los pavos y luego el paisaje, que desde aquí es amplio y lucífero. Viéndolo nos pasamos un buen rato, embobados.

Frente a frente, la cara norte y noroeste del Erga, con sus broncos crésteríos calizos y con sus vallonadas abiertas por la erosión, donde se engarñan robledales y hayedos. Más acá, las Dos Hermanas, y más allá, Atondo y El Perdón. Hacia el Este, tras el breve valle que abre el río Imotz, y donde asoma una oreja Eraso, las alturas de Soto, Mendúrroz, Epaizburu, Arañoz, El Capistar, y el brumoso paredón prepirenáico en torno a Eugui.

Pica el sol que levanta la humedad de las lluvias recientes. La atmósfera comienza a adensarse pero nos da en la cara un ciercillo cosquilloso y lleno de blandicias.

En Goldáraz, que es una calle y un anchurón, algunas casas son tan buenas como las de Latasa, pero hay algunas nuevas del todo y mucho menos bellas. Otras han sido renovadas, a veces con aditamentos de mal gusto. Muchas tienen una rampa que sube desde la calle hasta el granero. Un escudo del siglo XVIII, con árbol y lobo, cruz y media luna con estrella.

La iglesia parroquial dedicada a la Natividad de Nuestra Señora es de origen medieval y conserva bastante bien en la puerta de entrada unos capiteles rústicos con figuras vegetales, estrellas y otros adornos. Junto al atrio está el camposanto, poblado de ortigas y otras malas hierbas. Cada familia tiene una lápida adosada a la pared.

El frontón, pintado de verde eléctrico, roba también un buen espacio a la vista sobre el río, y sólo deja por detrás un breve pasillo a la contemplación. Encima ondea una ikurriña.

Al final de la calle un inmenso nogal, con dos poderosas ramas maestras sobre un tronco breve, da brillo y esplendor al pueblo.

Algunas chicas y chicos, de pelo muy rubio, andan jugando por el pueblo.

—Agur.

Agur.

Goldáraz ocupa un descansillo que hace la terminación sur-oriental de la sierra de Aralar, formada por calizas del jurásico y del cretácico, donde se encabritan el Malkorra y el Larrazpi.

Antes más, estos pueblos del Valle, de Imotz plantaban y cortaban robles que vendían a la Armada, y con la hoja del roble y el estiércol de los animales abonaban las tierras de trigo, patas y maíz llevar. Luego el castaño sirvió bien hasta que le entró la conocida enfermedad. Ahora los pueblos del Valle viven sobre todo de las fábricas próximas, de las de Irurzun mayormente, y del poco ganado, vacuno, lanar y porcino, que queda.

Goldáraz tiene a los pies una larga pradera, pero las pocas vacas que vemos pacen en las laderas altas de los montes. Damos un paseo por un camino ancho que nos lleva hacia el Norte, desde donde divisamos Beramendi, Itxaso y Yaben y, más lejos, a la izquierda, al albo caserío de Arruiz, cerca ya del tapial de montes que separan Basaburúa Mayor del Valle de Larraun.

Habitan el robledal regenerado, donde estamos, arces muscones, enebros, endrinos, barbadejos, rosas silvestres, espinos albares, tragacantos, eléboros, musgo blanco... Un cuervo revolotea sobre

nuestras cabezas. Un pastor guía seguro unas vacas pintojas hacia el pueblo.

Lo primero son las llamadas Ventas de Urriza. Son cinco casas repartidas entre los bordes de la carretera y la hondonada de lo que un día fuera meandro Recortado del río Larraun, que hoy, tras las lluvias, arrastra un agua rápida y turbia. Vemos también una moderna piscifactoría y las ruinas de la antigua central eléctrica. Me dicen que la casona renovada de la izquierda, que fue la única Venta verdadera, es hoy una casa del Opus Dei; dos lauburus están grabados en las rejas de la puerta, cerrada esta tarde.

Por un carretil, difícil de ver si se va de prisa, subimos, entre avellanos y nogales, al núcleo del pueblo, que son siete casas, una más que a mitades del siglo pasado. Buenas y altas construcciones del siglo XVIII, con balcones de madera y suelo de cemento para que no se pudran las tablas. Debajo del barrio antiguo hay una casa grande, sola, rodeada de flores, trastos y perros, y con una extensa vaquería por delante. El amo de la finca nos da una serie de indicaciones y noticias sobre el lugar. Junto al carretil está ahora la iglesia reciente, que sustituyó a la antigua del barrio alto, y también el centro social donde se reúne la gente de las Ventas y del pueblo-pueblo.

De Urriza bajamos a Latasa y seguimos por la carretera que lleva a Eraso e imita las curvas del río Imotz. Trayecto delicioso, ensombrecido a los dos lados por el bosque que aquí recoge como un don el afluente que le viene desde el monte de San Marcos.

Eraso tiene un buen ver esta tarde soleada de agosto a la vera de un montecillo robleño. Las casas junto a la carretera están muy hermoseadas, pero las mejores están en la calle ancha que sube hasta la iglesia. Una es el palacio o Iriartea, con un mirador que da al mediodía, cruces y dibujos en la clave del portalón, y una cara grabada en el dintel.

—Parece Franco.

El dueño de la casa que anda por aquí se sonríe y trabajamos conversación con él. Hablamos del tiempo, de la cosecha, del trabajo y de los veraneantes que vienen al pueblo. Pero al querer hacerle una foto, se nos echa a un lado. El rey Carlos II dio el lugar en 1367 a Juan López de Eraso, por su servicio en la frontera con Guipúzcoa. Fue este palacio cabo de armería y de este noble solar salieron varios alcaides de distintos castillos navarros.

El dueño de la otra casa grande, Goicoetxea, nos explica el anuncio de una máquina de ordeñar francesa que hemos visto en la puerta de las dos mansiones y nos da las razones de por qué no se han hecho otras cooperativas en la zona como la de Oskotz.

—Muchas cooperativas no marcharon bien...

Y después de un buen rato de palique, nos salta

—Bueno, ahora a ordeñar.

La casa más alta, en la parte norte del pueblo, lleva tejazoz sobre el balcón principal, balcón corrido, todo de madera de roble. La discreta iglesia de San Miguel, de origen gótico, guarda un buen retablo mayor de origen romanista.

Desde Zarranz, en brazos del Zarranzmendi, se ven bien Galdáraz, Eraso, Etxaleku y el monte valladar de Beruete, que cierra Basaburúa. Unos buitres giran y vuelven a girar sobre las últimas hayas.

Zarranz tenía diez casas hace siglo y medio. Hoy le quedan tres, dos muy restauradas y habitadas sólo los fines de semana, a las que hay que sumar dos villas recientes. La iglesia rural de piedra, con largo pórtico cubierto, nos sorprende con una cruz parroquial de plata, estilo rococó, muy decorada, y con una renacentista talla policromada de la Virgen con el Niño. Se conserva el viejo lavadero y una fuente, de 1914, restaurada también. Dos de las casas antiguas tienen adosados hornos exteriores.

Mugén unas vacas tan fuerte, que parecen sirenas.

Encontramos a un hombre de cara y pelo rojizos, que trabaja en el monte y que hace dos años no ha ido a Etxaleku. Cuando le hablo, veo que entiende mal la palabra «bosque»

—Monte quiero decir, *mendi*.

—Ah.

—¿Están contentos de que venga gente de Pamplona a llenar el pueblo, no?

—Gente ya tenemos, dinero es lo que falta.

—Ande, ande...

Y con estas y otras bajamos a Etxaleku. Los montes de todo el Valle están poblados de hayas, arriba, y de robles, abajo, de robles mezclados con fresnos, avellanos, arces y matorral.

Etxaleku se yergue al pie del Menditxuri, sobre el diapiro arcilloso que lleva su nombre. Es un pueblo precioso que parece agrupado en tres escaleras para hacerse una foto permanente.

Sobresale la torre pensativa de la iglesia nueva, construida en año 1873 tras el incendio de la antigua. El recio y sereno edificio de buena piedra, planta de cruz latina y pórtico cubierto, alberga algunas de las buenas tallas romanistas del retablo anterior.

Tras las primeras casas aparece, lustroso, un palacio que lleva fecha de 1739 y el nombre de Pablo Urriza en piedra, con alero de dos cuerpos que lo resguardan. Lo rodea por dos lados un coqueto jardín con pinos, cipreses, cedros, tilos, magnolios, rosales..., que es cosa de ver.

—¿De quién es esto?

—De una señora que vive en Francia —nos dice un mocete.

—De la señora Dori —nos dice otro, que parece más entendidillo.

En un próximo jardincillo, abierto, se recuerda la vieja ermita de San Pedro: «*Pedro Deunaren Ermitatxoa zan Lekua 1964 urtean*». Fue la ermita de San Pedro ad Vincula, sede de una hermandad de sacerdotes que agrupaba a los del Valle de Gulina, Basaburúa Mayor e Imotz, a la que, desde 1851, perteneció don Hilarión Eslava, «maestro de capilla de S. M. la Reina Isabel II».

A derecha e izquierda de la calle van sucediéndose casonas espléndidas, una tan buena como la otra, todas del siglo XVIII,

con sus aleros dobles, portadas de medio punto, molduras entre los pisos, y huecos de tradición renacentista.

Subiendo, subiendo, llegamos hasta el actual cementerio, que fue la iglesia gótica incendiada. De ella queda la parte baja de los muros y la puerta de ingreso, de arco apuntado, con ocho finas arquivoltas apoyadas en otras tantas columnitas.

El camposanto está muy deslucido. Nos impresionan las lápidas puestas en la pared meridional encima de la tumba de Jose Jabier Alemán, militante de ETA, muerto a los 24 años en un trágico accidente en Tafalla, hace unos años: «*José Jabier zaude Jainkoren Baitan*». Y «*Zure maitasun egarria guregan erin duzu*».

—Qué triste. ¿Os acordáis?

—Ya lo creo.

En el primer escalón o repisa del pueblo está el lavadero viejo, muy bien mantenido, cerca de una casa-almacén con escudo. Más arriba, la taberna, bien conocida en todo el Valle, mantiene una placa del Corazón de Jesús sobre la puerta.

—Sería de la casa antigua y no habrán querido quitarla.

—Y por qué no ha de estar donde está?

—Porque no es el sitio más idóneo, hombre.

—¿Por qué no?

A la salida del pueblo tres familias están levantando una granja-cooperativa.

Desde Zarranz veíamos en la cima del Menditxuri una borda. Nos habían dicho por ahí que en ella vivían unos «hippies». Luego nos dirán quienes lo saben mejor que, más bien, vive ahí un «neurural», socio de la familia que en Udabe hace artesanalmente queso, requesón y cuajada.

Baja por aquí un riachuelo y pastan ciegamente unas vacas.

Cinco días más tarde, también con sol complaciente, nos vamos de un tirón desde Pamplona hasta Múskitz, el pueblo más al

Sur del Valle, por la carretera que se desvía poco antes de llegar a Irurzun. Pasamos junto a una enhiesta barra caliza, que es el escudo (adarga) del Valle de Gulina, y seguimos holgadamente encajados entre el macizo de Erga y la serrezuela de San Gregorio-San Bartolomé, en contradirección al arroyo, que nace en los bajos del Zarrasmendi, pasa por Gulina y desagua en el Araquil, cerca de la ermita de la Virgen de Oskía. Es un pasco silencioso, suave y ameno que se encuentra con el señorial caserío de Zía, uno de los apellidos del viajero. Cuando discurre entre robles y fresnos, uno tiene la sensación de que pasca por un perdido edén.

Múskitz se acomoda en un descansillo a espaldas del Mendúroz, entre pequeñas colinas boscosas y lomas de pardos forrajes. Pasando un puentecillo sobre el regato que baja de San Bartolomé, se llega al pueblo entre manzanos, avellanos y sauqueras.

Está este trozo de ciclo teñido de golondrinas que preparan el gran viaje hacia el Sur. Las casas se entremezclan con los huertos. Bien cuidados, como en todo el Valle, exhiben escudos con barras, y lobos con árboles. En la más alta unas oscuras zapatas de madera sostienen un soberbio balcón. En los huertos hay patatas, girasoles y árboles frutales.

Hay granjas de vacas por todas partes.

—Qué buenas están estas moras.

—Buenísimas.

El viajero pasó aquí una buena tarde en la casa de campo de los Ayestarán, cuando aún vivía el patriarca, que me acompañó a visitar el Valle.

A estas horas no vemos más que un mocete delante del *Gaztaudegi*.

La iglesia, en medio del pueblo, aguanta un tosco alero de hornigón y una cementosa pared que cierra el pórtico, en duro contraste con tres estelas discoideas al pie. Cerca, una fuente con aska: «*Itur otz, 1959*». El lavadero, vallado de piedra y ortigas, retiene un agua sucia, color víbora.

Por entre los robles y helechos llegamos a Oskotz, último pueblo de nuestro recorrido. Nos topamos pronto con un hato de

vacas y terneros que conducen con largos palos un hombre y dos muchachitos; uno guapísimo, de película de Antonioni.

Oskotz se recuesta bajo el Andrillage, en la cordillera que va de Etxaleku a Beunza. Es, con aquél, el pueblo más bonito del Valle, el más próspero también. En todos los sitios que visitamos nos hablaron de la cooperativa de Oskotz. A la entrada está la granja de la Cooperativa Agropecuaria de San Miguel, avanzadilla en el sector, fundada en 1960. Delante de ella hay muchas vacas y algunos hombres.

-¿Cuántas vacas?

-Unas quinientas. Pero, además, 2.000 ovejas. Y el campo.

La cosa merece una visita más reposada y densa que este viaje ligero y literario.

El pueblo está dedicadamente adornado de árboles y flores. Entre flores se sube por una escalercilla fantasiosa hasta la iglesia montada en la falda del monte.

Por unas escaleras de losas recias, sucias de hierbas, se llega a un atrio-balcón con cipreses, tréboles, pastanas y corazoncillos. La hiedra lozana hace menos deplorable la soledad vacía de la contigua casa parroquial.

Desde el atrio contemplamos el apacible y ganadero Valle de Imotz. Frente a nosotros, el montecillo Soto, redondo de hayas y bien pertrechado de robles en su cintura.

La iglesia de San Cristóbal, restaurada recientemente, es un ejemplo de fino gótico rural, con su esbelta portada, donde sobresalen unos variopintos capiteles, y un retablo mayor con valiosos relieves y tallas de estilo romanista tardío.

Las mejores casas del pueblo están en la parte baja, junto a la carretera. Una de ellas se adorna con grecas de piedra en el portalón. Otra con un buen escudo barroco, donde no falta el árbol con lobo. Dos casas dobles, con fachada en hastial, se dividen entre viviendas y almacén.

-Lo malo -nos dice el amigo cooperativista que nos acompaña- es que no hay gente bastante en Oskotz para trabajar en la Cooperativa.

-¿Y por qué no de los pueblos vecinos?

-No hay tampoco. Y, además, tienen que ser cooperativistas.

Antes de dejar el pueblo, hablamos con una señora que está a la puerta de la casa con un niño chico que monta un triciclo. Aunque es mujer de pocas palabras, vemos que ella no está por la labor. No son cinco, como nosotros le decimos, sino siete u ocho, nos dice, las familias que no han querido entrar en la Cooperativa.

◦ No queremos jaleos.

* * *

La tarde se apaga temblorosamente sobre el disperso y verdísimo Valle de Imotz.

Salen unas tenues sombras de entre los robles y las hayas, como tímidos gnomos de los bosques.

DESPOBLADOS COMO CEMENTERIOS

A nada se parecen
más ciertos pueblos,
caídos de tristeza,
abandonados en su silencio,
que a los tapiales desmoronados
de un cementerio.

La iglesia es una cruz, ya temblorosa,
sobre unos muros que amenaza el viento.
Las cruces despintadas de las casas
señalan sólo nichos descubiertos.
Todas las piedras son lápidas
que recuerdan el paso de los tiempos,
la historia de los vivos,
la vida de los muertos.
Las calles resucan misteriosamente
a lágrimas, a luto, a duros huesos.
Alguna luz que asustada resiste
nos hace guiños agónicos, extremos.

A nada se parecen
más ciertos pueblos,
caídos de tristeza,
abandonados en su silencio,
que a los tapiales desmoronados
de un cementerio.

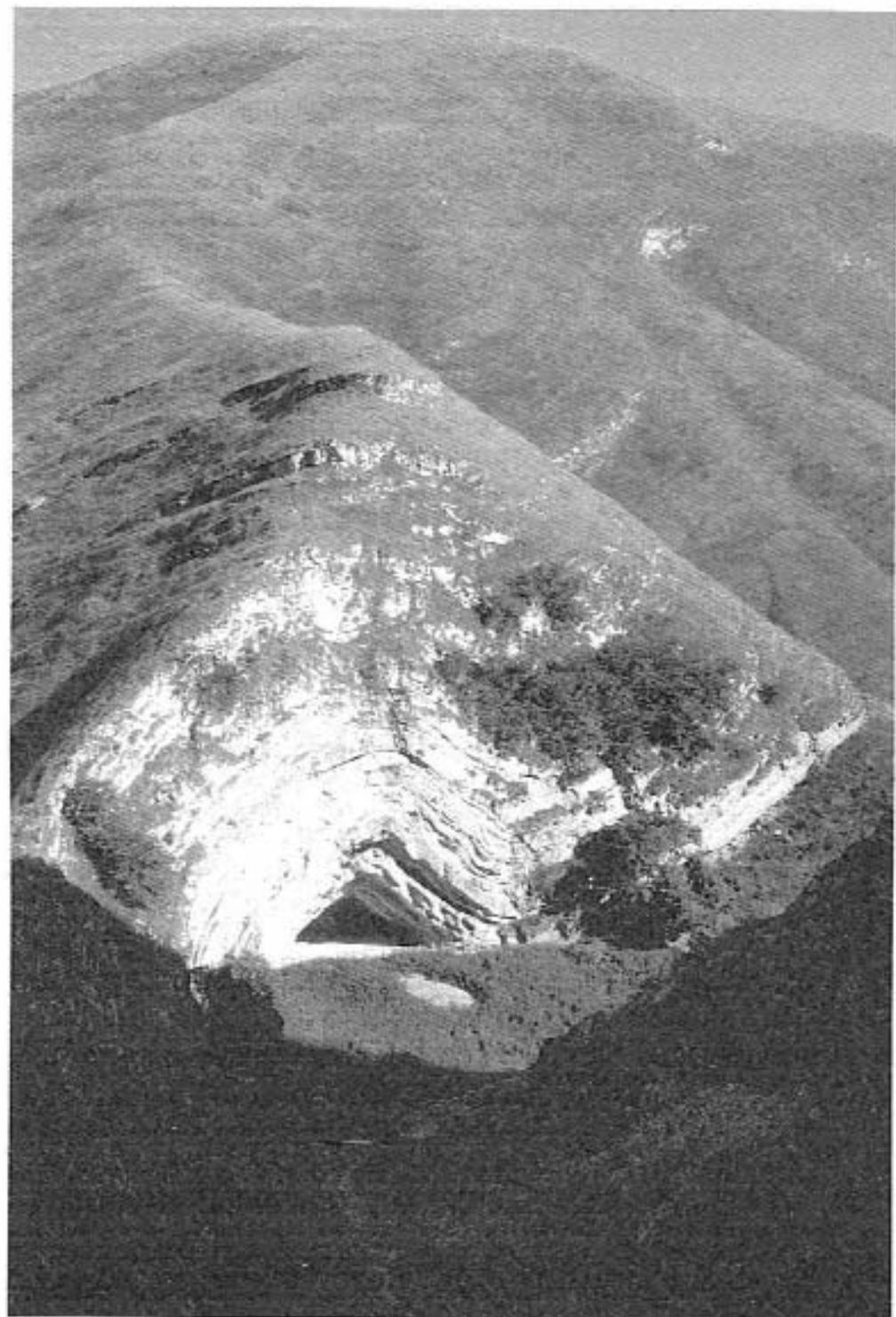
UN PASTOR DE AÉZCOA

Vuelvo al Valle de Aézcoa y encuentro a mis amigos conmocionados por la muerte de Lorenzo Apezarena, de la Casa Sastrearena de Orbaiceta.

Pastor en Orión, junto a Mendízar, había esquilado sus ovejas junto a su compañero Sabino Egurec y lo llevaba en la furgoneta a la chabola, cercana a la suya. Atardecía. En una curva de fuerte pendiente y sin pretil, se le fue a Lorenzo la furgoneta de las manos y el alma se le fue del cuerpo. Sabino se salvó al fin y ahora se recupera en su casa —casa Conde— de Orbaiceta.

Todo el Valle de Aézcoa se apelotonó en la iglesia de San Pedro y en sus alrededores el día del funeral, y no faltó tampoco ni un pastor del País de Cise (o Cisa), en la Baja Navarra, que forma con el Valle alto-navarro una antiquísima comunidad agrícola y ganadera.

Mucho antes de que algunos hombres de letras y algunos, pocos, políticos se dieran cuenta de que la Baja Navarra sigue siendo Navarra desde hace muchos siglos, los pastores del Valle de Aézcoa y del País de Cise (o Cisa) se reunían todos los lunes en el mercado de San Juan de Pie de Puerto para platicar de sus asuntos. Ya no estará Lorenzo pero sus compañeros lo recordarán con frecuencia.



Cuando paso junto al cementerio de Orbaiceta, cerca del pueblo, y me detengo en los túmulos-cromlechs y dólmenes de Idopil y de Soraluze, cementerios de antiquísimos pastores, recuerdo y celebro al último pastor muerto en acto de servicio. En esta república interfronteriza y natural, donde el pastor es rey de rebaños, bordas, lluvias, nieves, soles y soledades.

ANTE EL DÍA DE LA SANTINA (DÍA DE ASTURIAS)

(8-IX-1989)

A veces, raras veces, de Pascuas a Ramos, teníamos la suerte de que, yendo más allá de San Vicente de la Barquera, que tanto nos gustaba, y pasando por las Rías de Tinamenor y Tinamayor, nos llevaran hasta Llanes, por una carretera que se parecía poco a la que ahora acaban de hacer.

Llanes era un largo paseo, con árboles y jardines que desembocaba en un abarrotado centro comercial, lleno de miradores, cerca del puerto, que iba ya perdiendo importancia a causa del proceso de colmatación de la ría.

Visitábamos la torre fuerte de la muralla, que un llanisco, don José de Posada Herrera, jefe de Gobierno español, convirtió en 1876 en el primer monumento nacional, y nos sacábamos fotos ante la basílica románico-gótico de Santa María, donde tal vez el maestro del retablo de Santillana, León Picardo, dejó buena muestra de su genio gótico.

Visitábamos también, además de la playa de Toró, la misteriosa cueva prehistórica de El Pindal, junto al mar, descubierta en 1908, con un elefante de corazón rojo y un pez sobre un bisonte, y la de Peñatú, en la cumbre de la Sierra Plana de la Borbolla, con un «Cabeza del Gentil», primera pintura rupestre al aire libre conocida en la región cántabro-asturiana. Pero no acertamos a ver nunca la danza del Pericote.

Después he vuelto muchas veces a Asturias. He atravesado sus «montes firmísimos», he entrado por la orilla de Galicia o de Canta-

bria. La he recorrido en visita oficial o en visitas privadas. Y he sacado la sencilla conclusión de que Asturias es —y lo he dicho muchas veces antes de decirlo hoy— la tierra más bella, por variada, por contrastada, por original, que podemos visitar en España.

Antes que los asturianos fue Asturias. Durante muchos millones de años Asturias, como toda Europa occidental, estuvo ocupada por mares y tierras de una forma tan distinta a la de hoy, que fuera imposible compararlas. Las convulsiones geológicas que determinaron la aparición de un relieve y articularon una costa que recuerdan el estado actual del país tuvieron lugar hace 30 millones de años. A partir de este momento podemos hablar de Asturias. ¡Pero cuántos millones de años de lluvias, de vientos, de nieves, de glaciaciones, de inundaciones, de sequías, de soles y de lunas... para llegar a hacer las masas calizas de Llandrión, Torrecedo, Peña Lara o Peña Ubiña; el desfiladero de Carcs o el cabo de Busto; las retorcidas serpientes fluviales del Sella, del Narcea o del Navia; los lagos glaciares de la Ercina y del Enol; las playas de San Lorenzo, de Gijón, o del Sendero innumerable de Ribadesella; o los apacibles rincones de encuentro amoroso del mar con la tierra en Lastres, Cudillero, Luerca o Colunga!

Con razón preguntaba Jovellanos en su libro *Cartas a Ponz*: «¿Pudo usted dejar de sorprenderse agradablemente a la vista de tantas eminencias, precipicios, alturas, cañadas, grutas, fuentes minerales, lagos ríos, puertos, playas, y, en fin, cuanto produce grande y singular la naturaleza?»

Quien no ha visto todo esto, o, al menos, algo de esto, no puede hablar de Asturias!

Un buen día, indefinido, de la Era Cuaternaria, apareció en el territorio asturiano el hombre, como nuevo colonizador. Desde lo alto de las montañas o desde la orilla del mar pudo tomar posesión de su nueva heredad sólo con su mirada y su deseo recreador. La naturaleza seguía su lento ritmo, pero ya nada sería igual. El hombre iba a poner nombre a las cosas y las cosas en su punto. Sin él no había tampoco Asturias. Y comenzó la inmensa aventura de un Pueblo unido a todos los Pueblos de la Tierra.

No sé con qué fundamento alguien ha dicho que el hombre de Asturias contiene el sufijo vasco *ura* — agua. Más probable es que

topónimos asturianos, como Tarrebarre (Coaña) o Tranobarria (Piloña), o nombres de ríos como Ibias o Uren (Mieres) o Deva, o de pueblos como Zardain (concejo de Tinco) o Uría (Concejo de Ibías) confirman la opinión de Antonio Tovar, según la cual hace tres mil años el vasco u otra lengua aún se extendía por los montes y valles de Cantabria y Asturias.

Visitando las cuevas prehistóricas mencionadas o la de San Román de Condamo o la del Ramu, llamada también «*Tito Bustillo*», no podía yo menos de pensar en las afinidades antropológico-físicas, de las que nos hablan los sabios, entre nuestros dos Pueblos, que dejaron tantos testimonios de su vida en las piedras de nuestros montes y nuestros valles.

Lo cierto es que, romanizadas Asturias y Navarra, después de fuerte resistencia frente al invasor, las dos, ya convertidas en Reinos, colaboraron pronto en una misma empresa y un mismo sueño.

En la mismísima Covadonga y de Covadonga, que ha sido durante un día noticia y santuario universal, acaba de decir el Papa que es «*esencia, altar mayor, latido de España y una de las primeras piedras de la Europa cristiana*».

Desde Cangas de Onís, primera sede del Reino astur, y después de admirar el enyadrado puente románico sobre el Sella, se sube entre un cortejo de castaños, robles, pinos, avellanos, acacias, fresnos, arces, alisos, manzanos y rosales. No falta ni el río, ni el túnel, ni el hórreo, inseparables elementos del alto paisaje asturiano. Las nubes bajas suelen cubrir el Utre y hasta la Cruz de Priena. Covadonga (*cova dominica* = cueva de la Señora) es una trampa natural inigualable donde uno queda preso, prendido, por la belleza geológica, y por la firme lealtad de un Pueblo a sus tradiciones religiosas y patrióticas.

Como la belleza cuando es sublime da a luz la leyenda, algunos piensan que aquí no sucedió nada de lo que se cuenta.

Pero sí sucedió. La victoria de Pelayo, antiguo *espartario* de los dos últimos monarcas visigodos, dominando el terreno desde la cumbre excavada en la roca del monte Auseva, sobre las tropas musulmanas de Alqama, era el inicio de la fundación de un peque-

ño reino. No es verdad que era la resurrección del viejo reino visigodo. Pelayo era, al decir un historiador musulmán, *«un rey nuevo que reina sobre un pueblo nuevo»* Corría el año 722.

Los astures no estuvieron solos. Es cierto que unos cuantos años más tarde el rey asturiano don Alfonso I luchó contra los navarros para sujetar a sus rebeldes súbditos de Alava y la Bureba. Su sucesor D. Fruela se llevó poco después, entre los despojos de otra victoria, nada menos que a la princesa navarra doña Munia, futura madre de don Alfonso II el Casto. No debía de ser culebrazo alguno para nadie en unas relaciones intermitentes de paz y de guerra, propias de quienes compiten por los mismos, concretos, objetivos.

Pero no se engañaban sobre el enemigo común, y juntos estuvieron los ejércitos de los dos reinos en la batalla decisiva de Albelda contra el célebre moro Muza, y más juntos aún cuando la princesa doña Jimena, probable hija del rey navarro D. García Ximenez, casó con el mejor rey de la dinastía, asturiana, Don Alfonso III, último monarca ovetense que llevó sus conquistas hasta Coimbra, Zamora y Toro. Otro rey navarro llamado también G. Ramírez casará dos siglos más tarde con la infanta Doña Urraca, llamada la asturiana, hija bastarda de Alfonso VII el Batallador, que retornará a Asturias a la muerte de su marido y gobernará la región con el título de reina.

Son estos siglos de conquista, siglos también de creación y recreación: cuando se ponen en cultivo los campos, se construyen fortalezas, se restauran ciudades, se levantan iglesias y monasterios, se escribe la primera historia.

Nosotros que nos ufamamos de Leyre, y con razón, hemos tenido que ir a Asturias para admitir los más hermosos monumentos prerománicos que quedan en la Península: Santullano de los Prados, San Tirso de Oviedo, San Pedro de Nora, la capilla palatina o Cámara Santa, San Miguel de Lillo, Santa Cristina de Lena, Santa María del Naranco, San Salvador de Valdediós o la «Foncelada» de Oviedo, y esas dos joyas, que son hoy signos y blasones renovados de la capital asturiana y de toda Asturias, respectivamente: la Cruz de los Angeles y la Cruz de la Victoria!

Viendo un día, emocionadamente, la Cámara Santa y la catedral gótica de Oviedo, con sus torres, retablos, tumbas de los reyes,

claustro, códices y pergaminos, entendí de una vez por todas la grandeza de aquel reino madrugador, la fuerza consistente del Pueblo asturiano y el recio fundamento de su actual Comunidad, que desde 1388 llámase Principado de Asturias. Y con la ayuda del poeta e historiador asturiano Constantino Cabal saludé a la torre nueva, símbolo y orgullo de la ciudad y gallardo gesto del siglo XVI:

*«Mio torre: torrina de aguyes de piedra
qu'esquilen pel cielo lo mismo que hiedra
coyendoi a mantes cachinas de tul...
Mio torre: torrina de piedra que axuma
con nervos en rizo lo mismo que espuma
que axúntanse en ñudu d'encaxe solil...»*

No es fácil deducir desde hoy que a los primeros tiempos de esplendor siguieran tiempos oscuros. Es verdad que el florecimiento artístico no se detiene del todo. (Y ahí está Juan Carreño de Miranda, genio de la pintura en Madrid, en el siglo XVII.) O que nace la Junta General del Principado, —nombre actual del Parlamento autonómico—, organismo integrador de la totalidad de los municipios asturianos, máxima representación de los intereses regionales frente al poder central, y que gozará de una amplia autonomía en la administración interna del país. Quien ha visitado Oviedo no olvidará los colegios y la universidad fundados en la segunda mitad del siglo XVI y primeros del XVII, especialmente de la mano del inquisidor general don Fernando de Valdés. Pero, al decir de los historiadores, Asturias, es *«un país pobre, abrupto, incomunicado, poblado por gentes leales, bravas, amantes de la libertad, pero en su mayor parte sumidas en una profunda miseria espiritual y material»*

El sabio benedictino P. Benito Feijóo, gallego trasplantado a la universidad de Oviedo, donde hoy luce su estatua, excelente escritor, promotor de las ciencias experimentales y positivas, escribía en pleno siglo XVIII: *«En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores»*. Que era, por cierto, la mayoría de la población.

Y, sin embargo, el XVIII fue, en ciertos aspectos, el gran siglo de la Asturias moderna, y la universidad asturiana, en frase de

Marañón, un islote en la ignorancia general española. Y cito sólo a un asturiano, al que profeso admiración cada día mayor, el gijonés, nacido en el barrio de Cimadevilla, Gaspar Melchor de Jovellanos, tal vez la figura intelectual más importante de su tiempo: guía y maestro de escritores, politicólogo, economista, educador, ministro reformador, historiador y poeta... En Asturias fundó en 1794 el Real Instituto Asturiano «para hacer hábiles mineros y diestros pilólos», la recorrió y describió de cabo a rabo y discurrió sobre muchos de sus asuntos desde los vaqueiros de alzada hasta el hablo o el diccionario geográfico de la región.

Llegado a este punto, el que conozca de cerca Asturias, aunque tan menguadamente como yo, puede descansar un tanto. Si bien es, en parte, cierto, como escribió Jovellanos, que «los españoles, nacidos de la otra banda, tienen de Asturias la misma idea que de Laponia o la Siberia» —lo que podíamos aplicar al resto de las regiones—, también es, en parte, cierto que cualquier español medianamente culto conoce un poco mejor la reciente realidad del Principado.

Sabemos, por ejemplo, que Asturias fue la primera región española, a través de su Junta General, en organizar el movimiento revolucionario contra los franceses. O que la existencia conjunta de hulla y de mineral de hierro hicieron surgir con capital extranjero y español, una potente industria siderúrgica a mediados del siglo XIX en el cuadrilátero Avilés-La Felguera-Mieres-Gijón, que cambió el panorama económico-social-político de la provincia.

Armando Palacio Valdés, aquel novelista que tanto leímos de muchachos, hacía decir a su personaje de la aldea perdida: «*En vano es que nuestras manos quieran detener la rueda de la vida. Pasaron los griegos, pasaron los romanos y pasaremos nosotros; hace tanto tiempo que siento el ruido de la ola que nos va a arrebatat. (...) Desde que comenzó la explotación de las minas de Langreo, comprendí que nuestra vida patriarcal, nuestras costumbres sociales, iban a fenecer.*»

He sentido el temblor de ese mundo de transición en las novelas de Ramón Pérez de Ayala, antes de que abandonara Asturias en 1909, en torno a la imaginaria ciudad provinciana de Filares, una trasposición literaria de Oviedo, y, sobre todo, en uno de los primeros maestros de la literatura española, Leopoldo Alas,

«Clarín», autor de novelas, cuentos y relatos cortos, y crítico literario eminente, que nos revivió las *«mañanas sin fin»* y las *«tardes eternas»* del campo asturiano así como la *«tristeza de la ciudad negra»*, Vetusta, que es Oviedo y cualquier ciudad provinciana española; *«tristona, mezquina, repugnante, chillona, como cantaría de pobre de solemnidad»*. El mismo temblor que se siente mirando los cuadros realistas de dos enormes pintores asturianos: Evaristo Valle y Nicanor Piñole.

Ningún aficionado a la historia ignora los nombres del general Rafael M.^o de Riego (Sta María de Llanes) o de los ilustres liberales asturianos, algunos autores de la Constitución de Cádiz, como Agustín Argüelles, Flórcz Estrada, Conde de Toreno, Evaristo San Miguel... Ni los nombres representativos de ilustres caciques conservadores como Posada Herrera (Llanes) o Alejandro Pidal y Mon (Villaviciosa). Tampoco el de Melquiades Alvares, catedrático de Oviedo desde 1889, fundador en 1912 del Partido Reformista, partido de los intelectuales españoles, que se atrajo a las mentes más lúcidas de España con sus propósitos de regeneración nacional.

En un viaje inolvidable a Gijón, Avilés y su entorno costero, pude rememorar e imaginar de cerca lo que fue el formidable movimiento social desde la huelga de abril de 1881 en las minas «Láscares» y «La Murá» hasta las famosas huelgas de 1862-63, pasando por la de «La Fábrica» de Mieres en 1906, o las generales de 1917 y 1934. Estudié un día reposadamente las causas y las consecuencias de tanto esfuerzo, tanta esperanza, tanto dolor y tanta tragedia, y me acerqué respetuosamente a figuras relevantes en la historia de España como Maximiliano Arboleya, Manuel Llana, Amador Fernández, Ramón González Peña, o Teodomiro Menéndez, a quien visité, a sus 95 años, en su casa de Madrid.

Toda aquella historia pasó pero preparó y marcó harto la nuestra. Hoy el pueblo asturiano es consciente de que, con el pasado que heredó y que es suyo, le guste o no, está construyendo el presente, que es mejor que aquél y está preparando el futuro que debe ser mejor que éste.

No podría terminar sin decir que en mis viajes a Asturias no he tenido la suerte de ver las Xanas, ni siquiera en la terrible y pintoresca carretera que va de Robellada a Parres, ni en el Alto de Ortiguero, ni siquiera en el monte xana entre Berbes y Caravia.

Tampoco me he encontrado con el Cuélebre —pariente de nuestro *herensugue*—, si no es en el ábside de Santa María de Celón, ni he topado con el Trasgu, ni, afortunadamente, me ha espantado la *Güestia*.

Me he acercado con cariño, para alguno de mis estudios literarios, a la lírica popular asturiana, de carácter abierto, sereno y alegre, muy distinto de la lírica popular navarra; a las canciones de ronda, a las añadas:

*Tanto el mió Xuan en la cama
y hoy, galán, no puede ser:
duérmele, ninin del alma.
güelve mañana a las tres.*

a los villancicos, a las canciones nupciales:

*Casolina, bien llegada,
serás bien arrecibida,
bien venida la casada
la casada bien venida.
Ayer estaba soltera
con el cabello tendido
y agora estás prisionera
a la sombra del marido.*

En Asturias y especialmente en Pamplona, gracias sobre todo al Centro Asturiano, he paladeado la coreografía astur: la danza prima, la girakilla, el baile del pandero, el corri-corri o el fandango, inmortalizado por Rimoski-Korsakoff en su «*Capricho Español*».

En Asturias y en Navarra, y también dentro y fuera de España, he gustado el arte «bucólico» astur: la fabada, el pote de Asturias, fabes con gallina culo arriba, la menestra asturiana y el arroz con pitu. No llegué a gustar la tortilla de merluza, que se estrenó en Casa Bango, en Oviedo, pero sí la caldereta de Gijón, la merluza a la sidra, la calderada, y el salpicón de *pixín*. Y ¿qué voy a decir del queso de Cabrales, al que don Benito Pérez Galdós llamó «*pestífera fragancia*», que devoré en mi juventud, o de las *Nales baties*, o de la sidra, que inmortalizó el cuadro de Mariano Moré, y que, aunque no sea tan céltica como la asturiana, yo me bebo casi todas las noches?

Con la cocina asturiana hay que hacer, cuando se tiene arres-tos, lo que hizo el humorista gallego Julio Camba con la fabada: *«Al comer mi primera fabada, yo procedí como procedo siempre ante un manjar inédito y gustoso. Me tomé un plato. Me tomé otro. Y cuando terminé el segundo plato, me dije: Hombre, esto de la fabada no parece que esté nada mal. No va a haber más remedio que decidirse a probarla»*.



Querido presidente, queridos amigos: Soy pan agradecido con vosotros por invitarme a decir el pregón del Día de la Santina, Día de vuestra Comunidad Autónoma, Día de vuestro Pueblo. Siempre que he visitado a la Santina, entre miles de peregrinos, allí en su fantástico alcázar rupestre, sobre el *chorrón*, me he acordado de vosotros.

A muchos os trajo hasta Navarra una de las muchas olas *«-un verde alarido del mar»* (Pérez de Ayala)— de nuestra secular injusticia. Otros vinisteis de buen grado o con mayor libertad. Enhorabuena.

Sé que a todos os interesa que Asturias y Navarra, dos Pueblos en muchas cosas parecidos y en otras tan distintos, prosperen cada día, equilibrando sus sectores primarios, secundarios y terciarios, reajustando pacíficamente los desequilibrios nuevos y heredados, integrándose, en todos los sentidos y direcciones, al resto del mundo, que en su inmensa mayoría vive peor que nosotros; vive como en los tiempos de Clarín o de Jovellanos.

Gracias, y lo digo sin blandicia alguna, por seguir estando en Navarra. Gracias porque nos habéis traído un aire nuevo de una tierra montañosa y marinera. Porque, dentro del espacio común hispánico, hemos vuelto a la tradición, ahora pacífica, de una colaboración mutua frente a un enemigo común, que ahora es el enemigo común de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Harto triste fuera que de vuestra historia entre nosotros pudiera decirse lo que los versos de un buen poeta asturiano, Ángel González, dicen:

VICTOR MANUEL ARBELOA

*«Aprendí de esta historia
que a los hombres educados en el desprecio
hasta el amor les sirve para expresar su odio».*

Bien quisiera yo escribir lo contrario:

*«Aprendí de esta historia
que a los hombres educados en el cariño
hasta el odio les sirve para expresar su amor».*

Muchas gracias.

Pamplona, 2-IX-1989

AYEGUI

Hay quien se empeña en sostener que Ayegui (de *aihen* = sarmiento) quiere decir sitio de viñas. Sin duda un día lo fue y hoy, de nuevo, vuelven las cepas y los sarmientos.

Después de bajar de Montejurra, gustados los rellenos y otras delicias gastronómicas, regados con los vinos de Irache, nos ponemos a recorrer el pueblo, de abajo a arriba, de arriba a abajo, sin prisa, deteniéndonos donde sea menester. Bajo el panel azul violeta de la tarde de octubre.

De buenas a primeras Ayegui, convertido en sitio residencial en las cercanías de Estella, entre tierras labrantías, ofrece un aspecto confuso y difuso: casas aquí y allí, de muy diversa catadura y a veces en posiciones muy discutibles. Subido sobre el antiguo camino real de Estella a Logroño, en los últimos declives de Los Romeales y Alto Redondo —alguien sostiene que Ayegui significa *declive*—, hay que patcarlo con decisión y ritmo.

A la Plaza de los Fueros se llega pronto. Ampliada en los últimos tiempos, tiene unos bancos verdes y cómodos y unos plátanos y acacias que muestran ya las magulladuras tumefactas que les hace el otoño avanzado.

Sancho Garcés IV, el de Peñalén, rey de Navarra, hizo merced el año 1060 al Monasterio de Irache del lugar de Ayegui. Eso dice,

con su habitual laconismo, el Diploma; «siendo Juan obispo de Pamplona». Desde entonces Ayegui vivió, hasta hace poco tiempo, unido a la suerte del Monasterio.

Ayegui tuvo su iglesia propia sobre el cerro que la domina, llamado Los Altos, y debió de levantar el templo actual a comienzos del XVII —torre y bóveda de aristas en la cabecera—, recrecido y rehecho a finales del siglo siguiente. Del interior nos gusta sobre todo el retablo romanista, de original y minuciosa policromía, procedente de la iglesia de Otano, y la gótica Virgen con el Niño, restaurada y reformada en 1987. El Cristo en cruz traído del Seminario de Tudela, no llena el vacío que dejó el Cristo hispano-flamenco del siglo XIV, hoy en una parroquia de Pamplona.

Buenas y bien conservadas piczas de orfebrería, desde el siglo XVI al XIX, nos muestra el párroco, viejo amigo, fino deportista en tiempos, que acaba de afrontar con calma los asaltos inoportunos de su gran corazón físico.

Al templo se le apegaron de mala manera la vieja casa consistorial, las escuelas, ahora locales municipales, y la casa parroquial.

Salimos por la calle de San Martín o calle Mayor. Está la dueña de la fonda Nieves junto a la puerta con un cesto de ropa en las manos. Tiene la fonda, que ya apenas trabaja, un bonito jardín delantero, donde agonizan unos olmos que lucieron una gallarda estampa.

—Ya ve usted qué pena.

Fue fonda de mucho trapío y llegó a tener hasta setenta huéspedes repartidos también por las casas del pueblo.

Gente trabajadora sobre todo, pero también venían los de Príncipe de Viana de Pamplona.

Está tocando el párroco menestralmente las campanas para la misa y apenas podemos entendernos.

Continuamos ascendiendo por el pueblo y a poco se nos pasa el escudo, el único del pueblo, con las «harmas de los Macztu», con cabezas de dragón y flor de lis.

—Este no era un pueblo de nobles.



- Mejor.

- Hombre, habría ahora mejores casas.

El alcalde que nos guía y que se llama Samuel es hombre joven, amable y conoce bien su pueblo, al que sabe conducir con tiento, dados los tiempos que corren y dada la movilidad de una población tan nueva y tan compleja.

- Hay aún mucha gente sin censar.

-¿Como cuántos?

-Pues igual un tercio.

Ayegui se acerca, de hecho, a los mil habitantes. Ha crecido de lo lindo desde aquellas 50 casas y 131 almas que daban los libros de hace cien años.

La calle Mayor tuerce hacia la izquierda, entre algunas viejas casas vacías y otras recientes. Estamos ya en el barrio de San Pelayo. Donde estaba la cra, hay ahora un jardincillo con yerbín, bancos para sentarse y casas nuevas en derredor.

Desde aquí vemos bien la colmena luminosa del Complejo Turístico de Irache, donde viven durante todo el año un numeroso grupo de personas, que curan sus bronquios con el buen aire de los bosques de Urbasa y de los encinares de tierra Estella. El grupo se multiplica por cuatro durante el verano. Los nombres de las avenidas del Complejo: Vizcaya, Guipúzcoa, Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Elgoibar... a fe que no disimulan de dónde vienen los nuevos vecinos y huéspedes de Ayegui.

Un buen complejo hotelero, con todas sus ramificaciones, unifica lo disperso y vitaliza lo que es frágil de por sí. Más allá vela Monjardín, faro apagado. En tiempos de moros y cristianos, en su pináculo se encendían fuegos por la noche y humos durante el día.

Debajo de la antigua cra, al pie del talud, mana y se espesa el pozo o laguna de Julandía (Zulandía — agujero grande), que nutre a un rodal de pequeños regadíos. Hace años que la laguna no se llena. Cuando se llenaba, nos dice el alcalde, era señal de tragedia: o mala cosecha, o rayos, o muerte repentina.

-Y eso era así?

—Así lo creía la gente.

—Pues que no se llene por muchos años.

Este año no se llenará a buen seguro, porque, quitando la llovizna de ayer, no llueve hace muchos meses.

Los accesos a Los Altos están sucios y mal cuidados, con cabañas, hojalatas y algunas basuras. En el cerrillo hay una tumba de piedra llena de líquenes, probable resto del viejo cementerio, y un monumento sencillo de piedra, en el que leemos dentro de un pequeño semicírculo: «*Solar sagrado de la primera iglesia que hacia la segunda decena del siglo XVI pasó a ser templo*». Enigmática inscripción que no nos da mucha luz. Tal vez hubo aquí una capilla o ermita, dedicada a San Martín, que hizo luego de iglesia hasta la construcción de la nueva, ya en la parte más habitada del pueblo.

Me dice Jesús que el monumentillo, lo mismo que el abultado calvario de piedra con tres cruces que luego vamos a ver, son cosas de don Sebastián, famoso párroco de Ayegui entre los años posbélicos de 1911 a 1951, cura original, erudito y curioso, ya muy mayor, al que los chicos le entraban en la casa parroquial y le hacían judiadas.

Apenas podemos distinguir ya los términos de Corral Viejo, Corral Nuevo y Cueva de la Mona. Lo que sí vemos bien todavía es la cantera de yeso —uno de los frutos del diapiro de Estella que llega hasta Ayegui— con su caseta al lado. Las luces del fondo son las del Polígono industrial de Estella.

Bajamos hacia la parte más viva y habitada del pueblo, la que acoge su crecimiento y tiene como símbolo la nueva casa del Ayuntamiento, de tres plantas y porche, construido en 1969, con piedra arenisca, bien iluminado y repartido, que ha sido escenario, estos últimos años, de fuertes contiendas municipales.

—Ahora estamos mucho más tranquilos.

Las llamadas Casas Baratas tienen unos jardincillos que les dan un aire de barrio urbano. En el contiguo Prado de San Lázaro se asienta el polígono del mismo nombre con un proyecto de plaza clásica y 69 nuevas viviendas.

—De los que están en el censo ¿cuántos han nacido fuera de aquí?

—Entre navarros y no navarros, casi un cuarenta por cien.

La serrería, piccería y la industria del mueble, con tres centros, más el complejo turístico y las Bodegas Irache emplean a casi todo el personal. Algunos trabajan en Estella.

Y hablando de una cosa y otra, recalamos en el Polideportivo, donde gente joven y con remango juega al squasch, y al futbito en el frontón; otros se refrescan en el bar, única actividad que compartimos con ellos.

No nos queda sino brindar por el presente y el porvenir de este pueblo en continuo progreso, al que se le está poniendo cara de ciudad.

HOMENAJE A FAICO Y JOSEFINA, JOTEROS DE MURCHANTE

No la trajeron los moros.
La inventaron junto al Ebro
navarros y aragoneses
luchando por nuestro pueblo.

* * *

Pero pronto los navarros
hicimos nuestra la jota:
un estallido del alma,
que en canto de amor rebota.

* * *

Si se canta, no se baila,
y si se baila, no hay cante.
La jota navarra quiere
silencio, palabra y aire.

* * *

No me imagino a Murchante
sin joterros y sin jotas.
Como no me lo imagino
sin el Canal de Lodosa.

* * *

En Murchante los joterros
crecen como un regadío:
con un poco de agua y sol
y otro poco de cultivo.

* * *

«Zumbaira» con sus tres hijos,
Echeverría y Berrozpe,
«Barbarrota» y el «Poeta»
y otro que llamáis «Chichote».

* * *

El año sesenta y uno
campeones de Navarra,
Josefina y Faico han sido
muchos años flor y nata.

* * *

Salten las jotas al aire
hasta Espartal y la Serna,
hasta la Nava y Cardete,
hasta Cascante y Tudela.

* * *

Las jotas para el buen Cristo,
Cristo de la Buena Siembra.
Las jotas para la gente
que en el corazón se lleva.

* * *

Si alguno vino a Murchante
y no probó de su vino,
o es que... era de Mañeru,
o es que era tonto perdido.

HOMENAJE A FAICO Y JOSEFINA

* * *

Si alguno a Murchante vino
y su vino no probó,
no se merece una jota,
no se la merece, no.

* * *

Vaya, la última jota
a Faico y Josefina:
Gracias por tanto cantar.
Gracias por cantar la vida.

Murchante, 1990

EN MARAÑÓN, LUGAR FRONTERIZO

La verdad es que, si Marañón viene de maraña, rodeado de marañas está: las del bosque, donde luego nos adentraremos; las del «*chayedo*», como aquí llaman al ancho espaldar de la Peña de Lapoblación; las de la Sierra Chiquita —que aquí llaman «*Las Pechos*»—, con sus muchas quebradas; y las marañas que pueblan las riberas del Ega, antes de llegar al pueblo y después de salir de él.

Mi entrada preferida a Marañón es por Angostina, pero hoy hemos venido por Estella y Santa Cruz.

Monjardín parecía sostener en su cima los restos de un naufragio, relucidos por el sol. Los choperales del Ega brillaban de hermosura y de orden, como en un desfile. En Muriceta el basurero, bien visible, profanaba el cercano cementario y el buen nombre de pueblo tan industrial. En Acedo, Zúñiga y Orbiso andaban las gentes afanosas en la recogida de las patatas.

Los ojos de los girasoles iban quedándose ciegos, mientras los tabacales abrían sus verdes manazas al viento.

Genevilla lucía su dorada piedra otoñal, entre el cerro de Mondaliendres y la larga sombra de la cordillera de Codés. Cabreiro nos abría paso, bajo banderolas de fiestas, por su calle-carretera, limpia, estrecha, mal conservada, cerrada por la ermita del Santo Cristo.

Bajo unos puentes feos pasa una hilera de agua, que se llama río, y que apenas puede remontar el herbazal del cauce. Marañón se asoma al Ega y abre balcones, tiestos y parras en la primera fila de las casas. Las de las filas siguientes, hasta la iglesia cimera, son más antiguas y algunas muy envejecidas. Junto a la iglesia quedan dos, que antes fueron bellas, con balcones, ventanas y aleros de madera, paredes de piedra y adobe, y solanas con arpilleras, que cualquier día se vendrán abajo.

—¿No tienen miedo de que se les caigan encima?—preguntamos a dos mujeres que se nos quedan mirando.

—Nosotras no sabemos nada. No vivimos aquí.

En verano vienen a Marañón gentes que hace tiempo lo abandonaron, que hoy viven en Vitoria o en Pamplona, o los amigos que viven con ellos. Le preguntamos por la llave de la iglesia, que queremos ver:

—La tiene el cura, que ahora está en Genevilla.

Así que no podemos volver a ver la bellísima imagen hispano-flamenca (entre el siglo XV y XVI), con el Niño manco y semidesnudo sobre la rodilla derecha, con sus lindas pantuflas, cofia y tranzas onduladas. Tampoco el vivo colorido de los oros, rojos y verdes del retablo mayor, también hispano-flamenco, raro ejemplar en estas tierras.

Pero vemos, al menos, detenidamente, el exterior. En el pequeño rellano que hace de atrio, bajo las escaleras, hay malvas reales, dalias, rosas, caléndulas, una pequeña parra y dos muy sufridas acacias.

Desde aquí el caserío de la villa baja, como una falda llena de pliegues, hasta el riacho. Más allá aparecen unas casas relativamente recientes, de ladrillo y a veces de cal, y más lejos aún el montón disperso de casuchas, que antes fueron corrales y ahora son secaderos de tabaco. Alrededor, huertas, maizales, forrajeras y tabacales. Algún chalet estambótico, rastrojos reverdecidos y campos de girasoles.

Tiene la iglesia de la Asunción una hermosa portada del románico rural tardío, con cinco arquivoltas, decoradas, como los capiteles inferiores, de motivos vegetales, animales y humanos. A los dos lados de la portada se abren sendas ventanas, con varia decoración también.

Salimos de Marañón por un camino ascendente que pronto se pierde en el carrascal. Desde el altillo de una huerta nos saluda un viejo conocido que vive ahora en Vitoria. Nos asegura que vamos bien y nos da unos consejos orientadores.

—Y al llegar a Huejas, a la derecha; luego a la izquierda y después todo recto.

Con la tierra colorada que se extraía del Camino de Huejas, en El Encinal, para hacer las vasijas destinadas al fuego, trabajaban los famosos alfareros de Marañón, que llegó a contar con nueve artesanos y cuatro hornos. Utilizaban sobre los demás barnizados el vidriado rojo y el esmalte blanco. Para conseguir este último traían, como uno de sus elementos, arena «selvadera» del puerto cercano de La Población. La industria alfarera cesó en la villa en torno a 1950.

El pasco atraviesa un tupido bosque de encinas carrascas, entrecerradas de arces, hayas, bojés, enebros, espinos, brezos y madroños, y, especialmente, de robles tozos o marojos, o carrasqueños, o peludos..., que de todas estas maneras se llaman. Son gruesos y derechos, tienen hojas grandes, con lóbulos profundos, y las bellotas están ya maduras. Cuando se les deja crecer, lo que ha ocurrido entre nosotros pocas veces, llegan hasta los 300 años.

Caminamos por pequeños collados, semioscurecidos por los árboles, sobre caminos abiertos o trochas estrechadas. Salvamos ligeros barrancos, leves vaguadas. Pasamos junto a la Sota de Arriba, Sota del Medio y Sota de Abajo —trozos de cultivo robados al bosque—, y salimos cerca del Molino de San Pedro, a orillas del Ega.

Ni jabalíes ni tejones ni tajudos ni zorros ni fuinas, habitantes habituales del bosque, se dejan ver. Tampoco pinzones, mirlos, mosquiteros, reyezuelos o carboneros. Sólo las moscas, las moscas inevitables del primer otoño caliente, no nos dejan ni a sol ni a sombra, vayamos despacio o corramos... Nada. Aquí están otra vez, en corro, en enjambre, en niebla, en neblina, arriba y abajo, en el cuello, en los brazos, en las piernas.

—¿Viene un coche?

—No, es un avión.

No podemos verlo. Los marojos y las carrascas nos aprietan. Y nosotros tenemos prisa por sacudirnos las moscas de encima. Sólo lo conseguimos cuando salimos de la umbría.

A pocos metros del pueblo hay un palacete de piedra, con pretensiones de palacio, rodeado de un prieto jardín con pinos, cedros en flor, castaños de indias, plátanos, durillos, laureles, labiérnagos, dalias... Cogemos unas ramas de laurel.

—¿De quién es este palacio? —preguntamos a unas mujeres que vienen de pasco.

—De unos marqueses.

—¿De qué marqueses?

—No sé.

—No sé.

—Yo tampoco. Viven en Madrid.

En el rebote un hombre, sentado en un taburete, está limpiando garbanzos. Por decirle algo, le pregunto:

—¿Son garbanzos?

—Bai.

Vaya con el lingüista!

Desde la vieja escuela, que después fue casa consistorial, se abren unas zanjás que pasan cerca del frontón

—Son para el saneamiento del Centro de Salud —nos dicen las mujeres, seguras esta vez de lo que dicen.

Dejamos el paseillo de la parte baja del pueblo, donde hay un corrillo de gente, y subimos por la primera calleja. Una familia está asando pimientos a la puerta de la casa.

—Ay, qué olorico

—Sí gustan...

Una casa derruida. Toda la parte alta del pueblo está muy vieja y cada vez más solitaria.

Ya no queda casi gente en este barrio —nos dice un anciano pulcro, que a duras penas puede andar.

Bebemos de una fuente limpia y fría, que ha hecho vivir a generaciones.

Marañón, lugar estratégico en la frontera del Reyno, fue plaza fuerte de cierta consideración. Ya en el siglo XI conocemos los nombres de algunos de los «tenentes» o «dominadores» del castillo, como Sancho Fortún o Marcelo.

El rey don Alfonso el Batallador, en fecha anterior a 1134, le concede fueros de este jacz: «Que todos los de su tierra viniesen a medianco (a pedir justicia) a su puerta; que si alguno de sus vecinos demandase a otro fuera de su concejo y no le concediesen su derecho, tomase prendas y las llevase a Marañón; que si alguno de fuera prendiese a otro de estos vecinos, antes de acudir a su concejo, pagase 1.000 mencales de multa; que si alguno de Marañón matase a otro fuera de la villa, no pchase cosa alguna, y si lo fuera de Marañón matase a otro de esta villa, pagase 500 sueldos; que nadie de Marañón pagase portazgo ni herbage en tierra del rey (...), y que pagase 1.000 sueldos quien arrebatase hija de vecino».

Los pobladores de Marañón desarrollaron tal vez el núcleo de Lapoblación; ambos lugares formaron un único Concejo hasta su separación en 1895.

Conocemos también los nombres de muchos posteriores alcaides del castillo de Marañón, hasta finales del siglo XV. Pudo estar montado en un alto rocoso, hacia la parte de Lapoblación, y tal vez fue derruido en 1516 o 1521, tras la conquista del Reino. Parece que, a causa de las guerras con Castilla, y tras ser incendiado en 1379, Marañón quedó reducido a 20 vecinos, pero debió de repopularse pronto.

Otra es la historia del palacio cabo de armería, cuyo dueño Fernán Gómez de Marañón aparece a comienzos del XVI. A mediados del XVII pertenecía a don Francisco de Marañón y Goñi. El blasón consistía en tres adarves almenados de cinco merlones, puestos uno sobre el otro. El escudo actual del pueblo lleva sólo un arbusto de sínople y un yelmo empenachado por timbre. En los últimos tiempos de las Cortes de Navarra la casa Cereceda tenía asiento entre el brazo militar o noble «por el palacio de Marañón».

Sobre sus ruinas, propiedad entonces de D. Manuel de Cereceda y Torres, construyó D. Ramiro de Maestu Rodríguez el año 1883 el palacete de cuyo dueño no sabían darme cuenta las buenas mujeres. Costó su construcción 30.000 ptas. Pasó a la abuela del actual dueño, D. José M.^o Alvarez Díez de Ulzurru, que era doña Eladia Alonso, Marquesa de S. Miguel de Aguayo.

Antes de toda esta historia militar, Marañón fue poblado romano. Varias estelas funerarias, recogidas en el Museo de Navarra, proceden de allí. Podemos leer en una de ellas con emoción que, invocando a los dioses Manes, Doitena, hija de Ambato Celto, *«se cuidó de hacer la sepultura para Marco Celio Flavino, de 60 años, y para Marco Celio Flavio, de 35, su suegro y marido»*.

Recién salidos del pueblo, vemos a nuestra izquierda, entre carrascas y un ciprés de guardia, la ermita de Nuestra Señora del Carrascal.

En Cabredo acaban de salir de misa y está la calle mayor llena de hombres, jóvenes, y chicos. Las mujeres han corrido a las cocinas.

Santa Cruz, Antoñana, Contrasta, Zúñiga, Arquijas..., nombres ya legendarios en la epopeya de Zumalacárregui.

A pesar de algunos grupos fanáticos y aislados, que ayer mismo asesinaban de nuevo en Madrid y en Bilbao, hoy no nos matamos ya por estas breñas y quebradas, y podemos llegar en paz hasta los marañales de Marañón.

EL DESOLADO DE GORRIZ

Bajamos por el puente medieval de Autzola, puente peraltado, llamado también de Bidclepu, sobre las traviesas aguas del Irati.

Seguimos por un buen camino ascendente y desde él miramos los dos ojazos apuntados de piedra y los dos pequeños de medio punto, que no nos ven de lijos que están en la corriente, porque el Urrobi y el Irati bajan estos días con las primeras carretadas de nieve.

Nos da la espalda la iglesia de San Miguel, de Aoiz, alta y poderosa mole de volúmenes con color de tiempo, poco a poco rehechos y recrecidos, bien llevados por la robusta torre-campanario, con su linternita en la cabeza como un airón. La velintonia del jardincillo parroquial le descarga un poco de gravedad.

Avanzamos cómodamente entre agavanzos, con sus rojas bayas al aire, entre zarzales y juncales, por donde corre un regatillo y se recrean los berros. En las laderas del monte viven pinos de repoblación, bojcs y encbros. De la sierra de Zariquieta saltan aguas recién llovidas.

El río se remansa aquí en un largo cadozo pero un poco más arriba se pone a saltar obstáculos y sueña a cascada, a manantial pirenaico.

Un airecillo frío ha descornado ya toda la niebla mañanera y, como dijo hermosamente el Nóbcl mejicano:

«A la española el día está pisando fuerte»

Por la parte del Malpaso pasan los coches que se pierden pronto. Al pie de la montaña se alarga una estrecha pero fértil franja de hocinos que son las huertas aoiscas.

En el espejo frío del Irati se miran, esqueléticos, los álamos, los sauces, los alisos y los chopos; algunos tienen aún un plumerillo de hojas en sus copas de viento.

Vienen cuatro chicos –pelos pinos, bien abrigados, caras sanguíneas– con cuatro bolsas de setas negras que han cogido entre los pinos.

–Ya tenéis pa cenar.

–No, sólo pa merendar –dice el más suelto.

–Pues?

–Porque somos muchos.

Nos dicen que a Rala no se va por donde vamos, pero que no vayamos, porque están cazando el jabali.

–Pero hasta Górriz podemos ir, no?

–Hasta Górriz sí.

–Bueno pues.

Lo primero que se ve de Górriz es la iglesia cimera de La Asunción, a un tiro de piedra del caserío derrumbado. Dicen los libros que aquí hubo un palacio que dependía del monasterio de Odicta y después de Leyre y que después fue villa de señorío realengo. La verdad es que, al menos desde el siglo XIV, nunca pasó de cuatro fuegos –literalmente cuatro– y batió su marca demográfica a mediados del siglo pasado, nada menos que con treinta habitantes. Quedó vacío el lugar a fines de los últimos años cincuenta.

Uno diría que hubo cinco casas, cuyos restos están hoy sujetos a la recia arquitectura de los zarzales, de los saúcos y otras hierbas antiguas. Pero no debieron de pasar de «tres casas de cal y canto, una de las cuales no carece de comodidad», al decir de un diccionario del siglo XIX.

Rodean los restos caseriles unos árboles frutales con pocas hojas y sin ningún fruto. Del viejo pozo sale un arbusto como un

brazo que quisiera librarse del ahogo. Quedan en pie una portada con su dovelaje casi intacto, y la casa que seguramente fue el palacio con tejado a cuatro aguas y la torreta enyedrada. La yedra llega en estos casos, como un hada hermosa y solícita para hacer un poco más pasable el desmoronamiento, para hermoscar la ruina final, ay dolor.

En las viejas eras la hierba sigue creciendo. Los campos de labor de antaño son hoy eriales variopintos.

Desde el pequeño y suave montecillo donde se recoge el pobre desolado de Górriz, sobre el valle que abre el Irati, vemos las lejuras brillantes de Peñas Bachas, a un lado, y la Peña de Ukúa, al otro, tras el Poche. Vemos la torre ruinoso del palacio de Ezcaiz y el palacio torreado de Itoiz. En el aire se sostiene la nube, entre invisible y morada, de un presagio y el viajero mira hacia la sierra de Archuba, que es alta y fuerte.

Al subir, entre pinos, hacia la iglesia, nos da en el rostro un panteón alto, de ladrillo, yeso y cal, y techumbre de lajas, adosado a la fachada lateral izquierda: «Panteón de don Joaquín Aldaz y sus herederos. Año 1878». Pareciera que fuese ayer. Acababa de entrar en vigor la duradera Constitución de 1876; había recién terminado la tercera guerra carlista. Y sin embargo, se nos hacen ruinas de la edad media.

Las tres tumbas están vacías, pero sin que las losas hayan sido levantadas del todo. Nos dirán luego en Aoiz que las abrieron los estudiantes de medicina de los alrededores para sus trabajos. Más vale no seguir.

De Górriz salió un apellido abundante e ilustre, que dio a Navarra guerrilleros, periodistas, hombres de teatro, poetas, y otras

gentes, que no levantaron tal vez panteones pero que fueron buenas y sencillas, soleadas por el calor de la vida. Como esta mañana de invierno.

Vieron y oyeron, seguramente, un río como éste. Un río que va silabeando el monótono, el claro-oscuro, el telúrico y misterioso mensaje de la vida.

IGUZQUIZA Y SU PALACIO

Estamos en medio del diapiro más meridional de Navarra, que se extiende desde Estella hasta Monjardín. Vamos por la orilla derecha del frondoso río Ega, por donde nos aparecen yesos gris blanquecinos y gris azulados, cuarcitas, calizas, y margas irisadas, sonreído todo por un sol otoñal.

Un carretil se desvía y corta el diapiro en dirección Noroeste a Sureste y deja a un lado el palacio y al otro el pueblo de Igúzquiza, que bien pudiera significar sitio de sol, lugar soleado, o cosa parecida. Solana o solanilla en vascuence.

Tiene el palacio, visto de lejos, una estampa romántica, todavía de buen ver, pero de cerca es un recuerdo triston y abandonado de lo que fue. Pajarraco histórico a la intemperie. Navío artesanal varado a las orillas del olvido.

La monótona vegetación de nuestra zona media cerca terceramente la vieja mansión fortaleza: brinzales de olmo, cardos estrellados, agavanzos, malvas, endrinos, ortigas, zarzales, agrimonias, retamas, aliantos... El cerco se hace matorral espeso frente a la fachada principal. Al norte se conserva un rodal de carrascas. Algunas plantas perfumadoras: lavandas, oréganos, hinojos, tomillos, mentas y, por contraste, un viejo liemoral. Abejas zumbadoras delatan una colmena en el hueco de un pequeño y derruido edificio lateral, arremetido por las yedras.



Alza uno los ojos y siempre encuentra delante las estatuas protectoras de Monjardín y Montejurra. Suenan en el pueblo la bocina de la camioneta del pan.

Eran los tiempos del rey navarro García el Temblón.

Aconteció que Abderramán decidió llegarse hasta Pamplona para dar un buen escarmiento a los cristianos. Pero llegado el momento, le pareció mejor quedarse en Logroño y enviar a Navarra a uno de sus generales, un príncipe moro.

Era éste, ya lo ven ustedes, un devoto de la Virgen, a la que solía rezar un Ave María encomendándose a ella y a su hijo Jesús.

El demonio, envidioso de tanta virtud y por ver si podía en un momento oportuno darle muerte, se puso al servicio del príncipe, tomando forma de hombre, durante catorce años.

Llegado que hubo el caballero moro a Igúzquiza y mientras se paseaba por allí rezando el Ave María, vio venir hacia él volando un astor o gavián que traía en el pico el Ave María escrita en letras divinas. Asentose el pájaro en la mano del príncipe. No acabaron aquí los prodigios. Inflamado por el calor del Espíritu Santo y mientras se encomendaba a la Virgen, vio llegar luego al apóstol San Andrés, enviado por Dios para que lo convirtiese. Quiso el demonio en ese punto tomar las de Villadiego, pero el Santo no lo consintió, obligándole, además, a declarar sus intenciones. Desapareció entonces el diablo dejando el lugar apestado de hedores, entre truenos infernales.

El caballero, puesto a los pies del Apóstol, recibió el bautismo, fue por él armado caballero cristiano y tomó allí mismo el nombre de Andrés Vélaz (de *Belatz* = cuervo mayor, gavián, como *Belasco* es cuervo menor y *Belanda* cria hembra de cuervo). Fueron sus armas el astor en la mano y el Ave María en el pico, en campo colorado, y las aspas de San Andrés por orladura.

Turbado el califa Abderramán por la noticia y por las victorias del príncipe convertido sobre sus antiguos hermanos, dicen que solía preguntar a sus cortesanos y a sus fieles guerreros:

—¿Medra o no ese renegado?

—No medra, no —solían responderle.

Hasta aquí la leyenda, que sin duda explotaron bien los Vélaz de Medrano.

La historia es menos simple y peor sabida.

Esta familia de nobles ya era conocida en el siglo XIII. Fueron dueños de Sartaguda, Arróniz, Dicastillo, y alcaides del castillo de Azagra, de la torre de Viana, etc. Fueron caballeros de mucha influencia en la zona estellesa y en la Corte Navarra.

Mosén Juan Vélaz de Medrano, señor de Igúzquiza y alcaide del castillo de Monjardín, acompañó a Francia al rey de Navarra Carlos III, en junio de 1397, junto con un selecto grupo de nobles, caballeros y funcionarios reales y una escolta de 324 caballos. Acompañó también en 1412 al hijo bastardo del rey, don Godofre, mariscal del reino, en ayuda del rey de Francia, a sus tierras de Languedoc, entre 200 hombres de armas y 200 ballesteros. Mosén Juan defendió Viana contra los Castellanos en 1429 y tres años más tarde era chambelán del rey don Juan II de Navarra.

Fernando Vélaz de Medrano, su sucesor, además de señor de Igúzquiza y alcaide de Monjardín, era a la vez señor de Learza y el rey navarro le concedió las pechas de Muez, Mendaza, Legaria y las de los valles de Allín y Santesteban de la Solana, tal vez por su probada fidelidad, como lo demostró en el sitio de Genevilla, ocupada por los partidarios del príncipe don Carlos en 1452.

Jaime Vélaz de Medrano defendió el castillo de Estella en 1512, y tomó parte en el intento de reconquista de Navarra en 1516. Seis años más tarde fue el heroico alcaide de la fortaleza de Maya, última en defender la independencia del Reino. El y su hijo Luis murieron sospechosamente el décimocuarto día de su prisión en la capital de Castilla.

El palacio de Igúzquiza tiene al Norte el Alto del Olivar, ya sin olivares, y al Sureste el cerro de San Ciprián. La calima suaviza los lejanos escarpes de las Peñas de San Fausto, de las de Echávarri y de la Sierra de Lóquiz. Campos rojizos de labor, ya preparados para la próxima siembra, con filas de encinas supervivientes, y atillos pardogrisos cubiertos de matorrales bajos.

El palacio es un edificio rectangular, del siglo XV, con dos torres asimétricas, una a cada lado.

El cuerpo inferior está hecho con piedra de sillería y en el medio hay una puerta con arco de medio punto y grandes dovelas; a los dos lados, dos ventanas cuadradas con rejas. Una cornisa de piedra separa la parte inferior de la superior, toda ésta de ladrillo.

Ventanas que un día fueron tal vez balcones. Ventanillos irregulares rasgados en la fachada para ventilar el desván. La cornisa del alero es también de ladrillo aparejado. El tejado de las dos torres es a cuatro aguas.

El patio de armas conserva aún lienzos de muralla con paso de ronda y juego flanqueante de troneras que custodian el acceso a la puerta. En la clave de ésta aún puede distinguirse el escudo de los Vélaz: una cruz trebolada acompañada de una mano que sostiene un pájaro. En la bordura:

«Ave María Gratia Plena Dominus Tecum»

En 1685 don José Piñeiro de Elío solicitó que el Reino lo anotase como de cabo de armería, es decir, casa de solar conocido con armas propias de su linaje y no derivadas de otro. En 1723 pertenecía ya al marqués de Besolla.

—Y ahora ¿de quién es?

—No lo sé, la verdad, pero el alcalde igual lo sabe.

Nadie sabe el nombre de los dueños, y todos hablan del administrador, que es el que se encarga de cobrar las rentas. El viajero prefiere en este punto no transcribir los calificativos que escucha.

—Tienen medio pueblo, sabía usted?

—Pues no, no lo sabía, ni me imaginaba.

—Las mejores tierras de los regadíos.

—Pero el nombre de los dueños no lo saben.

—Ni falta que hace.

Las prerrogativas que disfrutaban los palacianos o dueños de los palacios navarros no eran pocas. La total exención fiscal com-

prendía incluso los *donativos* hechos al rey y fijados por las Cortes. Tales señores estaban libres de la prestación militar en tiempos de guerra y de acudir a las obras reales en tiempos de paz. Cuando pasaban las tropas de un lugar a otro, lo que entonces no era infrecuente, no tenían obligación alguna de alojar soldados o de administrarles víveres, carros, bestias y otros efectos.

No menos importantes eran las preeminencias, manifestaciones externas de la calidad de nobleza, que consistían en honores y distinciones en la sociedad, en la iglesia, en todos los ámbitos privados y públicos. Con la Guerra de Independencia y el Trienio Constitucional terminaron muchos privilegios, aunque, en algunos casos, para retornar después.

Todavía a principios del siglo pasado lucían en la iglesia de Igúzquiza una serie de trofeos militares, como banderas, morriones, manoplas de hierro y espuelas, procedentes del palacio.

Un mal día los descendientes de los Besolla se llevaron al palacio de Elío lo poco que quedaba dentro del palacio de Igúzquiza. Hasta la veleta, el escudo que estaba sobre la puerta, y la talla de San Antón.

El día de San Antón la gente de Igúzquiza iba de romería hasta el palacio rezando el rosario y a los chicos les daban roscos y otras chucherías. Para que no entraran y anduvieran por los pasillos y habitaciones, les contaban que por allí vagaban errante el ánima de una de las últimas dueñas del palacio, que se encerró durante largos años en una de las torres y a la que los vecinos alimentaban por medio de una cesta que la loca les tendía durante la noche con una cuerda.

Hoy, cuando uno da la vuelta al palacio —de día por si acaso— mira sin querer a todas las ventanas, no sea que se encuentre con la cesta a los pies.

En la iglesia de San Andrés apóstol, el que bautizara legendariamente al primero de los Vélaz de Medrano, ya no están aquellas antiguallas antilitúrgicas y vanas. Edificio románico consagrado en 1179 bajo el reinado de Sancho el Sabio, cada siglo le añadió o le alteró una parte de su silueta primitiva. En el coro alto se guardan

restos de los retablos colaterales, con relieves romanistas de fines del XVI, que son lo mejor del templo.

Junto a la iglesia, un reciente y desdichado edificio alberga la Casa del Concejo. Recorremos despacio las tres calles, silenciosas y solcadas. Un señor lee un libro en un banco, rodeado de adelfas. Sobre unas tapias se desborda una higuera generosa que nos da las manos abarrotadas de higos dulcísimos. Comemos uno tras otro. El señor del libro nos mira y se sonrío:

-¿Qué, hay hambre?

-De higos sí, ya ve.

-Coman sin miedo, que, si no, van a ser para los pájaros.

-Por eso, por eso. Gracias.

Nos preguntamos si será el dueño. Nos da una cierta vergüenza y dejamos la rama que ya teníamos en la mano.

-Venga, que nos van a tomar por vagabundos hambrientos.

Igúzquiza ha crecido en habitantes y casas, y el pueblo ha perdido armonía, aunque ganando comodidad y bienestar. Mientras miramos alguna fachada que queda del siglo XVI, con escudo, en la calle Mayor y en la de San Andrés, nos saluda un hombre muy templao que se apoya en la puerta de su casa:

-Así me gustaría andar a mí, de un sitio pa otro, sin pegar golpe.

-Hombre, que no andamos siempre así, que hoy es sábado.

Aprovechamos la ocasión para preguntarle por la famosa sima del pueblo.

El terreno del diapiro, propicio a disolverse en la sal y en el yeso, es abundante en fallas. La sima de Igúzquiza al pie del Alto del Olivar, es una cavidad vertical de unos 55 metros de desnivel, y con una galería de agua termal que puede estar en relación con el manantial caliente de Los Llanos de Estella, que el viajero gozó un día en sus propios cueros, más jóvenes entonces. La tradición reciente les ha dado el nombre de Sima Rosas, dejando correr que Félix Domingo Rosa Samaniego y Sáez, nacido en Estella en 1847,

jefe de una partida carlista durante la guerra de 1872-76, mandaba a muchos prisioneros al otro mundo lanzándolos a la sima de Igúzquiza. Don Pedro Escamilla dedicó a la cosa todo un libro allá por los últimos setenta del siglo pasado.

—Y de esto, ¿qué ha oído usted? —le preguntamos a nuestro hombre.

—Pues que ese señor Rosas o Rosa, o como sea, invitaba a los que iba a tirar a la sima a unos vasos de vino en una taberna que había en las afueras del pueblo: Bebe lo que quieras, que va a ser la última vez.

No están todos de acuerdo con esa opinión, ni mucho menos.

—¿Sabe lo que le digo? Que todo eso es un cuento, una leyenda negra.

—Lo apunto como usted me dice.

Lo cierto es que en 1875 la partida de Rosa Samaniego fue disuelta y él se exilió en Francia. El gobierno pidió su extradición, que no le fue concedida.

* * *

Aún está el señor del libro leyendo, supongo que no el libro de Escamilla.

Da el sol como un pico en las crestas del Montejurra y le saca unas astillas de luz.

Nos metemos entre el encinar, mordido por todos los lados por las máquinas feroces, y salimos hacia Estella. Arriba, entre encinas, vemos la espadaña de la ermita de la Purísima Concepción.

Nos imaginamos, pobres de nosotros, que vamos a toparnos con la comitiva de los Vélaz de Medrano, o con la partida de Rosa Samaniego. Pero no. No encontramos más que coches y coches, que nos impiden gozar como se debe este anaranjado mediodía de octubre.

POR TIERRAS DE PASTORES REMOTOS

La seroja otoñica los glacia de la Vuelta del Castillo.

Sobre los verdines de Ibargoiti unas nubes blancas y unas franjas de cielo azul estrenan la bandera territorial de esta mañana de domingo diciembreño.

Me apena lamentarme de nuevo, pero se está haciendo todo lo posible por afeer con toda clase de alrededores el viejo y noble Lumbier arriscado en su cerro.

El sol resuelve, al fin, la mañana de nubes y se descuelga sobre el alto y terruñoso caserío de Aspurz, acostumbrado como estaba a posarse durante siglos sobre la solana de la antigua fortaleza.

Hay todavía rosas a la entrada de Navascués, donde sólo vemos tres niñas vestidas de fiesta. Un cuervo, de endrino brillante, se lanza desde un nogal sin hojas.

Zancajemos hasta el alto de las Coronas, donde comienza el Valle de Roncal. El Valle es desde aquí una confusa ondulación de pinos verdinegros que se pierde en las crestas prepirenaicas y pirenaicas, recortadas por un festón de nubes borascosas.

Por el camino franco de la vieja cañada real, que va del Roncal a las Bardenas, subimos hasta el raso de Legároz. El Alto del

Borreguil, poderoso animal geológico, se encabrita permanentemente frente al valle del río Esca que le cierra el paso.

El anticlinal de la sierra de Illón, tramo principal de la sierra de Navascués, cabalga orográficamente a la par de la sierra de Leyre «el doble Monsech navarro»: dos crestas calcáreas que llevan solanos en su costado sur y umbrías o pacos en su costado norte.

Se estrecha la cañada mientras asciende hasta el Portillo de Ollate. Ahí se adentra hacia las próximas cresterías de Leyre para bajar después al llano ribero.

Vamos por pastizales de boj, entre los que aparecen manchas de pinos albares y pinos laricios.

Tierras prietas para corzos y jabalíes, y para liebres soleadoras que prefieren los claros.

Un día lejano se estabilizó por aquí una población dedicada al pastoreo y a la caza, que habitaba en las cuevas de los acantilados, como en las cercanas Cueva de los Moros, Cueva de Ososki —también llamada del Moro— y Cueva de Valdesoto, en las que se encontraron, durante los años cincuenta, en las excavaciones dirigidas por el profesor Maluquer de Motes, restos humanos, carbones, cenizas, vasijas de cerámica hechas a mano, punzones de hueso, lascas de sílex y huesos de animales.

Varios dólmenes, monumentos funerarios colectivos de piedra, se encontraron en la zona próxima a la cañada ganadera, sobre todo en el Portillo de Ollate y en el borde meridional del Amiradío.

Los dólmenes aparecieron en el Mediterráneo oriental a comienzos de la Edad de Bronce (c. 2.500 años antes de J.C.). La práctica del enterramiento en dólmenes se difundió por extensas regiones europeas y desde el Ampurdán y el Rosellón el megalitismo llegó a la zona pirenaica.

El raso de Ollate fue plaza mayor, templo natural y cementerio abierto para un pueblo de pastores que vivió durante muchos años en estos parajes.

Cerca de una gran balsa redonda, ahora sin gota de agua, rodeada de una leve cerca de piedras, y no lejos del pasadizo de los

rcabaños hacia el sur del sol y del clima benigno, se alza uno de los dólmenes. Es corto y abierto, circundado por túmulo, donde tres losas, una enhiesta todavía, forman la cámara funeraria. Las matas de boj protegen, revisten y ocultan el conjunto. Delante del megalito la sociedad de ciencias naturales Gorosti ha levantado un hito de piedra, en el que se nos recuerda que esto es una sepultura de la edad del bronce, entre los años 2.500 a 900 antes de Cristo, llamada dolmen (*trikuhurri* — erizo de piedra), a 1115 metros de altitud. Y un aviso prudente: «su conservación depende de tu respeto» (*zuri dagokizu bere iraupena*).

Próximo a éste vemos otro dolmen, el llamado de Puntallo de las Capezas, con cinco losas rectangulares hincadas en tierra (ortostatos) y con túmulo circular.

En los alrededores se encuentran varios ejemplares más. En casi todos ellos se hallaron piezas dentarias, puntas de flecha de sílex, vasijas y otros instrumentos de cerámica, de piedra y de hueso al servicio del hombre, que muestran una fe colectiva en la supervivencia de los difuntos. Besamos con reverencia estas piedras venerables, sarcófagos milenarios, lejanos, escondidos en el bojal, únicos testigos de generaciones enteras que vivieron y murieron en nuestra tierra y son, lo sepamos o no, nuestros predecesores.

El sendero, despedida ya la cañada, avanza por un bosquecillo claro de pinos y pronto se nos borra del todo. Estamos bajo el Collado, pico de la sierra de Illón que crece hacia el central de Las Moudas (1281 m.) y llega hasta el extremo occidental de Faulo, donde se empina la ermita de San Quirico.

Al fondo, bajo una luz anaranjada, hacen una *vue* suave las sierras de Satrústegui y San Donato, por una parte, y la de Aralar, por otra. A la derecha, se tensan al sol los pescuezos del Baigura y del Violeta.

Hemos perdido la pista y bajamos como podemos, al buen tuntún, por las fraguras de la umbria, entre restos de hayales y entre pinos ríos que van apoderándose del monte. Nos agarramos de continuo a las ramas de los bojés y de algunos illones, huyendo de los espinos y sobre todo de los zarzales que se nos clavan en la

ropa y no nos dejan avanzar. A veces nos dejamos resbalar con todo el trasero en tierra y otras damos largos rodeos para evitar troncos de árboles caídos y espesuras difíciles de penetrar. Estamos llenos de arañños y bisuntos de mugre.

Topamos por fin con el regacho La Foz, casi un fragüin. Aforrado por las aguas bravas que bajan de los Altos de Legároz y sometido luego a las angosturas de un cañón cretáceo, sigue hasta perderse más adelante, al sur de Navascués, en el río Sierra. Para no perdernos nosotros ni perder más tiempo, seguimos por el cauce escabroso, donde hay algunos pozos de agua llovida estos últimos días. Subimos luego el ribazo derecho y recalamos en los bordes de una lengua estrecha de tierra de labor, ya enverdecida. Un camino bien marcado por los tractores atraviesa el leve pero acuoso regato Cerumen, que nace a los pies del Bracisa, y, entre bordas caídas, nos deja en el término de Bordas de Articat.

Las bordas (voz céltica, que significa tabla) son el fantasma ruinoso de estas soledades. Amplias, de una sola planta en forma rectangular, tejado a dos aguas y cubiertas de teja curva. Algunas tienen un pequeño anejo, que era la pobre vivienda del pastor.

Matorrales y pastizales cubren casi todas estas tierras. Menos de un diez por ciento son cultivadas. Las roturaciones de finales de siglo y comienzos de éste ampliaron el espacio de cultivo hasta los últimos años sesenta, cuando el éxodo hacia las ciudades y la nueva maquinaria agrícola dejaron olvidadas miles de robadas de tierra, degradada tal vez por la densidad ganadera, y bajó en picado la ganadería lanar, de especie churra.

Acabó así una tradición multisecular que comenzó cuando los viejos pobladores salieron de sus cuevas, se echaron a pastorear rebaños y se establecieron a orillas de los ríos.

Cuatro buitres sobrevuelan pasmosamente la mañana. Jumbos lentos y orgullosos de la volatería.

El río Sierra, que otros llaman barranco o regacho, se arrastra desde Sierra Alta, uno de los montes de Uscarrés, y recorre la

altiplanicie de las Coronas de las Torres, colgadas sobre los valles del Salazar y del Biniés. Al llegar a donde hoy está la carretera, recibe otro pequeño afluente que le viene de la Cantera de Cuero, describe un pronunciado codo de captura y se dirige, por un cauce hondo y estratificado, con aguas muy vivas, hacia el Salazar.

Suelos y abarrancamientos de margas. Raros verdegales. Herrerizas y calveros, grises alcores, que humaniza de tanto en tanto el boj con sus tintes verdes prietos, cobrizos intensos y cobrizos pálidos.

Es hoy 17 de diciembre.

CON JULIAN GAYARRE POR RONCAL.

Acompaño a Julián Gayarre por su pueblo esta tarde del último diciembre. El es el invitado principal de toda esta serie de homenajes y celebraciones que se preparan.

Estamos en el barrio de Iriondoa, en Porta Zabalea, la plaza natural de la villa. El color decadente de la tarde la envuelve en ese suave encanto sin nombre, que nace como una niebla invisible de los umbrosos rincones, de los *rekartes*, de las balconadas de madera, de las casas góticas, de las piedras oscuras.

Roncal conserva muy bien su brillante y áspero suelo de adoquines, que hace de sus calles calzadas y obliga a las señoras de tacón a demostrar a cada paso su señorío.

Todo el pueblo sube hacia la iglesia, hacia Chichurenea, hacia Santa Bárbara, y nosotros subimos con él.

Nos quedamos con la boca abierta mirando la casona de los Sanz, su fachada barroca, su escudo lleno de caras, su alero robusto. Le digo a Sebastián Julián que hace años la compró por poco dinero un ministro que lleva el mismo apellido y discutimos un poco sobre el color de la piedra; que si la erosión, que si la quema de los franceses, que si las canteras...

El alcalde, que se atreve a decir las verdades del almadiero a los mismos Reyes, nos ofrece en su casa alta y bien compuesta

turrone y copichuelas. Sebastián quiera saberlo todo, pregunta por todo, comenta el programa oficial y el boletín informativo que acaba de publicar la Junta General del Valle.

Les dejó hablar de su pueblo. Lo comparan con lo que era hace un siglo y medio. Algunas casas más y algunos vecinos menos. Las dos fuentes de entonces. Un puente más seguro pero menos bonito que aquél. Aquella escuela dotada con 2000 reales es hoy la concentración escolar para cinco pueblos del Valle. Hay ahora un centro de higiene. Ya no hay lobos ni corzos, pero sí más jabalíes. El ganado casi ha desaparecido y con él el comercio de lanas con Francia; tampoco se importan de allí lienzos y vino. Ya no hay batán ni molino harinero, pero hay una fábrica de quesos, una piscifactoría, un hostel y una brigada de camineros. Ya no van las mozas a las fábricas de alpargatas de Maulecón ni los mozos, como Sebastián, a la Bardena o a Cinco Villas. Ya no se canta aquella jota de entonces

*Ya van las mozas a Francia,
los mozos a la Ribera.
Ya nos quedamos solicos
hasta la otra primavera.*

Pero la población envejece, los jubilados son muchos y todo el pueblo, todo el Valle, necesita un fuerte empujón de vida.

En Labacha la hilera de hayas apenas se distingue ya de los pinos que la rodean, con la poca luz que dejan pasar el Odieta, el Lecerena y el Argible. La mujer del alcalde le pregunta a Gayarre si es verdad que esta casa comenzó a levantarla él, y su marido se adelanta:

«Eso dicen, mujer, de muchas de aquí».

La casa de los Gayarre, construida en 1879 y bien arreglada después, está llena de luces y adornada en el jardín con algunos abetos. Es una casa grande, bien enalada, con un mirador central, zaguán, dos pisos y un desván, bajo tejado a cuatro aguas y cuatro tragaluces. La placa que se «descubrirá» el día 2 dice así: «Fundación Julián Gayarre. Casa Museo Julián Gayarre, 1890-1990».

—La Fundación es lo mejor del Centenario —dice Julián, que para estas cosas es muy lacónico.

Suele venir todas estas tardes a echar una ojeada. Suele acompañarlo su amigo Julio Enciso, que sabe tanto o más de su vida que él mismo. A veces se les juntan Tolosana, Gafza, y los maestros herreros Quilleri y Pinaqui, jubilados hace muchos años. Al viejo pastor y aprendiz de herrería se le encienden los ojos cuando los ve.

Enciso le recuerda lo que «el tenor único» le escribía desde su «jubilco» de la calle Arcadé, de París, el 23 de febrero de 1884: *«Tengo que contentarme con las amistades de los condes, duques, marqueses y algún pobrete como Rothschild, que me persiguen para que vaya a su casa, y con la excusa dar una soirée a la aristocracia, cueste lo que cueste. Afortunadamente todo esto no cambiará mi carácter y, por encima de todo, mis amigos serán siempre mis amigos... A Dios gracias no soy tan negado que no sepa apreciar las pompas de este mundo en su verdadero valor».*

Encuentra el maestro muy descuidada la calesa del vestíbulo. Y muy bien conservada la bicicleta. Cree innecesarios dos retratos suyos en el mismo sitio. Echa en falta uno de su querido sobrino Valentín, que para eso fue tantos años diputado y senador por Aoiz. A Juantxo y a Carmentxu, que están montando el Museo, siempre les hace cambiar alguna pieza en las cuatro vitrinas, o les hace alguna sugerencia.

—Poned bien visible la foto de don Joaquín Maya, que fue mi primer maestro.

—Falta aquí don Hilarión. No basta el diploma del Conservatorio de Madrid.

—Que conozca la gente la medalla de la Asociación Euskara; que algunos saben sólo que fue amigo de Castelar o Comendador de la Orden de Carlos III.

A todos nos gusta mucho esa foto de familia, donde el padre, don Mariano, aparece con la faja y los calzones con que se presentó en el Real de Madrid en 1878.

En el primer piso la exposición de ópera, a través de cuatro representaciones maestras, está casi acabada. Ojeamos y hojeamos partituras, cartas, libros de viajes o de estudio: *Guida di Roma, Clave de inglés, Le Musée de Versailles...* A Julián no le gusta el retrato de Tirado, de 1885, y sus amigos lo encuentran demasiado viejo en el de 1888.

En el segundo piso unas señoras de manos delicadas dan los últimos toques a lo que puede ser una recomposición de la casa de los Gayarre, y en el desván se amontonan objetos curiosos y valiosos que pueden acabar en el museo.

—Mira esta caña de pescar.

—Y este maletín de viaje.

—Y estos versos de Marcos Zapata.

Aprovecho un momento propicio para decirle a Julián que sus amigos quemaron muchas de sus cartas, que ahora nos vendrían muy bien. Se sonríe y me dice sin dejar de andar:

—Eso lo hace todo el mundo.

Bordeamos Larreguña, donde lucen su piedra viva casa Estrada, casa Carlos y casa Parra, y seguimos por el barrio Arana, que atraviesa el arroyo del mismo nombre con aguas recientes. El vallecico central guarda acelgas, berzas, y árboles frutales ya sin hojas. La luz municipal y ámbar convierte a estas horas el encanto de Roncal en magia.

Subimos por una empinada cuesta hacia la iglesia fortaleza del siglo XVI, ya en Iriarte. Pocos «nacimientos» tan bellos y vivos como éste, visto el pueblo desde el atrio. Acaban de barnizar y lijar el pavimento de madera. El templo es alto y amplio y tiene una buena temperatura.

Aquí, bajo la bóveda de crucería estrellada, los altares barrocos y la Virgen gótica, fue bautizado Sebastián Julián Gayarre, pasó muchos ratos de su vida, y el 7 de enero de 1890, como reza el acta municipal, se celebraron «*las honras con la solemnidad y magnificencia debidas*», a las que asistió la Junta General en Corporación «*con el traje de oficio tradicional de capote y balona*».

El alcalde le dice al párroco que, si llueve o hace mal tiempo, el orfeón, al que perteneció Julián, cantará el Requiem de Verdi aquí, y no en el cementerio. El maestro mueve la cabeza:

—Lo sentiría por el bueno de Mariano.

Mariano Benlliure, ya se entiende, el autor del mausoleo.

Lo que no sabe Gayarre es que tanto Benlliure como la reina María Cristina querían que el monumento, que figuró en la Exposición de París, fuera colocado frente al Teatro Real. Si así hubiera sido, no exhalaría ahora su permanente llanto la Música en el camposanto de Roncal, ni la Armonía y la Melodía elevarían simbólicamente el ataúd sobre el valle del Esca, cerniéndose la Fama sobre él.

No van a faltar al homenaje los maestros Eslava, Maya, Zabalza, Arrieta, Guelbenzu... y otros amigos músicos de la tertulia de la plaza de Oriente.

Cuando pasamos ante la casa de los Gamba, Julián acaba hablándonos de aquel ganadero ilustre, Pedro Vicente, capitán de Guerra del valle, héroe roncalés contra los franceses en las luchas de la Convención y de la Independencia. Todas las trompetas llevaban su fama en los años de infancia y juventud de nuestro cantor.

Llegamos al frontón, regalo de Julián a su pueblo en 1887, algo deteriorado, y a la plaza, ya mal enlosada. El alcalde aprovecha la ocasión para decirnos:

—Todo esto necesita un buen repaso.

Y a fe que el alcalde dice la verdad.

Cerca tenemos la Casa de la Junta General del Valle, las bonitas Escuelas que sufragó también Julián. La pared del guante está ahora inservible tras la construcción, en medio de la cancha, del monumento a Gayarre; el busto fue labrado por el escultor local Fructuoso Orduna, pariente del tenor de «la voz de ángel».

Nos despedimos junto a las coloradas bombillas del árbol de Navidad, cerca del río.

En pocos sitios como aquí una persona es parte tan viva del lugar, que, aún sin saberlo, siempre se está con ella, se habla con ella, se pasca con ella.

—Nos veremos la semana que viene en Navarzato.

A Navarzato, donde está la ermita románica de San Sebastián, santo que dio nombre al personaje, solía éste acudir a pie o a caballo durante sus estancias veraniegas. La última vez, mostró interés en costear su reparación. El viajero recordó al músico hace unos meses, cuando visitó el paraje, y sintió deseos de encontrárselo allí un día.

El viajero se va de Roncal y de la casa museo de Gayarre sin haber oído una nota de su prodigiosa voz, ya que nos falta cualquier testimonio sonoro de su arte. El mismo lo previó a tiempo: *«Todos los artistas dejan una obra; un escultor ofrece a la posteridad sus esculturas de mármol o de piedra; un escritor lega sus libros, y un pintor sus lienzos. Pero ¿yo? ¿Qué va a ser de mí?»*

Y uno tiene que contentarse con recordar que Barbieri lo definió como *«la cumbre del canto»* o que Esperanza Isola escribió de su *«voz pura y fresca llena de ternura y encanto, dulce claridad en las notas de cabeza y espléndidos naturales de pecho que arrebataban a las multitudes»*.



Nos dan en la cara unos pelillos de sirimiri que se desprenden de alguna nube despistada. Porque el cielo está encharcado de estrellas.

Pasamos por delante del barrio Castillo, siguiendo fielmente durante un rato la nocturna canción del Esca.

Dejado que hemos el Valle de Roncal, se me viene a la memoria del corazón aquella letrilla lírica, tan antigua como las desusadas palabras acogidas a sus versos:

*Allá arriba, arriba,
en Val de Roncales
tengo yo mi esca
y mis pedernales,
y mi zorroncito
de ciervos cervales.
Hayo yo mi lumbré,
siéntome doquiera.
Falalalanlera,
de la guarda vieja.*

CASAS DE CULTURA

Dame hombres que nos hablen
del amor y no del odio,
del saber y del soñar,
y no sólo de poder y de dinero.

Dame hombres que no tengan
por peores a otros hombres,
ni los midan y pesen
por su sigla política,
por sus cuentas corrientes,
su cargo o su apellido.

Dame hombres que nos digan
lo grande y lo bello que es nuestro planeta,
y lo bello que será
si entre todos lo limpiamos de muerte y de injusticia.

Dame sitios donde todos
puedan hablar sin ruido y sin mordazas,
apostar por el futuro
sin seguir vomitando sus pasados.

Y si no hay esos hombres y esos sitios,
es inútil que me hables de tu pueblo o tu ciudad:
Es igual que los horren de los mapas.

(En la inauguración de la Casa de Cultura de Miranda de Arga, 1981).

DE VILLATUERTA A IRACHE

(Por el viejo Camino de Santiago)

La mañana de enero tiene la cara laqueada y fría. Los herbales llevan un verde recién entrenado.

Por entre las nuevas casas de Villatuerta llegamos al puente románico, bajo cuyo lomo de camello viejo y sucio pasa el exiguo río Iranzu. Sucias orillas por un lado y fea canalización por el otro. Aquí bebían los peregrinos y sus bestias, y como ellos y con su recuerdo subimos hacia la iglesia alta de Nuestra Señora de La Asunción, primero románica, luego gótica, con luminosos retablos romanistas y unas pinturas murales; toda luz, limpia y acogedora.

Unos muchachos quitan el belén para poner la Virgen con el Niño y los Reyes Magos. Uno se queja de que el *Misterio* que antes representaban en la iglesia ahora tienen que hacerlo fuera, en el colegio.

—¿Pues?

—Porque a los mayores no les gusta.

—Vaya por Dios.

En el atrio hay un abeto de verdad con bombillitas de colores. Me encuentro con un amigo, testigo de aquel tiempo en que, por escapar de ciertos peligros, nos refugiábamos en la casa parroquial de Villatuerta.

—Qué tiempos, verdad.

—Qué tiempos.

Mirando hacia Maurien, a mi amigo le viene el recuerdo de «Don Carlos» —Carlos Ulugo— y el discurso que echó allí en una de las conmemoraciones carlistas.

—Qué buena memoria, Gonzalo.

Hasta el año 1090, el Camino iba desde Villatuerta a Zarápuz y, por las faldas del Montejurra, llegaba hasta Santa María la Real de Irache. Desde ese año, cuando el rey Sancho Ramírez concede el fuero a Estella y le repuebla con francos, los peregrinos parten de Villatuerta, pasan junto a la iglesia de San Miguel, cruzan el antiguo lugar de San Salvador del Arenal y, por la Pieza del Conde, llegan a la ciudad.

Tras la torre románica que nos resguarda del cierzo vivo, nos metemos por el primitivo camino que lleva hacia Zarápuz. Camino seguro, brillante de zata que nos embarra pesadamente las botas.

Los Altos de Las Canteras —a donde subía el viajero cuando su cuarentena— y el de Musquilda avanzan lentamente hacia el Sur, y la torre templaria de Aberin ve pasar los siglos como si fueran pájaros.

A derecha e izquierda se extienden las naves del polígono industrial de Estella-Villatuerta, y en las más cercanas hay letreros en favor de ETA.

Novelata es una calle peregrina, la de Santa Cruz, sobre una lomba, con viejas casas y villas nuevas, con muchos perros que nos siguen y a los que tenemos que espantar con la makila. Barrio de agricultores de Lizarra, tiene a los pies una terraza fluvial convertida en huerta férax, donde se cultivan hortalizas, tabaco, patatas y otras enjundias.

El caballero don Manuel Joaquín Navarro, estellés y oriundo de Sangüesa, consiguió del buen rey ilustrado don Carlos III, en 1780, el repoblamiento de estas sus tierras con nueve colonos, a los que dio don Manuel toda clase de normas y consejos. Cada familia recibía cuarenta y ocho robadas de secano, y doce de regadío. El barrio se llamó de San José y contaba también, entre los bienes comunes, con un puente, un molino y una noria. Hoy los campos se riegan por medio de canales gracias al empeño de aquel vasco

menudo y de damasquino acero, que fue Luis Larumbe *jauna*, hombre de muchos entusiasmos y de muchos sufrimientos. Al cabo de la calle sigue en pie la casa del mayorazgo, que guarda la pequeña y sustanciosa historia de Noveleta.

El río Ega viene bravo. Unos mozuelos preparan junto al viejo molino dos balsas hinchables para bajar hasta Arinzano.

—¿No hay miedo?

—Algo.

Miedo da el puente semiderruido que nos espera. Es el que sustituyó al que mandó construir Antonio Navarró. Con un poco de suerte se puede pasar por unas malas pasarelas agarrándose a la vez a un tronco horizontal que todavía no se ha podrido.

Cuenta Juan que cuando la gente se quejó del hundimiento, el dueño del puente y de las fincas aldeñas exclamó de mal humor:

—¿Os creáis que iba a durar toda la vida o qué?

La desnudez invernal del sotillo de mimbrales y choperales hace el puente más lastimero todavía. Junto al molino cruzan también el río los tubos que antes llevaban el agua a la central de Arinzano.

A un tiro de bala vemos las granjas y caserías de Ordoiz, antiguo señorío medieval en manos de reyes, nobles, órdenes militares y monjes. Hace cuarenta años se encontró ahí, bajo una higuera, el «tesorillo de Ordoiz», 204 ronchelas que vinieron a ser «dirhemes», monedas musulmanas de los siglos VIII y IX, que dieron muchos disgustos y ninguna compensación al pobre labrador que las encontró arando la viña.

Zarapuz, antigua villa, monasterio, hospital y hospedería, es hoy un corral abandonado, ceñido de piedras, tomillos, cardos y aliagas. Un cantizal. Mis amigos encuentran varias setas de cardo, muy apreciadas.

Ya a finales del siglo X pertenecía a San Juan de la Peña. Cuando el rey Sancho Ramírez fundó la nueva población en Lizarrá, los monjes pinatenses que la querían en Zarapuz, tuvieron que ser compensados con solares, décimas, censos, beneficios y otras

espiritualidades. La verdad es que desde entonces ni la villa ni el monasterio y sus servicios serían ya lo que fueron. La riolada de peregrinos que les daban vida y movimiento se fue por el camino más corto y potenció lo que un día sería Estella. La abadía y el obispado de Pamplona se disputaron la villa y la iglesia. Los veinticuatro fuegos de mediados del siglo XIV se apagaron a principios del siguiente. Hoy aquí sólo arde el tibio fuego del sol.

De los viejos edificios sólo queda un ribazón de piedra que sostiene la incierta e ingrátida memoria del pasado.

Por estos terrenos, que un día vinieron a las manos de don Manuel Joaquín, sonaron, el 8 de octubre de 1833, los primeros disparos de la primera guerra carlista, cuando, de una orilla a otras del Ega, se enfrentaron las tropas del brigadier don Manuel Lorenzo con la partida del general navarro don Santos Ladrón de Cegama, capturado días después en Los Arcos y fusilado en los fosos de la ciudadela de Pamplona.

El camino que rastrea a la izquierda del cerrillo de Zarapuz, nos aboca a las huertillas que se asientan en las lindes de Echávarri, Ayegui y Estella, entre pegujales verdines que se barajan con pegujales terrosos. Montejurra es un enigmático y verdinarrón telón de fondo.

Llegados aquí, sendaremos como podemos, porque el Camino desapareció entre cardos, alcachofas, borrajas y otras chucherías succulentas, y ahora todo sendero tiene su atolladero. En un ribazo contemplamos las primeras flores de romero y las primeras del año, regalo de los Magos de 1991, que acaban de pasar por aquí.

Este es un terreno de manantiales. Corre un regachillo a nuestros pies, y pasamos junto a una balsa honda y helada donde Juan vio los últimos cangrejos autóctonos que quedaban.

- Palabra de Juan.

- Bueno.

Al fondo de un zanjón brota una fuente, llamada de «La Borda», de donde sale una goma larga que lleva el agua a donde alguien quiere que llegue. Por seguir el hilo de la goma, caigo con

cuanto soy y tengo al fondo del zanjón y mis compañeros jacobcos tienen que levantarme, uno por cada brazo. ¿Está ya duro el alcacer para zampoñas?

Dos conocidos labradores de Estella podan en la huerta los frutales.

—¿Un trago?

—No, gracias, que no tenemos tiempo.

Pasamos la carretera, y nos internamos por un pequeño camino que sube hacia Ayegui. La pantalla de Lóquiz resplande allí lejos.

Se amontonan allí cerca los casalicios de Ayegui y algunos extraurbanos de Estella. Campos de labor con almendros. En un recuesto de tierra rojiza han plantado una viña de cepas altas, con tiras de plástico negro que guarda a las plantas del hielo y de las malas hierbas.

Dudamos si llegamos al monasterio de Santa María la Real de Irache, cerca del cual tiene Jesús casa y tinelo para los amigos. Pero somos muchos y es la hora horada de yantar. Así que por el camino del cementerio nuevo, que pasa junto a una fábrica de muebles, llegamos al bar de Ayegui, donde repostamos brevemente.

Santa María de Irache se merece una visita más sossegada.

HOMENAJE A PETILLA

Leí el libro de don Santiago Ramón y Cajal *«Mi infancia y juventud»*, publicado en la colección Austral, y me vine hasta aquí a ver lo que el maestro vio, caballero en mulo, cierta mañana de agosto de un año indeterminado.

Vi *«el panorama que hiera los ojos desde el petril de la iglesia»*, que *«no puede ser más romántico»*, pero a mí no me pareció *«triste y desolado»* y mucho menos *«lugar de expiación y castigo»*.

Recorrí la *«gran montaña, áspera y peñascosa, de pendientes descarnadas y abruptas»*, que *«lleva con su mole casi todo el horizonte»*. Aprendí el nombre del arroyo que corre a los pies del gigante, pero habían desaparecido ya muchos de aquellos *«estrechos campos dispuestos en graderías»*, antaño *«trabajosamente defendidos de los aluciones y lluvias torrenciales por robustos contrafuertes y paredones»*.

Subí, atravesando el *«riguroso cierzo»*, hasta las *«imponentes y colosales peñas a modo de tajantes hoces, especie de murallas ciclópeas surgidas allí a impulso de algún cataclismo geológico»*.

Contemplé *«las ruinas del vetusto castillo»*, fortaleza central un día del distrito o *«tenencia»* clave en la frontera de Valdonosella con los dominios musulmanes. Visité la remozada ermita de Nuestra Señora de la Caridad, *«tenida en gran devoción»*. Llegué entre los quejigos legionarios del arcilloso piedemonte hasta las hayas altivas y los emigrados pinos laricios que escalan, tomando aliento, las areniscas y conglomerados del oligoceno.

Desde la sierra, que viene desde Peña y va hasta Santo Domingo, me enseñan los Baztanes, el alto de la Cruz, el Castellón, la Esmochada, El Paco, el Paso del Ferrero, el alto de la Selva, el Vado, etc.

Poco había cambiado el entorno desde entonces, pero mucho el paisaje humano. Ya no era Petilla *«uno de los pueblos más pobres y abandonados del Alto Aragón, sin carreteras ni caminos vecinales...»*, y cuyos habitantes no conocían «el uso de la carreta».

Las casas eran menos, pero no *«humildes y pobres»*, y de ningún modo *«mezquinas»*: eran todas nuevas y con muchas macetas; las calles no eran irregulares, aunque sí pintorescas, y no tenían *«grietas, escalones y regueños»*. Era un pueblo rehecho y regenerado, cuyos denodados esfuerzos por la supervivencia conté con elogio, elogio que requería el reconocimiento y la ayuda de todos.

Petilla o la voluntad de permanecer. Petilla es un pueblo viejo y sabio, citado ya en los papeles el año 938. Nuestro Sancho III el Mayor habla de él y lo reserva, junto con Ruesta, para su primogénito García Sánchez, excluyéndolo de la dote concedida a Ramiro I de Aragón, compuesta con las villas y rentas de la comarca.

El castillo fue su incentivo, su defensa y su símbolo. Aquél su primer gobernador o alcaide, Ferrán Ramírez de Iriberri, o el último, antes de la demolición de la fortaleza, Johanot de la Rocha, son sólo antecesores de los alcaldes, medrados y gentiles, que yo he conocido en Petilla.

Quedó, y queda, la iglesia cisterciense de San Millán, de la que no habla Cajal, donde sonríe —incluso en el Cristo crucificado— el gótico flamígero, luce el renacimiento, y esplende el romanismo en las arquivoltas, en los paneles, en las tallas, en los arcos, en las claves, en las ménsulas.

Queda sobre todo el pueblo: gente, piedra y tierra. Pueblo de claro y recio linaje que, en los acabijos del siglo XX, es una isla navarra, no perdida sino encontrada en Aragón; alto faro de siglos entre dos tierras fronterizas y hermanas; estandarte verde y gris entre los dos reinos; embajada doble, siempre de camino, con las armas reales de Aragón en su escudo, y en su abismo o corazón las de Navarra.

HOMENAJE A PETILLA

Antes de rendir homenaje a Don Santiago Ramón y Cajal, o al mismo tiempo; antes de rendirlo a don Mariano Carlón, y, en su nombre, a la cultura, al cultivo del hombre al servicio de los hombres, queremos rendir honores, honores de ciudadanía general con mando en plaza, a este pueblo navarro de Petilla de Aragón, por vivir aquí, por seguir viviendo aquí, por querer seguir viviendo también aquí en el futuro.

Petilla, 16-VI-91

NO PODEMOS VADEAR EL ARETA

Sólo por verlo merece despabilarse temprano. Por ver desde el puerto de Loiti el valle de nieblas furiosamente blancas en que se convierte en estas mañanas de diciembre el Valle de Urraul Bajo o de Yuso, con el río Irati como cita conductora de cejos. Como ve el lector, se equivoca el *Libro de Alexandre* cuando, describiendo el mes de diciembre, escribe:

Tenía niebla oscura siempre por la mañana.

Tal vez era así en su tiempo.

El cielo pasa lleno de celajes.

Los campos de labor están húmedos tras las últimas, ligeras, lluvias que han hecho nacer bien los herbales. Hoy por primera vez hemos acertado poniéndonos las botas.

Baja el río Areta (que algunos llaman por aquí Imirizaldu) nutrido y ruidoso, avenando la parte central del Valle de Urraul Alto o de Suso. Más nutrido de lo que quisiéramos porque, al no poder vadearlo con facilidad, tenemos que cambiar de ruta.

—¿Saltamos desde aquí?

—No seas loco.

Miramos hacia arriba y hacia abajo, vamos unos metros a ver si hay alguna piedra o alguna rama o alguna estrechura que podamos aprovechar. Nada.

—¿Y si nos descalzamos?

—Ni hablar.

—Yo, al menos, no.

Servidumbres y pesadumbres de las buenas compañías.

Así que, en vez de ir por la ribera izquierda del río hasta los caseríos de Berroya y de Arielz, subimos por sendas caprinas, entre chaparros y bojés, hasta las crestas septentrionales de la foz de Ugarrón, donde encontramos un sol pleno, un mirador excelente y un rebaño de cabras, pluricoloreadas; primero, levantan la cabeza, aturdidas, y luego, cuando nos ven avanzar, corren hasta la misma cornisa de la foz.

Al comenzar el ascenso, nos detuvimos a mirar un dolmen en medio de un túmulo; se ha convertido en refugio de cazadores y pastores. Otro dolmen cercano, que había en la otra orilla del río, ha desaparecido, sin que se sepa si la fechoría ha sido obra de la ignorancia, de la brutalidad o del expolio. El admirable y admirado Tomás López Sellés los descubrió, junto a otros de la zona, en 1959.

La foz de Ugarrón o de Aikoa es una breve y honda garganta tajada por el Arcta en la pequeña cordillera que forman los macizos calizos de Muru y de Ugarra. En la orilla izquierda la foz tiene en verdad forma de hoz, si se le mira de lado, y de rudo arco conopial, si se le mira de frente. En los cortados se agarran, como pueden, carrascas, cascojas, enebros, bojés y algunos quejigos. Sobre la foz la erosión ha hecho extrañas figuras geométricas en las blanquigrises rocas calcáreas. Como esta temporada nos da por los megalitos, cualquier combinación se nos antoja dolmen o cromlech, y cualquier roca erguida un menhir.

—Que no, hombre, no; que no tiene nada que ver.

Ahora que las cabras ya están más o menos tranquilas, y que nos dora un sol que parece de mayo, nos paramos a mirar el Valle, hasta donde la vista alcanza.

Imirizaldu es el primer pueblo, donde destaca la larga nave de viviendas, antes porquerizas. Luego viene Irurozqui. Más allá, el

altillo de Epároz y, cerca, la basílica de Santa Fe, toda de ocre tostado. Por fin, Ongoz. No se ve Elcoaz, escondido bajo el circo de montes vecinos. Tampoco Ayéchu, metido en el valle de Larráun, a la izquierda del cuchillón mineral de Raja. Son tierras lueñas y hermosas que ya recorrió, con entusiasmo, el viajero.

De Txutxurrondo a Olagato corre la cordillera hayedosa, que separa Urraul Alto del Valle de Salazar, con sus barras calizas sobresalientes en el flysch.

Por encima de la foz y más allá de las modestas alturas del Ugarrá, levanta su oscuro unicornio la sierra de Idokorri. Al Sur, cegadas por el sol, se extienden las llanuras de Urraul Bajo y del Romanzado frente al último cabo de la sierra de Izco y el primero de la de Leyre. Pero lo mejor de todo es la primera nieve, desde Ori a la Mesa, que recorta y perfila como una navaja barbera todas las enjabonadas caras pirenaicas.

Andamos por tierras de coscojal, garriga densa de coscoja o chaparro (*quercus coccifera*), que reemplaza el encinal o carrascal, destruido a manos de pastores y agricultores, que explotaron tal vez en demasía el terreno originario. Los campos, ahora abandonados, vuelven, tarde y mal, a su vocación forestal prístina. En las orillas del río, en las vaguadas y en los inmediatos alledanos al macizo crecen los herbales que tienen hoy un color verde billar.

El coscojal y el bojeral dominan el matorral mediterráneo en las zonas no cultivadas, junto a enebros de la micra, algunas sabinas negras, algunos quejigos, algunos robles. Detrás de cada mata de boj parece que hay un fuego.

En la etapa final de nuestro recorrido, ahogados entre boj y coscojas, crecen pinos laricios de repoblación. Por las faldas de la izquierda pujan más desahogadamente en bancales que retienen las aguas, aseguran el suelo y hacen más fácil el enraizamiento de las plantas.

En la cima del monte Muru encontramos a un pastor vestido con un buzo azul oscuro, seguido de un negruzco perro pastor. Vienen a herbajear un rebaño de ovejas de lana limpia. No es un bausano, ni mucho menos, sino discreto y sagaz.

-Qué limpias están.

-Con el agua se limpian bien.

-Pero este año no hay nieve.

-Mejor que no haya, mejor.

-Y la humedad?

-Mejor que llueva.

-¿Es usted de Imirizaldu?

-No, de Ozcoidi.

-¿Cuántos vecinos hay en Ozcoidi?

-Dos estamos.

-¿Y los sembráos cómo van?

-Iban bien, pero, como no ha habido hielos, un gusanico los va comiendo. Fíjese esas piezas...

La verdad es que algunos sembradíos cerca de Ozcoidi están muy irregulares, amalgados, con las hierbas a corros, como si hubicra lobas y más que lobas.

Ozcoidi hace un siglo tenía 11 vecinos y 46 almas. Pero la regresión demográfica, como veremos otro día, es epidemia de todo el Valle y de los Valles contiguos.

Este hombre, de buena y salubre edad y nariz superlativa, es dueño de rebaños y tierras, y hace unos años vendió a la Diputación toda estas fincas que son hoy plantaciones de pinos laricios.

Juntos miramos los Pirineos nevados; luego voy enumerando los pueblos, a ver si me equivoco y me corrige.

-¿Y aquello que parecen murallas, en Zariquieta?

-Es Jaberrí, que está abandonáo.

-Pero si parecen murallas!

-Son las casas y la iglesia de San Julián, que aún está en pie.

-Y ése de encima de Ozcoidi?

-Larcqui. Es un coto redondo. El que lo cuida vive en Artieda.

Hace un siglo Jaberri llegó a tener 6 vecinos y Larequi 9.

Vamos a enseñarle el mapa para que nos diga cómo hemos de bajar mejor a coger el coche.

—Yo no necesito mapas...

Y nos dice con exactitud el km. 8'300 de la carretera de Rípodas a Elcoaz.

El descenso es fácil por una pista húmeda, mientras nos da un sol decididamente primaveral.

La borda llamada de Aikoa —pero Aikoa es el nombre de todo el término— tienen tres «naves rústicas», está algo inclinada sobre el flanco de la loma, y la verticalite sur del techo es doble que la norte. Pasamos por un bosquecillo de pinos nuevos y ya estamos como quien dice en la carretera.

Seguimos un rato obstinadamente la orilla del arroyo Muru, que la viajero le suena como su segundo apellido, y, tras pasar otro afluente del Salazar, que se llama Satoya, nos metemos por tierras de Lónguida.

DE ARELLANO A MONTEJURRA

Nos habíamos metido por un camino ancho que, por el monte bajo, nos llevó hasta el barranco de San Andrés, y zancajamos hasta el depósito del agua. Allí el camino se perdía y era cosa de inventarse una subida y un atajo, por entre el encinar, el coscojar y el matorral, hasta el Jurra. No pudo ser, y volvimos, cariacontecidos, al pueblo. Así que nos vio nuestro amigo José, nos prometió con todas las veras del alma llevarnos, el sábado siguiente, por el mejor de los caminos, hasta la mismísima cumbre, que él había subido, a pie, desde mocico.

Nunca habíamos pensado subir al monte de la tradición en el motorizado «andariego de los campos» que eso significa en inglés *land rover*, pero este José, que ya no está para trotes, está, ya lo creo, paa muchos favores, y este es uno grande, dado nuestro fracaso anterior.

—Montejurra era de todos, todos íbamos cuando la cruz de mayo a Montejurra.

—¿Con boina o sin boina?

—Ese día todos éramos carlistas.

Montejurra desde Arellano es montaña de anchas espaldas, con un pequeño cabezo, hoy cubierto de un bonetillo de nieblas.



Ya despejará, ya.

Nada de bajar por el barranco, como el otro día. Bajamos casi hasta Dicastillo y por un vetusto camino, ensanchado por una pista nueva, vamos entre ribazos, altillos y altos, donde se espesan charros, ollagas, tomillos, lavandas, euebros, bojcs y algún quejigo que otro. En la vallonada vemos algunas viñas, algún olivar, algún sembradío ya verdoyo. Algunos almendros en flor:

*«Os contemplo infinitamente asombrado, dichosos en vuestra actitud:
en vuestro efimero ornato sois portadores de un sentido eterno».*

les digo como Rainer María Rilke. A ratos hay grandes losas levantadas por donde pasamos.

El monte que Arellano vendió a Dicastillo, a cambio de un camino que ya no se usa, es un monte rico en robles, quejigos, encinas y carrascas.

—Mala suerte, ¿no?

—Qué se va a hacer. Esas cosas se hacían.

Llegamos al raso de Montejurra, amplio tomillar circundado de encinas, carrascas y bojerío. Dejamos allí el «andariego»; a José fumándose un cigarro, y subimos nosotros por una senda curvosa que nos acerca al cabezo, conocido por el célebre Fuerte de San Sebastián.

Fortín natural de roca por el norte y por el este, está defendido con una leve pared de piedra por el oeste y por el sur. Crece en el centro el yerbín y se conserva bien el aljibe de piedra cuadrada. La cara septentrional del fuerte forma el tercer pico crestoso que se ve mirando y viniendo desde Valdega y Estella.

Hoy las nieblas nos cierran el corredor hondo por donde los ojos galopan hasta el Perdón y, después, saltando picachos, hasta los Pirineos.

Detenida en el camino de ascenso está la ermita blanca de San Sebastián, que dio sin duda nombre al Fuerte. Abcrin toma unas rachas de sol en su altozano, en torno al templo templario. Muniain se dispersa en la ladera de Montejurra. La iglesia de Morentin tira

del pueblo hacia arriba. Dicastillo es desde aquí una torre alta y una ermita blanca entre pinos. Allo es un pueblo-camino junto a un iglesi6n. Lerin, un quilla de tierra y yeso dispuesta a embarcarse Ega abajo. El Portillo de San Julián, donde en tiempo hubo una ermita de ese nombre, abre la solana a la vega cercalista de Sesma y a los regadíos de Lodosa y Mendavia.

Las tropas carlistas mandadas por el general Eguía ganaron Montejurra, el 16 de noviembre de 1835; subieron por Muniain y por Irache, para perseguir a los liberales del general Luis Fernández de Córdoba, que abandonaron precipitadamente Estella, a donde habían entrado el día anterior; a duras penas pudieron escapar de Allo, hostigados por los carlistas.

Cuatro años más tarde, al general Diego de León, el de la calle en Madrid, le dio por quemar las mieses del Valle de la Berrueza, de Los Arcos, Allo, Arellano y Dicastillo. A los campesinos, llegó a decir el cabecilla liberal, *«ya no les iban quedando ni ojos para llorar»*. No contento con las mieses, mandó incendiar el pueblo de Arellano.

—Yo tengo oído todo eso a los más viejos del pueblo.

En la segunda guerra carlista, las tropas de don Carlos, recién entrado en España por Dancharinea, se apoderaron de Estella el 24 de agosto de 1873. No pudieron los liberales recuperarla a pesar de muchos intentos. La batalla más dura se dio los días 7, 8 y 9 de noviembre de ese año, resuelto el general Moriones, marqués de Oroquieta, jefe del ejército del Norte, ayudado por los generales Primo de Rivera y Ruiz Dana, a dar el golpe definitivo a los carlistas. Moriones, que tenía su cuartel general en Logroño, mandó avanzar a sus fuerzas —17.000 hombres, 1000 caballos y 28 cañones—, desde Los Arcos hacia Estella en dos columnas; una tenía como objetivo Montejurra y otra Monjardín.

El éxito parcial del primer día le hizo telegrafiar a Madrid que había conquistado el primero de los objetivos. Nada de eso. El día 8, en medio de un temporal de agua y viento, resistieron bien los

carlistas —9.000 hombres, 200 caballos, y 4 cañones—, mandados por don Carlos, que habían abandonado tácticamente Urbiola, Luquin y Barbarin. Los generales Dorregaray y el marqués de Valdespina se atrincheraban en Villamayor; Olo y Mendiri en Montejurra; el general Velasco en Azqueta y la caballería en Aye-gui. Los liberales se replegaron en los tres pueblos. Una granada reventó casi a los pies del caballo de don Carlos cerca de Villamayor, que fue bombardeado por una batería Krupp desde Urbiola.

Moriones mandó retirar sigilosamente toda la línea en la noche del 8 al 9, y a las 10 de la mañana, por el desfiladero de Cogulludo, el ejército republicano liberal llegaba a Los Arcos, tras haber sufrido numerosas bajas.

La célebre batalla de Montejurra, que no rozó Montejurra, había terminado. La gente había abandonado los tres pueblos citados, llevándose todo lo que podían; en Urbiola sólo quedó una anciana. Para que las tropas enemigas no se aprovecharan del vino, recién cosechado, los carlistas soltaron las canillas de las cubas. Tenía razón Moriones cuando en el oficio enviado al ministro de la guerra, el día 3 de octubre, escribía: *«Por último, debo repetir a V. E. que, más que los carlistas en armas, el país es quien nos hace la guerra: véterero pues a V. E. que me faculte para hacerles sentir todas las consecuencias de la guerra a que nos han provocado».*

Sacamos muchas fotos desde el Fuerte, a los cuatro costados de este paisaje que el viajero tiene ya muchas veces descrito. Paisaje hoy semiborrado por las nieblas y las nubes bajas. Luego vamos a buscar alguna bala de recuerdo, pero, por más que levantamos piedras, escarbamos entre los matojos y entre los troncos de las carrascas, no encontramos nada.

La verdadera batalla de Montejurra se dio los días 17 y 18 de febrero de 1876. Las fuerzas de los brigadieres Moreno Villar y Cortijo, en una acción envolvente desde Arellano y Barbarin, conquistaron la cima, donde resistían unos 1.600 hombres, cuatro piezas de artillería de montaña y un escuadrón de caballería. El brigadier Calderón fue retirándose por escalones. Muchos soldados —navarros y alaveses— huían y se despeñaban monte abajo. Calde-

rón, herido y abandonado, rindió el Fuerte de San Sebastián, el baluarte de Estella, y se entregó al general Primo de Rivera, quien lo dejó prisionero bajo palabra y le felicitó por su heroico comportamiento.

Pocas horas más tarde caía Monjardín y al día siguiente Primo de Rivera entraba en Estella.

La niebla fría, que está echándose sobre nosotros, no sólo la de estos tristes recuerdos, nos deja casi arrecidos.

Cuando bajamos al raso, hace rato que nuestro amigo José ya está dentro del coche.

Desde el *Land rover*, que da sus buenos tumbos de vez en cuando, acordes con los tumbos del terreno, vemos la remozada ermita-basílica de Leorin. Es el único resto del poblado antiguo, donde tuvieron bienes los monasterios de Irache, Iruzu y Roncesvalles. A principios del XV ya estaba despoblado por la peste.

La basílica, en el fondo del valle, pertenece a los pueblos de Morentin y Dicastillo, tiene un bello ábside románico y brilla en sus piedras limpias una luz antigua y misteriosa.

Y en estas y otras ya estamos en Arellano.

REQUIEM EN LA CATEDRAL

Chispea cuando llego a la calle Mercaderes. Comienza el bullaje habitual de los sábados a estas horas. Muchos coches junto a la catedral.

La plaza de San José está desolada bajo la llovizna que se espesa, cuando la primavera apenas si asoma sus orejas verdes sobre los medrosos castaños.

El Carmelo cerrado a cal y canto hacia afuera vive los últimos días penitenciales hacia adentro.

Entramos por la puerta conopial de San José, sobre la que Cristo corona a la Virgen. Buen augurio.

La catedral está oscura en la parte del coro e iluminada junto a la entrada principal, donde han puesto el estrado para los músicos, con un bordillo de flores.

El *Requiem* de Verdi es toda una *Messa de Requiem*, pero la parte principal se la lleva la secuencia de la misa.

Dies Irae, tormentoso y aullador. Llega el día del juicio, que reduce el mundo a pavesas. La trompeta ha reunido a los mortales.

Hasta la muerte y la naturaleza toda se empavorecen al ver resucitar a las criaturas para dar cuenta de sus vidas al juez soberano. Vuelve una y otra vez el griterío, aterrado y preso por la angustia, que nos ensordece y nos perturba.

El profeta Sofonías dio la inspiración al anónimo autor, cuyo texto, escrito probablemente en el siglo XIII, fue introducido en las misas de difuntos un siglo más tarde.

La célebre secuencia se ha atribuido durante mucho tiempo al lego franciscano Fra Jacopone da Todi. Jacobo de Benedetti, notario de Bolonia, nacido en 1236, perdió a su esposa durante una fiesta mundana al hundirse el tablado en que estaban. Al extraer el cuerpo muerto de entre los escombros, encontraron en él un áspero cilicio, lo que impresionó tanto a Jacobo, que renunció a los placeres mundanos para llevar una vida de penitente, vagabunda, selvática componiendo y cantando baladas populares sobre la vanidad del mundo. Entró años después, como lego, en la Orden de San Francisco y pronto se alistó entre los «*espirituales*», seguidores de Angelo Clareno y Ubertino de Casale, arremetiendo contra la curia papal, contra el papa Bonifacio VIII —que lo encerró en el calabozo—, contra las riquezas y contra la ciencia mundana. Autor de bellísimos poemas religiosos, se llamó a sí mismo «*loco de Cristo*» y «*juglar de Dios*».

Se abre el libro de las cuentas vitales de toda la humanidad, donde nada falta, donde nadie puede acogerse al favor de algún patrono.

Pero, tras esta primera parte del terror y de la angustia, el autor medieval coloca el perdón y la misericordia.

El «*rey de tremenda majestad*» es el mismo Jesús piadoso, «*fuentes de misericordia*», al que se acoge ahora el reo convicto y confeso. El crucificado, el mismo que perdonó a la mujer pecadora y al buen ladrón, es el mismo que ahora hace de «*justo juez vengador*». El que salva graciosamente a los salvados salvará también al autor de la letrilla de las fauces del león, de la vorágine oscura y del insondable Tártaro. El texto latino y castellano del programa de mano tiene muchos errores, como ya es habitual en estos casos, y parece que la cosa no tiene remedio.

La muerte ha sido siempre un riquísimo motivo de inspiración artística. La Edad Media, durante la cual era un cotidiano y prematuro acontecimiento trágico, acentuó los rasgos dramáticos de la muerte y coloreó con el mismo tinte negrozco la doctrina cristiana de los «novísimos».

Las misas de difuntos, con el *Dies irae* ya incluido, fueron motivo frecuente, a partir del siglo XVI, de composiciones musicales meramente vocales, debidas a maestros de la altura de Morales, Guerrero, Lasso, Victoria o Palestina.

Cuando a mediados del siglo XVII el estilo moderno penetra la música sacra, el *Requiem* se asemeja a la cantata fúnebre y al oratorio. Es la hora de las grandes partituras de músicos como Cavalli, Bassani, Lotti, Caldara, Lully, Gilles y Campra. Del XVIII proceden los famosos de Hasse, Haydn, Mozart, Salieri o Gossec. En el XIX los autores introducen el sentimiento dramático de la muerte y de la vida eterna, propios del romanticismo y provenientes del Medievo, y que ya están patentes en el celeberrimo *Requiem* de Mozart. Basta recordar las obras, algunas interpretadas en esta misma catedral, de Cherubini, Berlioz, Schumann, Liszt, Dvorak, Saint-Saëns, Fauré, Bruckner o Gounod.

Verdi es autor ya maduro cuando compone esta Misa en memoria de su amigo Alejandro Manzini, muerto el 22 de mayo de 1873. Al músico italiano le «falta coraje» para asistir a los funerales y compone la obra en memoria del escritor que admiraba y de la persona que veneraba, «modelo de virtud y patriotismo».

El autor aprovecha aquí una larga herencia musical que va desde los viejos temas gregorianos a la épica del melodrama lírico, pasando por los oratorios barrocos bachianos, consiguiendo una transparente belleza lírico-épica, polifónica y orquestal, que responde a las exigencias de las palabras, creencias y emociones del texto y de la tradición que tiene delante.

Verdi publicó en 1898, poco antes de morir, los *Quattro pezzi sacri*, entre los que se encontraba un *Stabat Mater* y un *Te Deum*, lo último que escribió.

Hay mucha gente en la catedral, tanta, que encontrar sitio, siquiera un trozo de banco frío de piedra en alguna parte del lejanísimo coro, es poco menos que imposible, incluso antes del inicio del concierto.

Tengo enfrente de mí el Cristo Crucificado de Juan Bazzardo, artista riojano-navarro a caballo entre el XVI y el XVII. Bella talla realista y al mismo tiempo majestuosa. La leyenda supone que cuando el mechón de pelo sanguinolento llegue a tocar el pecho, llegará al fin del mundo, el fin del mundo que describe el *Requiem* de Verdi y todos los *Requiem* del género.

No me gusta el *Requiem* de Verdi. No me gustan los *Requiem* de los músicos célebres. No me gustan tal vez porque no me gusta el texto medieval que, principalmente, interpretan. No me gustan como músicas de la Semana Santa.

¿Qué tiene que ver todo eso con la muerte y la resurrección de Jesús llamado el Cristo?

* * *

La llovizna continúa cayendo a tientos sobre los medrosos castaños de la plaza de San José.

MONASTERIO DE IRACHE

Penúltima mañana de abril. Flequillos de nieblas sobre el cabezón de Echauri. La reciente nieve caída perfila las crestas de la sierra de Satrústegui, sierra cuchillera, donde se afila el recencio. Los campos, tras las pertinaces lluvias y nieve-lluvias de estas últimas semanas, están rehogadas de verde y las paredes cortadas de las nuevas carreteras se han puesto ya del mismo color.

Cuando llegamos a Ayegui, está la mañana despacible y rara. Se oyen en derredor campanas piadosas y madrugadoras, sencillas como cristianas viejas.

Tras un breve reposorio por el camino que bordea las cansadas tapias de la antigua huerta conventual, nos llegamos a las puertas de la iglesia.

«*Oscuros y confusos*» dicen mis amigos los sabios —y también Carmelo, recogiendo, humilde y sapiente, esa sabiduría— que son los orígenes de este monasterio benedictino de toda la vida. ¿Hubo aquí un refugio monacal cuando los moros subían con sus alazanes por las riberas del Ebro y del Arga? ¿Lo fundó el rey Sancho Garcés I, nuestro señor, el de Monjardín? Lo cierto es que ya el año 958 aparece documentado un abad, de carne y hueso, de raíz goda, llamado Teudano.

A mediados del siglo XI García Sanchez III fundó aquí un hospital para peregrinos jacobcos, primicia de lo que luego fue la ciudad de Estella. A fines de la centuria, en tiempos de San Veremundo, santo literal y legendario, hoy todavía itinerante, Irache reunía en torno a sí hasta 31 monasterios —el de Yarte entre otros—, monasteriolos e iglesias. Desde entonces fue creciendo económica y socialmente gracias a donaciones regias y privadas, intercambios, entregas a censo, arrendamientos, diezmos, y el buen hacer de abades y monjes.

En cuanto Carmelo oye mencionar a San Veremundo, se le enciende la color, suspira sin disimulos y, fiel a su íntimo y arraigado juramento, asegura que no tardará mucho tiempo sin que los restos del santo abad vuelvan pronto a su sitio.

—Es su sitio y hasta.

La acumulación de bienes, como en Cluny, como en casi toda la Cristiandad, trajo la relajación y la codicia, el desorden y hasta las guerras fratricidas entre monjes. Los reformadores cistercienses surgieron para acabar con su plaga; a eso se añadirá más tarde la peste de los abades comendatarios, impuestos por Roma, que ni eran benedictinos ni residían aquí. Las banderías políticas navarras dividieron también a los monjes.

El cuerpo más alto de la torre, el de las campanas, rematado por una balaustrada con bolas y linterna, se parece mucho a las torres grandes de El Escorial y se terminó en 1609.

Entramos por la severa portada principal, del siglo XIII, protegida por un pórtico del tiempo, sobre el que se eleva un coronamiento barroco con hornacinas superpuestas que abrigan una Inmaculada y un San Veremundo.

Carmelo se gloria, y con razón, de haber recuperado algunas reliquias del santo que se habían llevado los Escolapios a Pamplona. Todo lo contrario del perdigón, es resuelto y tenaz, y así consigue estos milagruelos que continúan la tradición veremundiana.

La Reforma católica llegó también hasta aquí de manos de la Congregación benedictina de Valladolid entre 1522 y 1535, y pocos años después se organizó un colegio de teología que había de dar paso, más tarde, a la universidad de Irache.

Levantado a mediados del siglo XII sobre otra anterior, el templo actual, mayoritariamente de estilo cisterciense fuera de la cabecera y el crucero, es grandioso, armónico y compacto; una cátedra de geometría. Aman su nave central recios racimos de columnas, bajo poderosas bóvedas de crucería y una media naranja sobre trompas avencradas en el crucero. Todo está unido por una luz ojival que se derrama desde los óculos, ventanales, rosetones y celosías.

Bajo esta luz venerable y fecunda los vegetales capiteles cistercienses florecen y fructecen de pencas, piñas, volutas, bolas, entrelazos y atauriques, mientras los románicos de la parte más antigua cobijan arpías, centauros, jinetes, pájaros, sirenas y animales. Desde los cuatro ángulos del cimborrio, alzados sobre unas columnas, vestidos de largas túnicas románicas, nos sobresaltan los cuatro evangelistas simbólicos, con sus cabezas de ángel, toro, águila y león.

Sigue diciéndonos Carmelo las cuitas del monasterio abandonado, en un inacabable proseo, en el que este alcaide del santuario —él se llama lisamente *aguarda*— se hace a veces lírico prosero en honor de San Veremundo y de Santa María la Real de Irache. El no va a parar hasta que la bellísima imagen, que el viajero contempló en Dicastillo, vuelva a iluminar con su majestad maternal y celeste los óculos, los arquillos ciegos, las ventanas abocinadas del ábside y, desde allí, las tres naves del templo, que para su primer devoto, si no está la Señora y capitana de la flotilla monacal, son naves a la deriva.

Pasar por el arco de triunfo de la puerta Especiosa, bajo la hornacina de la Asunción de la Virgen, viniendo de la iglesia, es pasar de los siglos XII y XIII al renacentista siglo XVI, en su mayor esplendor navarro.

Fueron los mejores tiempos del monasterio. Entre los años 1540 y 1589, arquitectos, canteros, maestros, ensambladores, entalladores, albañiles y peones navarros, guipuzcoanos y riojanos,

levantaron las cuatro crujiás del claustro y las cuatro del sobreclaustro, que van del plateresco al manierismo pasando por el romanismo, en un delirio arquitectónico de arcos, columnas, capiteles, ménsulas, claves, medallones..., donde se resume la historia bíblica, la mitológica y la benedictina, y donde se encuentran, guardando las debidas distancias, monjes y mujeres desnudas, aves mitradas y carneros, niños y leones alados, centauros y abades, mártires y caballos marinos, frailes y atlantes, águilas y arqueros, penitentes y centauros, ángeles y frutas, apóstoles y sabinas, dioses griegos y querubines, Virgenes y pelicanos..., todo un bestiario, plantario y humanario universal, compuesto en el siglo de los grandes descubrimientos y de los espectaculares avances del humanismo.

Cuatro pinsapos, pinos sabinos del género de los abetos, altos y gruesos, abaciales, de hojas cortas y punzantes, suplen con sus monumentales figuras la presencia de los benedictinos de carne y hueso en el jardín. Una fuente de piedra, con peces rojos, imita el inexistente murmurio monacal.

—Mejor no ver la sala capitular y el refectorio, que están hechos una pena.

El colegio teológico se convirtió en la universidad de Irache, a donde se trasladó luego la universidad de Sahagún. Confirmada por el papa Paulo V en 1615 y por el rey Felipe IV cincuenta años después, en sus buenos tiempos se otorgaron más de cien grados anuales en filosofía, teología, derecho civil y canónico, y hasta en medicina, donde se arreglaban a falta de catedráticos, con los médicos de Estella. Aguantó esta singular universidad, ya muy decaída en facultades y alumnos, hasta comienzos del siglo XIX.

Para albergar los estudios universitarios se construyó, a comienzos del siglo XVII, delante del monasterio, un enorme edificio centrado por un patio rectangular de ladrillo, con tres cuerpos, en cuyo jardín se alzan, mustios, siete cipreses y una palmera, y se pasea, conventual y lánguido, un gato gris.

El monasterio de Irache sufrió, en sus viejas carnes las peripecias políticas del siglo XIX. De 1809 a 1813 sirvió de hospital a los franceses. Como de costumbre, nuestros vecinos, bien armados entonces, no dejaron una estatua en las peanas de la iglesia y del

claustro renacentista. Entre 1836 y 1839 lo salvaron los carlistas, pero cuando terminó la primera guerra civil, la disolución, junto con la desamortización aneja, fue, esta vez, definitiva. Un antiguo lego, Manuel García, ordenado después sacerdote, y nombrado párroco de Ayegui, consiguió mantener los edificios en pie. Hospital carlista de 1872 a 1876, los Padres Escolapios lo compraron y habitaron en 1885. Dos años más tarde fue declarado el conjunto «monumento nacional».

En las solitarias crujías que rodean el patio universitario vemos una desvencijada carroza, que pudo ser del Marqués de San Adrián; dos hermosos arcones; un llar con caldera y un troquel de moneda, donde, al decir de nuestro cicerone, se acuñaron las últimas monedas de la Navarra soberana. Traídos hasta aquí desde Pamplona con toda buena voluntad, estos preciados trastos no llegan a llenar el vacío y la soledad que aquí nos abruma.

Por la escalera monumental subimos a los pisos superiores donde a la soledad se añade el costroso frío de los años que han pasado desde que el caserón dejó de ser seminario escolapio y desde que los últimos padres —1984— dejaron de habitar en él. *¿Ubi sunt?*

Salas de retretes y duchas, interminables pasillos con camarillas parcañas, lavabos y chasis de camas simples. Por las ventanas miramos los cipreses y la palmera a un lado, y, al otro, el faldero encinar de Montejurra, las alcachofas y los frutales floridos de la bien cuidada huerta monástica, y los herbales ya crecidos que presagian un año de guilla.

*Ecce florescunt arbores,
lascive canunt volueres...*

En el sobreclaustro manierista se alinean, oclusas, las sencillas celdas de los padres escolapios, hasta llegar a la otrora alegre sala de profesores, abierta en galería sobre el campo, y a la estancia de la que fue biblioteca frailuna, noble y poderosa en saberes, ahora casi mágica en su desnudo silencio.

*Florebat olim studium,
nunc vertitur in tedium...*

Más que tedio, tristeza.

¿Quién o qué puede dar vida ahora a estos desolados espacios?
¿Un hotel, una residencia para ancianos? No parece probable que pueda volver a habitarlo una orden religiosa, que van hoy hacia metas muy diferentes de las que perseguían hace un siglo.

Nuestro guía nos dice que hace poco estuvieron viendo esta paramera unos frailes franceses, barbudos, con hábitos blancos y marrones

-¿Hablaban francés?

-No, hablaban español.

Volvemos sobre nuestros pasos y nos asomamos al balcón principal del segundo piso de la fachada, inmensa y herreriana, bajo un ostentoso y abigarrado escudo de la monarquía española, y entre otros dos que llevan corona abierta sobre cabeza de querubín; el de la izquierda guarda en uno de sus cuarteles las cadenas de Navarra. Debajo de nosotros corren cuatro pequeños escudos barrocos, los dos centrales con cruz de Calatrava, y los otros dos con cruz patada y griega, respectivamente.

Desde el balcón, como abades desasidos de todo poder terrenal, vemos sonrosarse la carne cristalina de la mañana, bajo el entramo de unas nubes vaporosas y mate, entre Monjardín y Montejurra. Guardado por árboles linajudos, que cuentan los años de la desamortización, se afirma en piedra el palacete de los Larraínzar, cuyos antepasados compraron las fincas subastadas del monasterio; hoy sigue siendo la casa más fuerte de Ayegui. En su fachada clavaron un escudo del siglo XVII, con la cruz de Calatrava y árbol con animal rampante, que ni pintado. Sólo una de las casitas de colonos que rodean la casona de los dueños está habitada. Los tractores son los responsables del vaciamiento.

En el discreto monolito que recuerda al bueno de Aniano Jiménez, víctima «de los hechos de Montejurra», en 1976, unos bárbaros han pintado con letras negras: «Por rojos». Son los mismos que, si pudieran, repetirían el estrago de entonces.

Penúltima mañana de abril de 1991.

LA CANCIÓN DEL VINO

*«Poculis accenditur
animi lucerna,
cor imbutum nectare
volat ad supernas»*

(«Archipoeta», Carmina Burana)

El vino viene viniendo
desde la cepa a la boca
y con su cabeza loca
va su canción repitiendo.
Y la canción va diciendo
a los que quieren oír
que ha encontrado el elixir
sólo quien llega a saber
que sólo sabe beber
quien bebe para vivir.

PREGON DE «EL VOLATIN»

Tudelanas y tudelanos, que acabáis de haceros vivos y vivos:

Me cabe el honor de anunciaros que también en este sábado santo de 1990 el Volatín será volcado, volcado, voltejado, volteretado, volqueteado, a culo pajarero, a la vez que chamuscado, y su vestido volatilizado, cuando se nos echen las campanadas de las diez.

Sólo Tudela, y no es candongueo, ha conservado viva y popular hasta hoy mismo la secular tradición del suicidio de Judas Iscariote, que hasta hace poco se celebró en Estella, Tafalla, Cascañe, Artajona, Espronceda, San Martín de Unx... y en otros muchos pueblos de Navarra.

Nuestros antepasados quisieron castigar en el moñaco o estafermo «zarandiau» la falsedad, la traición y la cobardía del apóstol, al tiempo que comenzaban a celebrar la Resurrección del Señor. Los capiteles de la cruzía este del claustro de vuestra estupenda catedral nos lo enseñaron ya hace ocho siglos con sus lentas voces de piedra.

Tras el paso, ayer, por las calles de Tudela, de la Pasión, con su arrastre de dolor, de sangre y de muerte —muerte calaña—, llega ahora la victoria de la vida. Tras el terror, el júbilo.

Vuestra procesión de Viernes Santo es como la describió el tudelanísimo José M.^o Iribarren, «*negra y amarilla como dalmática de funeral*». Pero la fiesta del Sábado es regocijada y relucida como mañana de triunfo. Como primavera con sol tras una noche de lluvia.

Hora es pues, tudelanas y tudelanos, de romper, de quemar, de sacudir, todo lo viejo, todo lo feo, todo lo malo.

Además, este año de gracia, que va de Pascuas a Pascuas, nos ha deparado algunas de las sorpresas, de las buenas noticias, de las ocasiones más gozosas que vieron los siglos: en el Este y en el Oeste han caído más dictaduras que en cualquier otro período de tiempo. Han cesado guerras crueles. Se han puesto en pie pueblos enteros, liberándose de las mancuernas de los tiranos. Y, como resumen y signo de todo eso, ha sido demolido, arrancado, hecho migas, el muro que dividía Berlín y Europa por la mitad.

No vamos a quedarnos nosotros con las manos en los bolsillos. No podemos ser camanduleros, ni gandules ni pendejos. Queremos participar, a nuestra manera, en su desmantelamiento total, como viejos europeos que somos, mientras nuevas y morrocotudas empresas nos ceñan en el horizonte.

Cuando cante el reloj, que no dejó, una noche, pegar ojos al escritor Antonio Díaz Cañabate, comenzará el frenético dance del Volatín y el zuriburdi popular. Mañana, Domingo de Resurrección, el Ángel que la anuncia, en esta misma Plaza Nueva, borrará con su candor celeste todo rastro del Volatín.

Como otros años, y ojalá que por muchos, el Pueblo de Tudela, protagonista de la fiesta, va a pasar a la acción:

*Arremetad de verdad
al «Judas» del Volatín,
símbolo de falsedad.
Derribemos sin piedad
todo muro de Berlín.*

*Clavores de libertad
avanzan en el confín
de una nueva humanidad.
Demos, pues, en paz y en haz,
vueltaire al Volatín.*

TIERRAS DE TEMPLARIOS Y SANJUANISTAS

Se acampana el sol sobre el Valle de la Solana, orientado hacia el Este y el Mediodía, resguardado de los flujos del aire que traen el mal tiempo. Extendido por el piedemonte del Montejurra, La Solana se reparte entre anchos campos de cereal, de colza y esparragueras; islotes de frondosas mediterráneas y submediterráneas (quejigos, encinas y robles), y estrechos bancales de olivos, almendros y viñas, que ya cultivaron los pobladores de la Edad de Bronce y del Imperio Romano.

Aberin se apiña en la falda sur de una pequeña colina, donde señorea la iglesia medieval. Desde ese mirador vemos cómo el sol cae sin contemplaciones sobre Sta. Bárbara, el Alto de Los Canteros, Lerín, Larraga, el Cerco de Artajona, y sobre los nuevos viñedos de Arínzano.

La villa fue donada por el rey Sancho el Sabio a la Orden del Temple en 1177.

Lejos de la frontera con los musulmanes, los templarios de Aberin, como los de otras partes de Navarra, se dedicaron al cultivo del campo, la protección de peregrinos y otros menesteres no bélicos.

En el atrio hay una acacia, unas caléndulas y unas bocas de dragón.

La iglesia, del último cuarto del siglo XII, luce una portada románica con cinco arquivoltas lisas que descansan en columnillas



de variados capiteles, y un ábside con tres ventanas abocinadas, cubiertas de alabastos, entre columnillas de capiteles vegetales e historiados: guerreros, arpías, palmetas, dragones, piñas... Nos la enseñan dos hermanos solteros y labradores, sobrinos de un jesuita filósofo, que viven en el antiguo castillo-palacio de templarios y sanjuanistas, anejo al templo.

El interior, decorado el siglo pasado, está muy decaído.

—Nosotros solos no podemos repintarla.

Las basas y los capiteles de las medias columnas a los muros, con pencas, piñas y bolas, están pintarajeadas de negro. Bonita pila bautismal románica.

Lo que queda del castillo-palacio es un largo recinto rectangular con dos torreones cilíndricos en los extremos occidentales, en el que se acomoda una casa fuerte de labranza. Dos arcos apuntados resisten en el muro norte y en el oriental. Una puerta metálica.

Recorremos lo que hoy es un almacén y garaje entre arcadas y columnas de la antigua residencia de aquellos monjes soldados. Un calendario de pared con una mujer desnuda exorciza, a su manera, la histórica seriedad del ambiente. Fuera y dentro del recinto se encontraron tumbas de aquellos tiempos. En este cementerio las cabeceras daban hacia Oriente y los cadáveres se enterraban boca abajo.

—Eran cosas de los templarios.

Fueron los templarios navarros, de los que estamos mal informados, los primeros que padecieron en España la prisión y el embargo de sus bienes. El rey francés Felipe el Hermoso, el mayor enemigo del Temple, estaba casado con doña Juana I de Navarra, padres ambos de Luis el Hutín, coronado en Pamplona en 1307.

Felipe, que era un volata, pidió al papa Clemente V que suprimiera la orden, pero, adelantándose cinco años al Concilio de Vienne, que la abolió el 22 de marzo de 1312, se apoderó, la mañana del 13 de octubre de 1307, de las personas y de los bienes de los 200 caballeros y escuderos franceses de la Orden del Temple. En Navarra corrieron la misma suerte a manos de los lugartenientes de Luis el Hutín, que se volvió a su país tras su coronación en la capital navarra.

La culpabilidad de los templarios, acusados de múltiples delitos, nunca llegó a probarse. Fueron motivos políticos los que obligaron al papa a deshacerse de ellos con medidas administrativas pero sin que llegara a condenarlos. En España, después de llevarlos de ceca en meca y de zoca en colodra, reyes y concilios los declararon inocentes. Sólo en 1331 el papa Juan XXII permitió a los templarios el ingreso en otras Órdenes.

En la parte exterior del ábside falta un contrafuerte exterior. Debieron de arrancarlo durante las guerras carlistas los voluntarios estacionados aquí, para improvisar un pequeño frontón, según nos cuentan los dueños vecinos. Lo cierto es que en las venerables piedras de los muros se pueden ver numerosos impactos de balas.

Estos pueblos y campos fueron castigados durante los últimos meses de la primera guerra civil. Al final de la segunda, el general en jefe Primo de Rivera hizo que las brigadas de Cortijo y Molinas se concentraran en Lerín el 17 de febrero de 1876 para envolver en su avance a Dicastillo, Muniain, Aberin y Morentin, lo que se llevó a cabo a las 4 de la tarde del día siguiente. Apenas tuvo que emplearse la artillería. La mañana del 18 el general Jasan, que se encontraba en el fuerte de Sta. Bárbara de Otciza, pasó el Ega. El día 19 se rindió el fuerte de San Sebastián de Montejurra, y a las pocas horas Estella. En Aberin acabó su vida como depositario del Ayuntamiento don Emeterio Iturmendi (1812-1883), natural de Morentin, teniente coronel carlista en la primera guerra, y general en 1874.

Sobre el pórtico barroco se construyeron las viejas escuelas en 1869, incendiadas en los años cincuenta, hoy vacías y mal mantenidas. Si desapareciera todo este mamotreto, así como la sacristía, el recinto medieval quedaría limpio y genuino.

Vamos a ver la «*mereta*» del castillo, distante a un tiro largo de piedra, por una calzada, apenas ya visible, que lleva a la fuente vieja. Muniain es desde aquí un triángulo blanco y arriscado, de donde arranca el camino hacia la ermita de San Sebastián, entre quejigos reverdecidos. Pasamos junto a un campillo de fútbol, con graderíos hechos de troncos y tablas.

Bajamos luego hacia el caserío, donde las casas nuevas y hasta novísimas van desterrando a las antiguas. En la pequeña plaza de

los Fueros hay un corro de mujeres, maduras y jóvenes, y entre las que se sienta la veterana del pueblo.

-¿No falta aquí una baraja?

-Barajamos con la lengua.

Aberin es un pueblo de olmos muertos, a los que sustituyen aliantos, rosales, adelfas, malvaviscos, alhelies...

Tiene tres calles: Mayor, Centro, y la de San Juan, patrono del pueblo y titular de la Orden militar que reemplazó a la del Temple.

Una casa del siglo XVI con dos escudos de diferentes épocas recuerda la importancia histórica del lugar.

Casa Ripa, la más «fuerte», se yergue solemne al final de la calle Mayor sobre sillares y sillarcejos bien enlucidos, con sus dos cuerpos y ático, su blasón neoclásico y un adjunto portalón adintelado con escudo.

Mientras contemplamos una de las casonas se nos acerca un mozo socarrón y barbidescuidado, y nos salta:

-A ver, ¿cuánto valdrá todo esto?

-Esto no tiene precio.

-Pues ya lo pueden llevar.

-Pesa mucho, ¿no?

Repica el sol en el solejar y solejamos nosotros mientras cogemos el puntíao para Arínzano (no confundirlo con Avínzano, como hacen algunos libros muy serios).

Por caminos polvorientos, entre viñas altas en liño, recién plantadas, y campos de trigo y cebada, damos unas vueltas y llegamos a las frondosas riberas del río Ega que pasa silencioso y ensimismado bajo un espeso monte encinar.

Ya en 1055 era el lugar de don Sancho Fortuñones.

En 1520 tenía como señor a don Lope de Eulate, consejero del rey don Juan de Labrit. A principio del XVIII era propiedad del

mayorazgo de Bidaurreta, en la persona de doña M.^a Teresa González de Bidaurreta, mujer del marqués de Zabalegui. Tres casas tenía en el siglo pasado, cuatro vecinos y veinte almas.

Como la tarde es buena, las pocas almas que aún quedan están disfrutando del primer sol de mayo, y hay un ambientillo de fiesta en este perdido rincón delicioso, casi de Wateau, con un palacio, una iglesia, un río, unas casas, pinos, malvas, altas hierbas. Están también los hijos de los últimos dueños que se han reservado una villa campestre a unos ciento de metros del lugarejo.

-Hola, ¿qué tal?

-Bien y ¿ustedes?

El empresario navarro Julián Chivite compró hace tres años 250 Ha. de tierra (de las 500 que un día hubo), almacenes, el encinar de 450 años, etc., para hacer un «chateau» francés con bodegas propias, lo que atraerá unas cuantas familias de viticultores. La antigua central eléctrica Guibert es un armatoste que desdice del conjunto.

El palacio, cabo de armería del siglo XVI, está inmerso en una tupida y descarada vegetación. Sobre la clave de la puerta de entrada campea un pequeño escudo con lobo y árbol arrancado. La torre, del mismo siglo, de planta rectangular está coronada por almenas reformadas, sobre las que se colocaron, en el siglo XVIII, dos figuras marciales de piedra, con espadas y trompeta de hierro, traídas de la casa consistorial de Pamplona. Ha sido hasta hace poco vivienda y ahora está cerrado.

La iglesia o capilla, adornada con el mismo escudo, está aislada, como fue costumbre de señoríos y palacios. Fue construida a comienzos del XIX, con una sola nave, alta fachada de buena sillería, con frontón recto por remate, sobre el que vigilan otras tres guerreros municipales pamploneses.

Muy descuidada, casi abandonada por dentro, guarda algunos lienzos del siglo XVII, el retablo central de San Martín de Tours, y la talla renacentista de la Virgen entronizada con el Niño, de caras finas y serenas. Faltan muchas buenas cosas de las que hablan los libros. La sacristía es ya un trastero mientras se pudren los reclinatorios de terciopelo y los almohadones de tela carmesí.

Sobre la pared de la sacristía, la Bendición de Pío X -23 de agosto de 1912-, a la marquesa Viuda de Feria, Doña Angeles Fernández de Estéfani, y otra de Pío XI, del 25 de junio de 1928.

-A ver si con el nuevo dueño vuelve esto a su ser.

-A ver.

A la vuelta hacia Muniain, Amadco nos lleva a ver uno de sus corrales, donde, al caer de la tarde, las crias de las ovejas les esperan para mamar. Es cosa de ver y oír a caloyos y recentales tozar y balar reciamente para alcanzar las ubres de las madres, y a éstas rechazar resueltas a los corderuelos extraños!

Muniain, capital del municipio de Aberin, es lugar bien conocido por el viajero, que lo recorre una vez más, subiéndolo y bajándolo, -calles Rochapca, Castillo, la Fuente... y lo encuentra muy renovado; se topa con viejos amigos; saluda a un corro de gente que parlotea junto a la ermita medieval de San Ramón Nonato, en el pináculo del pueblo, pasea entre huertas floridas, saluda a un hombre que lleva un ramo de rosas, y repecha luego al cerro de San Pedro, donde hubo una ermita y hoy huelen los tomillos trayéndonos de lejos el recuerdo de un probable poblado de la Edad de Bronce.

Entre las casas pequeñas y bien arregladas de la calle mayor, en Barrionuevo, llega a la maciza iglesia de la Asunción, que está ya cerrada, y que preside, dentro, la talla romanista de la Virgen Asunta, grave más que aérea, sostenida por unos ángeles selectos. Admira también el cercano y vacío palacio barroco, portada entre pilastras y ostentoso escudo entre niños tenantes, y la frontera casona de los ancestros de su amigo, de bella estampa, muchos vanos y escudo del XVIII, que espera su restauración.

Como la cena está segura y la tarde aún propicia, nos bajamos hacia Echávarri, nombre muy unido con Aberin, por haber sido encomienda de la Orden del Hospital o de San Juan de Jerusalén, que, por bula pontificia, en 1313, heredó los bienes de sus predecesores, los templarios.

Es fácil distinguir la parte antigua del edificio, junto a una casa reciente, antes venta, un poco ostentosa para su tiempo. Llamamos,

y vemos una irrita anciana vichando tras los visillos de la galería. Amadeo pregunta por el dueño:

—Ha ido a Estella.

—Bueno, pues dale recuerdos. Vamos a echar un vistazo.

La encomienda sanjuanista de Echávarri fue una encomienda reducida pero rica. Tuvo posesiones en Zufia, Metauten, Arteaga, Ollobarren, Ollogoyen, Eulz, Arizala, Arizaleta, Murugarren, Zurucuaín y Grocin. Los hospitalarios se dedicaron aquí a la gestión sus cuantiosos bienes, y al cuidado de viandantes y peregrinos. Uno de los primeros priores de Navarra fue García Sanz de Echávarri, entre 1185 y 1196.

En las alas derecha e izquierda se conservan arcos dobles de medio punto y sobre ellos unos canes lisos decorados con bolas y taqueado.

Damos la vuelta y nos acercamos a la parte alta entre almacenes para trastos, y estancias vacías, la casa de arriba y la casa de abajo. En el patio interior ladran dos perros lobos que intentan remontar la tapia que los enjaula. Un arco románico apuntado, con arquivolta exterior, nos abre paso hasta una dependencia de planta rectangular con un hueco en el muro norte, que debió de ser altar. Aquí estaba sin duda la iglesia primitiva. Subo por una escalerilla que antes debía de llevar a un pajar y veo, con cierta preocupación, cómo se ha hundido ya el tejado y se va hundiendo el resto del edificio.

Junto a la venta de Echávarri, el 21 de octubre de 1835, el teniente general don Nazario de Eguía y Sácz de Buruaga, conde de Casa Eguía, general en jefe del ejército carlista, venció al general cristino don Luis Fernández de Córdoba.



Quando en los altos riscos del Montejurra quedan vencidas las últimas luces del día, volvemos a Muniain, y con un condomio rural, que empieza con espárragos de abril, terminamos felizmente la correría.

ENTRE EL CANAL DE TAUSTE Y EL IMPERIAL

El último sol de abril, ya monzancón y tirado p'alante, calicita los espárragos que van agrictando la tierra en los canteros o cerros, como los llaman aquí.

Dudamos si subír o no al pueblo a comprar espárragos frescos.

—Ahí mismo tñcen la Cooperativa.

—Igual les vende «el Barillero», ahí abajo.

«El Barillero», que tiene el huerto junto al Canal de Tauste y junto a la Cañada, está cogiendo espárragos con la azada y el cuchillo, dale que le das. Le acompaña un señor mayor, que vive cerca, con una bolsa en la mano.

—Yo también vengo a comprarle, pero igual hay pa todos.

No es cosa de hacer mucho ruido cuando la gente trabaja, y nos ponemos igualmente a mirar los canteros

—Aquí sale una punta.

—Aquí también hay tierra removida.

—Vamos a ver.

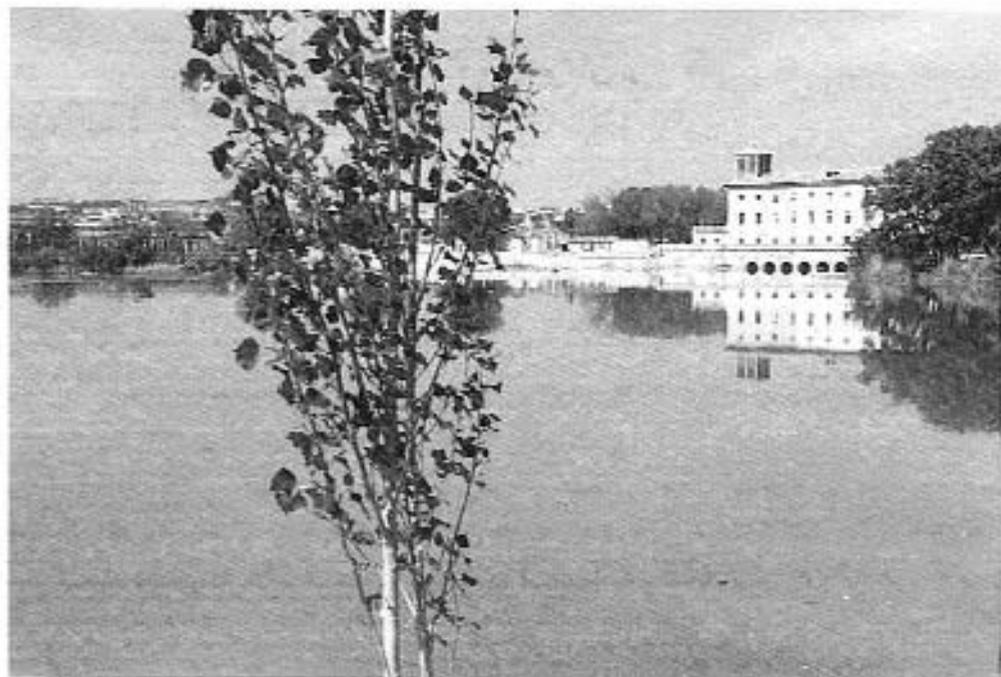
No salen muy gordos pero sí blancos y frescos.

—Con el tiempo quíarcho no se pué pedir más.

—Ya están bien, ya.

—Nos llevamos dos kilos.

—Seiscientas pesetas.



—Adiós y suerte.

—Buen pasco. A Fontellas no podrán pasar, que baja el Ebro gordo.

—No, a Fontellas otro día.

Sobre el huerto de nuestros espárragos sombra un pino frondoso.

Pasamos el Canal de Tauste. El buen rey Teobaldo dio permiso, en 1252, a la Orden de San Juan de Jerusalén para construir una presa en el Ebro, aguas abajo de Tudela, encima de la Mejana de Mosquera, y abrir una *accequia* que regara ambos términos. Se llamó entonces *Accquia del Ebro*. En tiempos de Carlos I, hubo que reconstruir la presa y ensanchar y alargar el canal, con ayuda de la villa de Tauste, que dio nombre a la *Accquia*. Pocos años después se extendieron los beneficios y las obligaciones a la villa de Buñuel. Dos siglos y medio más tarde, el canónigo zaragozano Pignatelli, artífice del nuevo Canal Imperial, puso también sus sabias manos en el entonces llamado Real de Tauste, ampliando sus estructuras. Hoy, en 41,5 km. de recorrido, riega cerca de 9.000 Ha. entre Cabanillas, Fustiñana, Ribaforada, Buñuel, Cortes, y siete pueblos aragoneses.

Vamos por el Camino del Raso, entre fincas regadas «a manta»: trigales ya encañados, alcachofales tentadores con sus aquenios ovalados ya en sazón, algunos terrenos preparados para el maíz, algunas alfalfas, algunos guisantes. Pocos árboles frutales, casi todos en las lindes de las fincas. Baja llena la *Accquia* de la Mejana, que arranca del Canal de Tauste, no lejos del alquénzar. Pasa un hombre de rostro curtido montado en una *mohylette* y le preguntamos por la cosecha.

—Aquí ya pue pasar, lo peor es el monte.

El monte quiere decir por estos pueblos el *secano* cercalista de las tierras altas lindantes con las Bardenas o de las mismas Bardenas, donde se ha perdido la cosecha por falta de lluvia. Pasan dos tractores. Desembocamos en el Camino del Dique, que bordea, a cierta distancia, el río, entre chopos, álamos blancos, fresnos y plátanos, con varias orquestillas de pájaros en las ramas.

Cielo y tierra parecen estar en diálogo permanente de belleza, de bullicio y de júbilo. «*¿Cómo corre la primavera — escribía una mañana así Dionisio Ridruejo — ¿Qué de prisa quiere darnos todo lo que tiene, decirnos todo lo que sabe y existir ante nuestros ojos!*».

Nos abren los ojos los ingenuos todas las florcillas de abril.

Viene el Ebro inmenso, procesional, en derramada solemnidad. Pasará pronto esta sonrisueña primavera de las tierras del Ebro, pero el río continuará casi invariable, pasará siempre, símbolo bien conquistado de la vida.

Los álamos blancos, los chopos, los sauces, los alisos, los aliantos, los fresnos de la otra orilla pierden al sol sus últimos hebras de oro y ámbar de su adolescencia y se ponen verdes de contento mirándose en la torna.

Luce aquí el Ebro la cintura más ancha de su recorrido por Navarra. Es aquí nuestro Rín, nuestro Loira. El canónigo-ingeniero aragonés hizo levantar el largo empalomado, el vasto azud y el alto bocacaz. El nuevo Canal Imperial estuvo listo en 1790. La nueva casa de compuertas o palacio Piguatelli da fe del estilo de la época y de la solidez de la obra.

El antiguo Soto de Belver y la Balsa próxima han dado paso a la recién creada central eléctrica «*El Belver*», un mamotreto de hormigón, que quieren disimular con unas choperillas.

La cala en la orilla izquierda del Ebro ha sido grande; el agua pasa bajo las máquinas y vuelve por un canalón al cauce, debajo de la presa primitiva.

Seguimos hasta La Barda. Al otro lado del río, sobre los bien cuidados jardincillos, sobresalen los dos torreones de ladrillo del renacentista palacio del Gobernador, o de Carlos V, y la espadaña campanil de la iglesia neoclásica de San Carlos Borromeo.

En el antiguo embarcadero, un viejo letrero de madera, descolorido, sobre un poste de piedra, recuerda débilmente lo que

hubo aquí: «*Prohibida la entrada a las barcas bajo multa*». Del antiguo puerto quedan la casa vacía del barquero, la caseta para los trabajadores, las dos sirgas que aún cruzan la corriente, unas cadenas y dos barcazas que se pudren entre la vegetación de la ribera, buen pie para unas fotos.

Otro letrero, metálico y reciente, avisa de lo que hay: «*Es peligroso entrar en el cauce. Zona de variaciones bruscas de altura de agua*». Un rebaño se defiende de la inesperada calorina bajo un sotillo de álamos blancos, que acaban de echar la abundante lana de los amentos.

El pastor, de color bermeja y boina multicolor, cabanillero, que frisa en (con) los 50 años, acaba de bajar de Las Bardenas en busca de pastos y nos explica en altas voces las peripecias de la barca y su triste final.

—¿Cómo se llama ese cable?

—¿Cuálo?

—Ese.

—Sirga.

El dice sirga y no maroma, garrucha y no polea, *balca* y no barca. Es un hombre pesimista, que no ha visto nada bueno desde el día en que la Confederación Hidrográfica del Ebro puso las manos en estos parajes

—Antes era otra cosa, qué quiere usted que le diga?

Antes la barca llevaba personas, vehículos, ovejas.

—Qué, no sabe usted que est'uera la cañada o qué?

—Pues no sabía.

—Si iba hasta Castilla, hombre, y más lejos aún!

Bajamos con el rebaño hasta la presa vieja, diagonal al Ebro. Se levantó en piedra de sillería, a mediados del siglo XVI, sobre el proyecto del ingeniero del emperador, Gil de Morlanes. El sitio se llama «*El Bocal*», bonita palabra que significa vasija de boca ancha y cuello corto. El río da, a la altura de Fontellas, un giro brusco para dirigirse hacia el sur; estrecha el talle, o el cuello si se quiere, y

ancha la boca en la rebalsa. Pero *bocal* quiere decir también, en buen castellano, pecera, y en Aragón y territorios aledaños equivale a presa.

Las muchas lluvias de este abril que nos han salvado de la sequía nos impiden ver siquiera el tajamar, por el que suelen pasar coches y tractores, a pesar del letrero que, en la orilla, los prohíbe.

Al pie del histórico malecón se extiende una sombrilla sonrosada de tamarices.

- Antes era otra cosa, ya le digo a usted que sí.

- Mejor?

- Quiacer, hombre!

Antes en las orillas había huertos y ahora sólo choperas. Antes había muchas más morceras que ahora. Antes había una gran isla -La Mejana; luego, cuando desapareció, quedaron los árboles, y ahora el Soto de la Mejana.

El pastor, que ha estado muchos días con la boca cerrada, quiere palique y nos acompaña, a paso tirado, hasta el Soto Viejo, dejando a las ovejas en las pasturas de las riberas. Es complaciente y con mucha sal en la mollera.

Antes se podía cultivar remolacha azucarera; después, alfalfa; luego, hasta hace poco, maíz.

- Aura, no da ni pa comel.

Todo está por los suelos. Y de la carne, no hablemos.

- Antes, en 1980, a 430 pesetas hai vendido yo en Zaragoza todos los kilos quiái querido. Aura, pa vendel a 300 pesetas tiés que sudal la gota gorda. Pa qué quieres tenel animales? Pa nada, hombre.

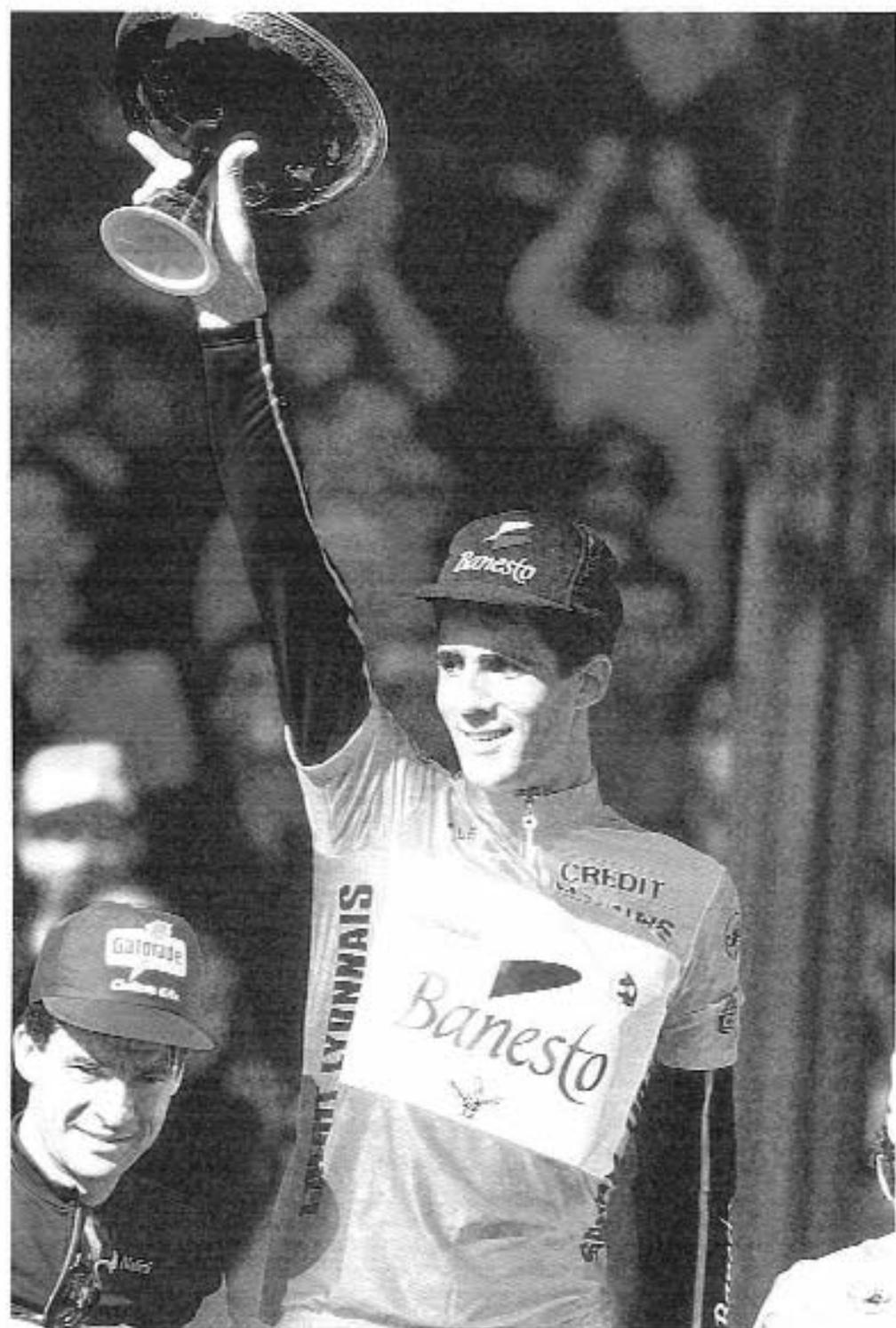
Nosotros, acongojados, no tenemos remedio alguno que darle, y vamos un poco justos. Nos depedimos con muchos comedimientos de este ribero por tierra e hidalgo natural por ríos, riberas y corralizas. Para sí lo quisieran los agricultores que esta mañana se manifiestan en Tudela en protesta contra la situación del campo!

Por el Camino de Belver comentamos lo que hemos visto y oído. Sobre la llanura aluvial del viejo regadío parcelado se recor-

tan las casas nuevas y viejas de Cabanillas, pueblo montado sobre el reborde de la terraza cuaternaria. Sobre ellas se difuminan en el horizonte calinoso del mediodía mesas, muclas y escarpes de la Bardena Negra, desde Monte Olivete hasta Fraile Alto.

En un cabezo del término Las Corralizas recoge y manda las ondas el poste repeticor de TVE.

Estamos en el Camino del Raso, y por la misma derrota por la que hemos venido llegamos hasta el Canal de Tauste.



ROMANCE DE MIGUEL INDURAIN

Miguel Induráin, arcángel
de las rutas y los vientos,
capitán de bicicletas,
halcón de llanos y puertos,
mayo de retos viriles,
árbol de triunfos cimeros,
eres parte del paisaje
que contigo recorreremos.
Sobre dos alas de ruedas
vuelas por los bajos cielos,
corres por todos los mapas,
pasas, relámpago tenso,
llegas a todas las metas,
campeón de cuerpo entero.
Villavés de campo y plaza,
navarro de muchos vuelos,
llevas por el ancho mundo
un halo de buen ejemplo,
hecho de limpios afanes,
de sonrisas y silencios,
de generosa cordura,
de solidarios esfuerzos.
Millones de hombres admiran
el prodigio de tu cuerpo
y aplauden en tus proezas
tus victorias y... sus sueños.

Millones de hombres te siguen,
mientras tu sigues corriendo.

Pamplona, 27-VII-91

EN SAN MARTÍN DE AMESCOA, CON DON LUCIANO

Saltan los primeros verdes abrilenos entre el vinoso hayedal de las aldayas. Las Limitaciones son el mirador, las almenas, la leñera y el pastizal de Améscoa. El espíritu de San Bricio o San Briz, discípulo de San Martín y patrono de los carboneros, nos llega desde su antigua ermita, bajo la peñera, junto al yugo del puerto. Es cierzo, cierzo frío. Ya lo dice el refrán amescoano

*Los Pascuas de Navidad al sol,
las de Resurrección al rincón.*

Hoy es lunes de Pascua, fiesta grande donde las haya. Encuentro a don Luciano recién comido y recién dormido, a sueño suelto de siesta, acompañado de una nube de hermanas y sobrinas, todas cultas, honestas y discretas, y nada de *satarsteas*. Lleva una boina franca, jersey gris, camisa gris plata, pantalones grises de fieltro y botas de muchas leguas.

La casa, a la vera del palacio, construida hace tres décadas, tiene amplia solana y es sencilla y cómoda, lejos ya de la clásica casa amescoana.

Sobre la mesa ya no están las obleas pascuales de antaño ni aquellos bollos con huevos incrustados, pero hay un buen café, bizcocho de nueces casero y pacharán del país. En esto que llegan, en buen punto, Balbino y José Luis, dos expertos en amescoanía.

No tiene el abad de San Martín nada del clérigo cerbatana que nos describió Quevedo y sí mucho del cura quijotesco que in-

mortalizó Cervantes, lleno de sabiduría, de humor y de humanidad.

Intento darle un repaso sirviéndome del libro *Las Améscoas* que acaba de publicar. Hablamos de historia, de tradiciones, de leyendas, de costumbres, de brujerías, devociones, diversiones, enfermedades y sortilegios. De aquella semana santa

*Angelicas somos,
del cielo bajamos...*

y de la de ahora; de la Améscoa de hoy y de la de antes; de aquella y de esta iglesia; de esta y de aquella sociedad.

¿Ahora? Mucho mejor, hombre.

Vino un día don Luciano de las parroquias carlistas de Iza, Olza y Belascoáin, aún dentro de la clásica sociedad rural, pero ya conmocionada por la guerra. Vino todavía pastueño y en su Améscoa natal se hizo pastoriego, en el noble sentido ganadero-espiritual. Vuelto a sus raíces aldeanas, vio pronto el mundo que se nos venía encima con el coche, la tele, el concilio, la democracia y otros inventos modernos.

Dejó atrás, con toda la nostalgia que se quiera, los años de la dueña Quintañoa y se puso al servicio de su gente y de su comunidad eclesial, consciente de que uno es siempre poca cosa pero junto a los demás siempre puede hacer algo importante.

Ha sido don Luciano cura no sólo de misa y mesa sino también de masa y musa. Las circunstancias de don Castór (*sic*) López de Zubiria, cura amescoano legendario, donosamente retratado en el libro, fueron otras. Y éstas son las que son.

Nuestro amigo común don Martín Larráyoz escribió hace tiempo unos relatos cervantinos sobre los curas amescoanos de los años cincuenta y el de San Martín aparece allí, como en la novela inmortal, amigo de barberos, licenciados, venteros, cortesanos, pencos y locos de atar.

Ni pindonguero ni roncero, su rectitud lo ha llevado a la doctitud. Empezó ayudando a su pueblo y ha terminado, como dice

J.M. Satrústegui en su prólogo, dándole prestigio. Cambió el hinque, la coroncha y el chirimbolo, y hasta algunas horas de mus, por la pluma y la palabra, y ha terminado por escribir la enciclopedia de las Améscoas.

Pero lo mejor de todo es que, mientras redactaba el libro, escribía a la vez una vida paralela, enciclopedia de todas las cantidades del *homo amescoanus*. Tierra de quejigos (*ametç*), robles y hayas, uno de los valles navarros más hermosos, don Luciano le ha echado luz de historia y de reflexión vital; uno de los valles más tabicados, núcleo de la Navarra primitiva, don Luciano Lapuente le ha abierto muchos pasos y salidas.

El sabe, como pocos, que los tiempos del cuartal, el orgonero, la truenza, la txinga, txantxara, la tranquila, las zamucas, las albarcas, los bonetes, los guerbillos, los conjuros, el clericalismo, el anticlericalismo, las brujas y los amuletos, ya pasaron. *Volaverunt!*

Y sabe también que el progreso no es separable de toda la tradición; que no hay pueblo ni hombre comunitario sin respeto a los signos de identidad y sin amor profundo y lúcido a su espacio y a su tiempo.

Estamos hablando entre todos más que treinta procuradores.

—Vamos a dar una vuelta, venga.

La casa de don Luciano tiene un rincón de jardín, con un rosal, una palmera, unos alhelies y una estela, traída de la sierra de Urbasa, cerca del Corral del Concejo.

Al otro lado está el frontón moderno, donde no juega casi nadie.

—Antes, cada domingo, había tres partidos de tres categorías —recuerda don Luciano.

Y cara a cara, el palacio de San Martín. Fue de los Ramírez de Baquedano, célebre familia agramontesa, que recuperó sus bienes tras las Capitulaciones de Fuenterrabía, en 1524, y disfrutó, al igual que las de su rango, de exención de cuarteles, y de preeminencias en la iglesia y fuera de ella. Pero no se salió el jefe de la casa con su «tema» de ser señor de San Martín, aunque sí de ser marqués de

Andía, con jurisdicción civil y criminal sobre toda la sierra. A eso se debe la construcción, a finales del XVII, del palacio de Urbasa en Mendigaña.

La casa-torre que estamos viendo fue levantada, en piedra sillar, a comienzos del siglo XV con fines defensivos. En la fachada occidental de la torre, con cubierta a cuatro aguas, se abre, sobre matacanes, un pequeño mirador hacia las tierras hostiles de Castilla, cuyas fronteras con Navarra fueron confiadas a la custodia de los Baquedano.

Rodeada originalmente por una muralla con cuatro torretas o cubos defensivos, queda sólo una, desmochada, y algunos restos de lienzo, decorados por las hiedras. Un pequeño blasón en piedra, del año 1539, sobre una puerta adintelada, ostenta todavía con orgullo las tres fajas del apellido glorioso.

Al pie de la fortaleza, hoy vacía e indefensa, hay un corral con fiemo, en el que picotean un gallo y su cortejo de gallinas. El hijo del que compró el palacio y sus dependencias, se queja, mientras faena en el corral, de los muchos duros que enterró su padre en el mantenimiento del edificio. Junto a las tapias de la huerta crece el saúco, o *inclusa*, y sobre ellas florecen los frutales.

El macizo bloque de cantería de la iglesia del siglo XVI, situada al sur del caserío, domina el panorama de la tarde. En el frente lateral de la torre se rasgan cuatro saeteras superpuestas.

Algunos de los restos de la iglesia románica anterior son bien visibles: los relieves de la cabecera con escenas de animales y los grabados en el dintel barroco. Un capitel, con San Martín y dos campesinos, se guarda en el museo diocesano.

Del alto interior del templo me gusta sobre todo la traza estrellada de la bóveda y las decoradas ménsulas platerescas.

Huele a harniz el suelo preparado para la nueva tarima y hace mucho frío. José Luis nos habla de la última celebración comunitaria de la penitencia, que llenó de alegría al abad.

—Ya era hora de que se hicieran las cosas así!

Por el frío y por hablar de estas y otras sustancias se nos olvida visitar el baptisterio, con su pila medieval de agua bendita, y la cruz procesional de plata, goticista-plateresca del siglo XVI.

Ante la puerta principal se yergue la estela discoidal encontrada hace poco bajo el entarimado y que debió de formar parte del cementerio primitivo en el exterior de la iglesia, donde ahora está.

Nos sale pronto al paso la casona barroca de los García de Eulate, tres cuerpos y ático, alero de madera sobre ménsulas geométricas y escudo rococó con las aspas y lobos de los Eulate. Bajo dos sábanas blancas colgadas en el balcón corrido, se asoma la dueña a la ventana, donde salta un canario de plumaje amarillo.

—Que a ver si quitas las sábanas para la foto.

—Que no, mujer, que es una broma.

La señora, bien compuesta, baja a saludarnos muy cortésmente, como en los buenos tiempos.

El apellido de los García de Eulate estuvo siempre muy identificado con el Valle y se extendió pronto por él.

Casi todas las casas de San Martín tienen su huerta, pegante al solar o próxima a él, cercada por tapiales o tablas gordas de roble, labradas con hachas, que aquí llaman *escolas*. Algunas casas tienen también, contiguos, corral, pajar y era.

En las huertas sólo se ven ahora frutales en flor, algunos puerros viejos, algunos cardos subidos. Dentro de unos días, y tras las lluvias de abril, sembrarán los amescoanos patatas, berzas de repollo o de pienso, puerros, alubias, lechugas, cebollas... Antes, los garbanzos eran un manjar extraordinario, propio de domingos y fiestas, y se sembraban alrededor del día de San Marcos.

*San Marcos: garbanzal
ni nacido ni sin sembrar.*

Los garbanzos era uno de los pocos productos de exportación. Con ellos competían lentejas, habas, yero, arvejas (*aiskoles*) y arve-

juelas o beza, nabos, alholva, centeno, alfalfa, lino y maíz. Hoy, en los herbazales que se extienden hasta el Uyarra, crecen las cañas anuales del trigo, la cebada y la avena y, en algunos corros, las hojas dentadas y acorazonadas de la colza, a la que delatan fácilmente sus flores faranduleras y limonadas. Ya no van las mujeres a escardar ni a *escustar*.

El «monte», como llaman los amescoanos a la sierra de Lóquiz, está hoy azulado oscuro, bajo un cielo de ceniza prieta, hosco en sus barrancos de Garciarán, Pozaleta, Zamilarán, Icosacana... Estreñan su verde brillante los robles en las colinas de Sacuarana, Irurbe y Mendisu.

El espacio es aquí también puro como un teorema.

San Martín termina al sur cerrado por bardas de huertas. En un altozano próximo, donde han hecho dos casas los hermanos Idiazábal, se abren cielo unos abetos recicutes.

Subimos hacia Andramarialdea. Mientras huele a cerdo —a jamón verde, sueña mejor—, un cerdo se desgañita en su *txola*. Con el señor Felipe que sale de su rincón hablamos del tiempo y de las quejas de los *txerris*.

—De estos olores salen los chorizos —sentencia uno de la comitiva.

En el entretanto hemos llegado a la ermita de la *Andra Mari* o Santa María, que en tiempos recientes viene llamándose de la Misericordia. De planta rectangular, es un edificio de origen medieval, de sillar y sillarajo revocados, reconstruido en el XVI y muy retocado después. Por la celosía gótico-flamígera del muro de la epístola sigue lisgoncando la historia.

La talla de la Virgen titular, gótica del XIV, finísima pero con graves mutilaciones, se halla, a buen recaudo, en la casa parroquial. Igual que la de San Bricio, de estilo gótico-flamenco, procedente de la ermita de su nombre, ya desaparecida.

Siempre que paso por la fuente de dos caños de San Martín, me bebo un buen trago del impluvio de Urbasa. Hoy no va a ser menos.

La antigua casa parroquial, junto a la carretera, es desde hace unos años Centro recreativo del pueblo, tan necesario en un lugar pequeño como éste y tan poblado de solteros. Nos saludan dos mozos barbinegros y no barbi tontos, que están en la barra. Por las paredes, listas de parejas jugadoras de mus y anuncios administrativos. En el primer piso están la cocina, el asador y el salón de hombres. Cencerros hacen las veces de lámparas, y hay un asiento de adorno hecho de *calbarros*. Fotos para el recuerdo. Tres veces se repite el aviso de «Prohibido blasfemar» y tres el de «Por favor, usen los ceniceros». Una placa recuerda que el Centro existía ya de alguna manera desde 1932.

De las mujeres es el segundo piso, donde está el televisor, ahora encendido y sin televidentes. Cinco mocetas coloridas y colorcadas se aprietan en torno al fogón con fuego de leña y no parecen inmutarse ni se inmutan con nuestra visita. Aquí los letreos repiten la recomendación del cenicero y añaden un gentil «Sea elegante hablando».

La llamada casa de Ruiz tiene adheridos a su flanco sur un pajar y un corral, amén de un patio contiguo. Primero casa de Pecu Ochoa, luego de González Araya, después de García de Eulate, cuyas armas lucen en el escudo del siglo XVI, hoy lleva el nombre de Ruiz de Galarreta, siguiendo las vicisitudes de los apellidos de sus dueños, siempre cabezas de familia.

No muy lejos de aquí recuerdan recuerdan linajes, glorias y pesadumbres, los blasones de los Ochoa de Baquedano, y Ruiz de Urra y Larramendi.

Todavía resiste, casi abandonada, la casucha donde un día estuvieron el concejo, la farmacia, las escuelas y la casa de los maestros, en la que nació nuestro cura.

Pasa «El Urederra» del transporte escolar. Antes el autobús repartía las horas de las mañanas y las tardes, de los almuerzos y las meriendas; traía y llevaba gentes y noticias, y era el principal acontecimiento en la entrañable monotonía de los pueblos.

Ahora no viaja casi nadie. Todo el mundo tiene coche.

Saludamos a unos hombres, octogenarios más que ochentones, recios de estampa y de saludable color. No tienen nada de carracos ni de *endérqueles*.

Don Luciano va a tocar a misa. Entramos en casa de José Luis, llena de hacendosas mujeres, presididas por la matriarca, gran rezadora y buena administradora. Entre la barbullá, arremetemos a los platos que nos plantan, todos sabrosos y simultáneos.

Cuando salimos de San Martín, la tarde está como una borrega mansa.

Nadie diría, viendo este valle arcáico, cruzado por arroyos y ríos, amparado por altas montañas, contagiado de ámbar, oro nuevo y verde verdín de primavera, que, unos días de abril, ahora hace 155 años, se librara por aquí una de las más crueles peleas de la historia de la guerrilla española, entre los generales Zumalacárregui y Valdés. Terminada la que se llamó batalla de las Améscoas, llegó al cuartel general carlista de Eulate la comisión británica, presidida por lord Eliot, enviada para tratar de humanizar la guerra y acabar con las represalias.

«En el estrecho y alargado valle dice un testimonio directo de la época— se levantan ocho o diez pequeñas y pobres aldeas, que producen, aproximadamente, lo suficiente para la alimentación de sus habitantes, con la excepción de garbanzos y lentejas, que son muy estimados en Navarra. Aquí, fuera del paso de toda carretera y separados del resto del mundo, aun de la parte menos civilizada de Navarra, los habitantes llevan (o mejor dicho, llevaban, pues la guerra ha introducido tristes cambios en sus costumbres pacíficas) una vida completamente primitiva, alterada únicamente por los arrieros que iban a buscar vino a distritos más fértiles, y por los cazadores que llevaban a Pamplona o Estella las cabezas de sus lobos para recibir el premio ofrecido por el Gobierno.»



Los choperales que arrullan al Urederra entre Lóquiz y las Peñas de Echávarri, entre Belástegui y las Peñas de San Fausto, nos distraen de tan lejanos recuerdos. Ya lo dijo, primaveralmente bien, don Antonio Machado:

*Los chopos son la ribera,
liras de la primavera,
cerca del agua que fluye,
pasa y huye,
viva o lenta...*

MANUEL GARCIA SESMA

(O la historia de Fitero)

Dios mío, qué hombre tan enorme hay en Fitero, me dije yo, sorprendido y emocionado, cuando leí —demasiado tarde, y lo siento—, una síntesis de la «*vida novelesca y fecunda*» de don Manuel García Sesma.

Botones del Baño Nuevo, seminarista en Tudela, profesor de latín en Tarazona, periodista jovencísimo en *La Rioja*, profesor y luego estudiante universitario en Madrid, vocal de la Junta del Ateneo madrileño, etc.

Teniente de artillería en el ejército de la República —una vez hospitalizado y dos operado—, exiliado en Francia, habitante forzoso de varios campos de concentración, —de algunos de los cuales logró escapar—, peón de pico y pala donde la ocasión saltase... hasta que un buen día, gracias a su pluma, amaneció como profesor en el *Collège classique, moderne et technique* de Saumur.

Porque don Manuel García Sesma, ni aún en los días más tristes ni en los espacios más incómodos, en Madrid, en Francia, en Méjico o en Fitero, ha dejado de escribir: «*nouvelles*», ensayos, narraciones, versos de todo género, artículos, juguetes cómicos, conferencias radiofónicas, trabajos históricos... Los años de Saumur lo hicieron un escritor francés conocido y admirado y desde allí escribió en los periódicos de la zona, y hasta editó en Lyon un ensayo titulado *Le secret de Marceline Desbordes-Valmore*.

Después de conocer la vida de este fiterano quijotesco, no es de extrañar que sus ojos se fijaran en la figura de aquella poetisa

francesa del final del XVIII y primera mitad del XIX, víctima de la Revolución francesa, emigrante a Guadalupe, actriz de amores alborotados, autora de numerosos libros de poemas desbordados de sensibilidad. Su vida fue una continua sucesión de desgracias y desilusiones: muertes de los seres queridos, miseria, soledad, olvido. Los títulos de sus libros recogen los ecos de su lacerada vida: *Elegies, Les Pleurs, Pauvres fleurs, Bouquets et prières*.

Dan Manuel García Sesma, que era y sigue siendo apuesto y gallardo, enamoró a muchas francesas, a las que regaló con sus versos y prosas, pero su azarosa vida no era propicia para el sereno disfrute de sus encantos. La miseria fue su acompañante fiel durante muchos años, y la soledad le persiguió con frecuencia. Afortunadamente se ha librado del olvido y aquí estamos hoy para confirmarlo.

A sus 15 años, con sólo 56 kilos de peso, voló con facilidad a Méjico el año 1947. Allí pudo, al fin, comer pan blanco y dedicarse a la enseñanza de las lenguas románicas en los principales colegios de la capital de la Nueva España, donde hasta grabó un LP titulado «*Música y Poesía*», con ocho poemas sobre ocho compositores clásicos.

En 1973 ya no estaba tan enjuto de carnes, tan amarillo y flaco, como en 1947, pero don Manuel quería nutrir el alma, porque «no sólo de pan vive el hombre», y se vino al Fitero de sus humores y de sus amores, donde, uno tras otro, en un esfuerzo difícilmente igualable, ha ido publicando seis libros y muchos artículos, casi siempre sobre Fitero, Hitero, principal hito de su vida, que él ha estudiado y estudia de hito en hito. Y aquí estamos para agradecerse.

¿Cuántos navarros pueden presentar una vida tan azarosa pero al mismo tiempo tan fértil como la de este hombre?

Venía don Quijote de ser derrotado por los molinos de viento y de vencer, bien que mal, al vizcaíno, dejándose en la contienda la

mitad de la oreja. Comió con Sancho su pobre y seco rancho, y, faltándoles el sol, determinaron de pasar la noche junto a las chozas de los caberos, durmiéndola al cielo descubierto.

Pero los caberos aderezaron con mucha prisa su rústica mesa y convidaron a los dos andarríos con tasajos de cabra hervidos en caldero, con la copa de cuerno que iba vaciando el zaque, con bellotas avellanadas y queso más duro que si fuese hecho de argamasa.

Con las bellotas en la mano, mirándolas atentamente, pero mirando también, sin duda, aquella sencilla y entrañable escena idílica, echó don Quijote el discurso *«sobre los siglos dichosos a los que los antiguos pusieron nombre de dorados»*.

Mirando yo también ahora este cuadro, imagino cuántas veces don Manuel García Sesma soñó en su vida aquellos tiempos, pasados y futuros, en los que, como en los mentados por Cervantes, los que en ellos vivían ignoraban *«estas dos palabras de tuyo y mío»*; *«aquella santa edad»*, en que *«todas las cosas eran comunes»*. Las claras fuentes y las corrientes nos traían aguas abundantes, sabrosas y transparentes; las discretas abejas a cualquier mano ofrecían su miel; los valientes alcornocques, madera. *«Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia»*. A todos sustentaba y deleitaba nuestra primera madre la tierra. Las hermosas zagalejas andaban, seguras, de valle en valle en trenza y en cabello, sin púrpuras extrañas ni martirizadas sedas, sin lascivos peligros. *«No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza»*. Ni el favor ni los intereses osaban perturbar ni ofender a la justicia, a la que tanto ahora menoscaban, turban y persiguen. No existía aún la Orden de los caballeros andantes, instituida en posteriores tiempos de malicia para defender a las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos...

Cuántas veces habrá visto don Manuel desvanecerse este sueño perenne del hombre, este inmortal achaque de su mente y de su corazón.

Siguiendo a su Maestro, se fue San Benito a fundar su Orden de oración y de trabajo. Pero llegó el esplendor mundano de Cluny,

y entonces otros benedictinos, que querían ser fieles a su fundador, crearon el Cister, por volver a la primitiva pureza. Cayeron también los nuevos refundadores en la tentación del poder, de la riqueza y del dominio: «*Siendo todo ello tan opuesto a su primitivo Instituto monástico* –dirán el alcalde y los regidores de Fitero en el acuerdo del 20-V-1814, Asiain, Val, Aliaga, Yanguas y Ximénez Latorre–, *como doloroso e insoportable a sus honrados vecinos, esclavizados al arbitrio de unos individuos que la esencia de su ministerio y profesión es la separación del siglo, con una absoluta dedicación y renuncia de los bienes temporales...*» Palabras que aplaudirían todos los monjes bernardos de hoy como mucho más cristianas que la conducta de algunos de sus predecesores.

¿Y de otros sueños y autopías que tan bien conoció don Manuel en sus años mozos y maduros por aquí y por ahí, qué se ha hecho? Hoy sus aplicaciones en muchas partes del mundo son ruina estruendosa de perversión, y serio aviso para los que ignoren en adelante la norma básica de convivencia que es la defensa y promoción de todos y cada uno de los derechos del hombre.

En fin, cada uno sabe bien de sus sueños, de sus ideales, de sus decepciones y de sus propósitos.

Pero los sueños y los ideales no son nunca los culpables, si están al servicio del hombre, y ahí están para el que quiera cabalgarlos. Que los caballeros andantes, como don Manuel, no se causan nunca, y sólo se retiran cuando les llega la hora de morir en paz.

Los cabreros quisieron dar a Don Quijote solaz y contento, y llamaron a un compañero suyo, Antonio, zagal entendido y enamorado, músico de un rabel, que, sentado en el tronco de una desmochada encina, comenzó a cantar con muy buena gracia el romance de sus amores, que le había compuesto su tío el Beneficiado. Yo he traído también un poema que compuso uno de los más grandes poetas franceses contemporáneos, Paul Eluard, titulado *Liberté*. Lo vi escrito por vez primera en los muros fríos y sobrecos-

gedores del monumento a los deportados franceses, junto a *Notre Dame* de París.

*«Sobre mis cuadernos de la escuela,
sobre el pupitre y los árboles,
sobre la arena y la nieve
escribo tu nombre.»*

La última estrofa la dije en francés, en honor de don Manuel:

*El par le pouvoir d'un mot
je recommence ma vie
je suis né pour te connaître
pour te nommer
Liberté*

(Y por el poder de una palabra,
recomienzo mi vida;
he nacido para conocerte,
para nombrarte,
Libertad)

Fitero, 6-V-90

EN TUDELA, CON MUZA IBN MUZA

Está la mañana soleada y pascual. Las irracas, brillantes y parleras, con fama de mujeres, se descuelgan de los nogales. Están felizmente abiertos todos los narcisos y empiezan a llamear los romeros en los ribazos.

En este cerro de Santa Bárbara, sobre los restos de la alcazaba, se levantó el castillo de Sancho el Fuerte, del que nos queda una estancia rectangular con muros en talud de piedra, rodeada de pinos y cipreses. Sobre él se levanta el gigantesco monumento en piedra al Corazón de Jesús, construido en 1942. Como los rayos solían llevarle de cuando en cuando una mano, le han puesto un pararrayos a la espalda para que lo preserve de tales travesuras meteorológicas.

En el mismo cerro, que los muchos años han ido abarrancando, habitaron, varios siglos antes, los pobladores paleolíticos de Tudela, y por debajo pasó la vía romana que venía de Zaragoza a Calahorra y Pamplona. Muchos romanos, como Dulcitus, el de Ramalete, edificaron sus villas por aquí, las adornaron con hermosos mosaicos, cultivaron sus fincas y se dedicaron a la caza y a la pesca.

Pero Tudela fue grande y famosa en tiempos de los árabes. Estamos con el autor de *Muza, el rey del Ebro*, Victoriano Bordoná-

ba, quien nos guía por los cuatro costados de la rosa de los vientos tudelanos.

Nacido el año 788, Muza ibn Muza era hijo de Muza ibn Fortún y de Oneca —madre también de Iñigo Arista, por su segundo matrimonio con Iñigo Jiménez—, y bisnieto de Qasi (Casius), señor de Borja, de Alagón, de Mallén y de Tudela, vasallo de Tarik, que viajó hasta Bagdad a rendir pleitesía al sultán Al Walid.

Aquí estuvo su alcazaba, en la que se celebraron las fastuosas bodas con la cristiana Assona, hija de Iñigo Jiménez. Era un sólido recinto rodeado de murallas flanqueadas por torres, al que sólo se podía acceder por una puerta. Entre los pocos restos visibles de las viejas murallas, quién sabe si de aquel tiempo, se entreabren las primeras flores purpúreas de las fumarías y las amarillo doradas de los ranúnculos.

Muza ibn Muza fue primero amil de Tudela y de su comarca; luego walí de Tudela y de Arnedo; más tarde, cadí de Zaragoza y de la Marca Superior. Un buen día avanzó hacia la Rioja y clavó su enseña en la torre albarrana de Monjardín. En otra ocasión avanzó contra Toledo y dejó allí a su hijo Lope como gobernador. A partir de entonces el muladí Ibn Qasi fue considerado como verdadero rey y su trato con Muhammad I, emir de Córdoba y primogénito de Ab Al Rahmán II, fue durante unos años de igual a igual.

«Rey del Ebro» lo llamaban. Su renombre se extendió fuera de la Península, y Carlos el Calvo le envió embajadores y regalos. Sin reparo alguno Muza ibn Muza firmaba y se hacía llamar «el tercer rey de España».

En Tudela florecían la agricultura, la industria y los oficios. Nacían los primeros gremios. Los labradores se agrupaban y nombraban un alhamín para administrar las aguas de riego. Aguas arriba del Ebro se construía la primera noria de arcaduces y las primeras acequias que permitían regar la mejana. Las casas saltaban la muralla y se apiñaban junto a las orillas verdes del río Quciles que baja del Moncayo.

Muza ibn Muza contemplaba desde el adarve de su fortaleza tudelana los carrascales, pinares y coscojales de Las Bardenas,

donde crecían también los enebros y las sabinas y donde correteaban los jabalíes, presa predilecta de las monterías reales. Tras su destrucción por el hombre, el buen sol se ensaña hoy en los yesares, blanquizales y calizales, recortados por aguas y ciczos, y les saca brillo de pieles reseca, de cueros vacíos, de túnicas rozagantes, de dientes de sierra, de muelas, de alfanges, de tambores, de capuchas de chilaba.

En los alrededores de la ciudad ya no crecen los olivares —quedan sólo algunos nombres como el Monte Olivete—, pero se han multiplicado los terrenos de almunias. Llevan nombres tan bonitos como Las Norias, la Parra o La Barca Vieja, y, sobre todo, La Mejana, cerca de unas pequeñas mejanas o isletas, ahora ya convertida toda ella en una grande, al cortarle por el otro lado el primer canal de Pignatelli. Los senderos se han hecho caminos; las cabañas, casetas; los abrigos, tapiales; las azadas, mulas mecánicas. Hay algunos árboles de adorno: sauces, pinos, cipreses.

Los cogollos aprietan el sol y lo ponen verdiamarillo. Los cerezos estallan en un torbellino de nieve. Junto a las alcachofas derramadas, los habares se concentran en preparar su próximo y largo perfume. Las floridas, recién despiertas, han ocupado los trozos sin cultivar.

El Muza ibn Muza que Bordonaba nos desvela y nos revela en este libro tan afortunado fue un personaje capital en la historia de nuestro siglo IX, y su descubrimiento nos ha hecho descubrir capitales aspectos de nuestro patrimonio histórico-cultural.

Fue un caudillo ambicioso, valiente, altanero y discolo. Un musulmán tolerante y contrario a la guerra santa, una especie de ecumenista adelantado en aquel estrecho y crizado ecúmeno de su tiempo. Emparentado por todos los lados con los primeros reyes del Reino de Pamplona, fue al mismo tiempo muro de contención para los cruzados del Norte, amigo del alma de Abd Al Rahman II, a cuya coronación asistió en Córdoba. Leal para unos y otros, y a menudo desleal y rebelde.

«Cado engañado» para los cristianos y «musulmán renegado» para los musulimes, creó de hecho un nuevo reino entre el Reino de los francos y Al-Andalus, «un verdadero estado autónomo», según Claudio

Sánchez Albornoz, lo que le obligó a un continuo y arriesgado juego de alzamientos, ataques y rendiciones, que le fue saliendo bien hasta los penúltimos años de su vida.

La suave calima abrileña nos priva de la visión nítida del Moncayo, que tanto le gustaba al rey moro. No vemos claro más allá de Santa Quiteria y de Torre Monreal. Cascante es una neblinosa ascensión de piedras y pinos. La tiramira de los Montes de Cierzo, donde siguen dejando miel las abejas, se borran antes de llegar a Monte Alto, y el Yugo de Arguedas es nuestro último faro por el norte.

Se esponjan de sol y aire limpio las alondras y los primeros, pequeños y pintados pajarillos.

El río Ebro, símbolo, frontera, y espejo, a veces sangriento, de las glorias del rey moro, sigue hoy, ya sin aceñas, arrastrando los lentos e innumerables bueyes de líridas aguas montañosas, que van seguras al mar. Ya no tiembla el vaso de agua sobre la acitara del intemporal puente de dieciséis arcadas, cuando el río suena ronco; el desnivel se colmó y desaparecieron los remolinos.

Los antiguos, espesos, sotos se han convertido en unos leves choperales de ámbar y en unos resignados álamos, sauces y alisos, todavía verdoyos.

Al pie de la alcazaba se apretaban las gentes que habían triplicado la población. Todavía el dédalo de callejuelas serpentea a la falda del montecillo. Los innumerables ramblizos y ramblas se taparon hace mucho tiempo y el arroyo Mediavilla es sólo un recuerdo.

Con la libertad que nos da esta mañana primaveral, ponemos la calima del buen gusto entre la ciudad vieja y sus ensanches sucesivos. Ya no hay morería ni judería. Las fachadas ya no son todas iguales pero el conjunto ha conservado, en general, ese color de adarga, de canela antigua, de teja llovida, de tiempo de sepia. Se ven aún algunas desoladas paredes de adobe, de ladrillo y de piedra sin cubrir. Se han cerrado en oblicuo muchas azoteas, donde antes se guardaban conejos y gallinas, y se han abierto muchas ventanas.

Abril florece ante los miles de ventanas de Tudela, toda ojos de curiosidad y de expectación. La algarabía («lengua árabe» en el original) de calles y plazas de los tiempos del moro Muza se ha multiplicado por mil y las campanas de la catedral han hecho olvidar la plegaria del almuecín desde el alminar de la mezquita mayor.

Ningún pueblo o ciudad navarros tiene un tejaderío tan bonito como Tudela, tan vario, tan juguetón. Desde la torre románica de la Magdalena hasta la linterna manierista de las Dominicas, desde la espadaña del Hospital de Santa María de Gracia hasta la torre de ladrillo de San Nicolás, con su chapitel de plomo, se mueve una secular danza arquitectónica de fustes, cúpulas, arquerías, cancellos, campanas, bolas, cornisas, balaustradas, óculos, bulbos, velatas, ventanas, pararrayos, cruces, pináculos..., a los que acompañan algunos altos aleros volados y galerías de arquillos de varios edificios civiles, que es maravilla.

Sobre esta Tudela clásica, alta y armoniosa, vuela mansa y solemne una de las cigüeñas que tienen su nido en el Hospital, rubricando airosamente la armonía.

INDICE

De Almándoiz a Errazu	11
Por el Valle de Elorz	19
De Aguiña a Domico, una tarde de junio	45
El vino como el amor	51
Aquí cayó herido Ignacio de Loyola	53
Belabarce	57
La Asunción en Roncesvalles	63
Por el Valle de Imotz	69
Despoblados como cementerios	81
Un pastor de Aézcoa	83
Ante el Día de la Santina (Día de Asturias)	87
Ayegui	97
Homenaje a Faico y Josefina, jotereros de Murchante	103
En Marañón, lugar fronterizo	107
El desolado de Górriz	113
Igúzquiza y su palacio	117
Por tierras de pastores remotos	125
Con Julián Gayarre por Roncal	131
Casas de Cultura	137
De Villatuerta a Irache	139
Homenaje a Petilla de Aragón	145
No podemos vadear el Areta	149

De Arellano a Montejurra	155
Requiem en la catedral	161
Monasterio de Irache	165
La canción del vino	171
Pregón de « <i>El Volatín</i> »	173
Tierras de Templarios y Sanjuanistas	177
Entre el Canal de Tauste y El Imperial	185
Romance de Miguel Induráin	193
En San Martín de Améscoa, con don Luciano	195
Mamel García Sesma	205
En Tudela, con Muza Ibn Muza	211

«POR NAVARRA»

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESACA

Tomo VI: DE PAMPLONA A LEZCOA

Tomo VII: DE BAZTAN A TUDELA

Hay que ser bastante profundo —decía d'Ors— para poder llegar a ser superficial; bastante creativo para poder ser objetivo; bastante enamorado de los cosas para quererlas tal como son y no tal como deberían ser. En este libro se juntan los tres ingredientes para darnos una auténtica aproximación al país y al paisaje, a la gente y a su comportamiento. No es, sin embargo, una aproximación meramente folklórica o naturalista. Víctor Manuel Arbeloa sabe bien que la *práxis* de nuestros antepasados ha precipitado en pueblos y cultivos, en usos e instituciones que operan ahora como *áxis* de nuestra acción y percepción. Y es en esta tradición de Herder, de Montaigne o de Gervil, que su libro encuentra aquel punto dulce donde natura y cultura, orografía y hábitat, clima y carácter se confunden hasta constituir una realidad que amalgama historia y geografía. No una cultura o historia *évènementielles*, claro está, sino la de *longue durée*, donde los acontecimientos han ido decantándose y constituyendo la sintaxis misma de la realidad.

Un libro, al cabo, que trata de «solvur las palabras», el léxico, los gestos y acentos de un país. Que alcanza a plasmar casi pictóricamente atmósferas, diálogos y situaciones tan fugaces como sintomáticas. Que consigue en fin capturar el genio de Navarra para transmitirlo a estas páginas precisas y esplendorosas.

Xavier Rubert de Ventós